

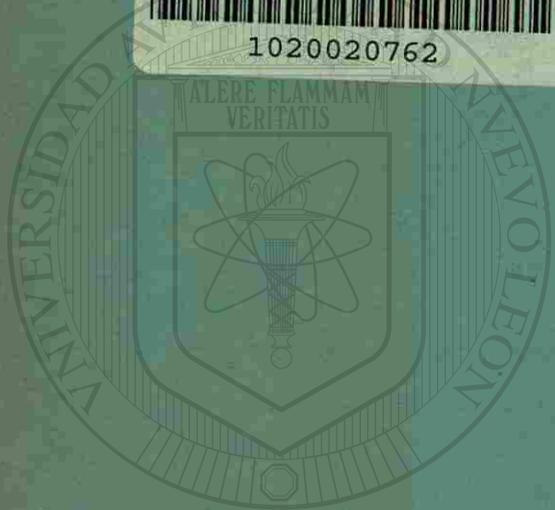
PQ7297

.P48

H6



1020020762

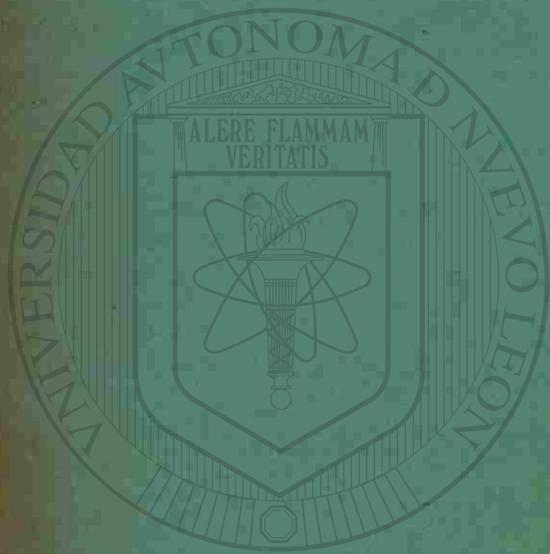


# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HOGAR Y PATRIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





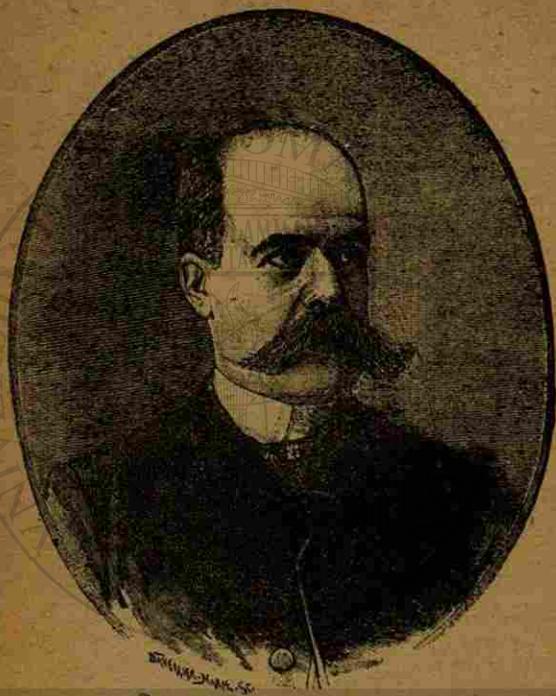
A mi viejo amigo, Jesús  
M. Leal, en tu suavicé, como  
un recuerdo de nuestra inquebran-  
table amistad, con mis mejores  
deseos de que tus grandes ideales  
de el Hogar y la Patria se vean  
realizados como tú has anhelado.  
Tu amigo.

*Spacia*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTERREY, N. L.,

Oct. 14 - 1938



JUAN DE DIOS PEZA

*Juan de Dios Peza*

POESIAS COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

*Única colección autorizada por el Autor*

HOGAR Y PATRIA



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, Rue des Saints-Pères, 6

79297

P48

H6



ACERVO DE LITERATURA

152189

México 28 de Enero de 1890



Sres

Garnier hermanos

Paris

Muy señores míos

Autores á ustedes

para hacer una edición completa de mis poesías bajo el orden que verbalmente indiqué á su Comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirigida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha se

han hecho de mis versos en  
otros países y en el mío, ni  
me fueron consultadas á  
su debido tiempo, ni han sido  
autorizadas previamente ni  
obedecien á un plan que sea  
de mi agrado.

Soy de ustedes  
afin y seguro servidor

Juan de Dios Peró

CANTOS

DEL HOGAR

han hecho de mis versos en  
otros países y en el mío, ni  
me fueron consultadas á  
su debido tiempo, ni han sido  
autorizadas previamente ni  
obedecien á un plan que sea  
de mi agrado.

Soy de ustedes  
afiso y seguro servidor

Juan de Dios Peró

CANTOS

DEL HOGAR



## A MIS HIJOS

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN, MARGARITA Y JUAN

---

Hijos míos :

*No estáis todavía capaces de encontrar en estos versos lo dulce, lo amargo, lo sentimental y lo filosófico que en ellos pueda encerrarse. Os escucho leerlos, pero sé que no los descifráis, porque aun no es tiempo, con la fría serenidad de la razón madura.*

*Guardadlos para más tarde; dejad que corra el tiempo, y ya vendrá un día en que á la sombra de mis canas ó en frente de mi tumba, entendáis y estiméis todo lo que esta inmensa pasión por vosotros me arrancó del alma, lo puso en mi pluma y lo dejó para siempre grabado en estas pobres hojas que pongo en vuestras manos.*

*¿Cómo habréis de leer estos versos cuando seáis jóvenes y cuando lleguéis á viejos? ¡Ay de mí que lo sé demasiado!*

*Siempre con las lágrimas en los ojos, porque estos versos son amor, y el amor se nutre con llanto.*

*¡Ojalá que sean estas hojas el lazo que una íntimamente vuestras almas, que os estreche en ternura y en respeto mutuo, y que os haga amaros en mi memoria mientras viváis sobre la tierra!*

*No sé si he sufrido ni si he llorado; pero os juro por la santa memoria de vuestro noble abuelo, que sé que os amo con todas las fuerzas de mi alma, y sé que con ellas pido al cielo vuestro bienestar en el mundo.*

*¡Creed, amad, esperad!*

*¡Ojalá que pudiera yo estar á vuestro lado todo el tiempo que vais á retener en la memoria los versos de este pobre libro!*

*Queden con sus páginas entre vosotros, el amor y las bendiciones que en cada instante os consagra vuestro padre.*

JUAN DE DIOS PEZA.

## À JUAN DE DIOS PEZA

DESPUÉS DE HABER LEÍDO ALGUNAS COMPOSICIONES SUYAS,  
PUBLICADAS CON EL MODESTO TÍTULO DE « ALGUNOS  
VERSOS. »

En un libro sin pompa ni jactancia,  
Joya de la más tierna poesía,  
De los Dioses regalas la ambrosia  
Y el suave néctar que tu genio escancia.

Impregnado de bíblica fragancia  
Llena el hogar de encanto y alegría:  
Es todo un corazón cada armonía,  
Un pedazo de cielo cada estancia.

Al acercarse mi postrer momento  
De abandonar la vida transitoria,  
Lenitivo será de mi tormento.

Y á mis hijas, mostrándoles la gloria,  
Les diré al exhalar mi último aliento:  
Aprended este libro de memoria.

J. BLENGIO

Campeche, 1885.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## A JUAN DE DIOS PEZA

---

Entre tanta belleza y galanura  
De tus cantos, riquísimo elemento,  
Brilla como una joya el pensamiento,  
Iluminado por la fe más pura.

Derraman á torrentes la dulzura,  
Rebosan la bondad y el sentimiento;  
Y si expresan amargo sufrimiento,  
Embarga al corazón tanta ternura.

Y á través de la forma y del aliño,  
En tu libro se mira á cada instante,  
Entre los rasgos de filial cariño

Y en el sublime amor de padre amante,  
Que tienes para amar, alma de niño;  
Para sufrir, aliento de gigante.

J. RAFAEL FRANCO.

---

## CANTOS DEL HOGAR

---

### MI PADRE

---

Yo tengo en el hogar un soberano,  
Único á quien venera el alma mía,  
Es su corona de cabello cano,  
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,  
Lleno de firme y varonil constancia,  
Guarda la fe con que me habló del cielo  
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscrición y la tristeza  
En su alma abrieron incurable herida;  
Es un anciano, y lleva en su cabeza  
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades  
De la suerte las horas desgraciadas,  
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,  
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,  
Y sólo en el deber sus ojos fijos,  
Recoge espinas y derrama flores  
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: « A quien es bueno, la amargura  
Jamás en llanto sus mejillas moja;  
En el mundo la flor de la ventura  
Al más ligero sople se deshoja.

» Haz el bien sin temer el sacrificio,  
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,  
Y halla quien odia la maldad y el vicio  
Un tálamo de rosas en la muerte.

» Si eres pobre, confórmate y sé bueno;  
Si eres rico, protege al desgraciado,  
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno  
Guarda tu honor para vivir honrado.

» Ama la libertad, libre es el hombre  
Y su juez más severo es la conciencia;  
Tanto como tu honor guarda tu nombre,  
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia. »

Este código augusto, en mi alma pudo  
Desde que lo escuché, quedar grabado;  
En todas las tormentas fué mi escudo,  
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno  
Reflejo fiel de su conciencia honrada;  
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno  
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;  
La gloria del deber forma su gloria;  
Es pobre, pero encierra su pobreza  
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,  
La suerte quiso que al honrar su nombre,  
Fuera el amor que me inspiró de niño  
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira  
Siempre sus ojos con amor lo vean,  
Y de todos los versos de mi lira  
Éstos los dignos de su nombre sean.

## A MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma  
Que envuelve densa mis amargos días;  
Sus olas son de lágrimas; mi pluma  
Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores  
Nacidas de ese mar en la ribera;  
La sorda tempestad de mis dolores  
Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte  
Cobro vigor en el combate rudo;  
Cuando pague mi audacia con la muerte,  
Caeré cual gladiador sobre mi escudo

Llévenme así á vosotras; de los hombres  
Ni desdén el poder ni el odio temo;  
Pongo todo mi honor en vuestros nombres  
Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa  
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!  
¡Pues hay que ahogar el llanto con la risa;  
Para mirar al mundo cara á cara!

No me imitéis á mí: yo me consuelo  
Con abrir más los bordes de mi herida;  
Imitad en lo noble á vuestro abuelo:  
¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa  
Después de la oración la interna calma  
Y el ser que sabe perdonar la ofensa  
Sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,  
No ambicionéis lo que ninguno alcanza,  
Coronad el perdón con el olvido  
Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres  
Que la pureza vuestra frente ciña,  
Buscad alma de niña en las mujeres  
Y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,  
Nadie hereda la culpa de un delito,  
Nunca para ser siervas del pecado  
Os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice  
 Quien luchando, de espinas se corona;  
 Abajo, todo esfuerzo se maldice,  
 Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fatua  
 Y la hermosura es flor que se marchita;  
 La mujer sin piedad es una estatua  
 Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas  
 Que vibora es el mal que todo enferma,  
 Y haced el bien para dormir tranquilas  
 Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo  
 Renombre, aplausos, oropeles, gloria:  
 Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;  
 Amaros y sufrir tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso  
 Recordad mis consejos con ternura,  
 Y en cada pensamiento, en cada paso,  
 Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,  
 Tengan de vuestro amor en los excesos;  
 Las flores de mi tumba vuestro llanto,  
 Las piedras de mi tumba vuestros besos.

### A MI HIJA CONCHA

Hija ven á besar la augusta mano  
 Que en el desierto mundanal me guía:  
 Sé amante y tierna con el noble anciano  
 Culto y sostén de la existencia mía.

Le debo cuanto soy, él ha sentido  
 Más que yo mis venturas, mis dolores;  
 Por él, sólo por él, siempre han tenido  
 Luz mi cerebro y mi camino flores.

Á su frente de canas coronada  
 Da tus ósculos llenos de inocencia,  
 Nunca su frente encontrarás manchada,  
 Limpia como el cristal es su conciencia.

Él, en el fondo del hogar callado,  
 Con dulce paz, con celestial cariño,  
 Me enseñó á ser prudente, á ser honrado  
 Desde mis horas cándidas de niño.

Quando en las luchas torpes y mundanas  
Me mira desmayar sin fe y sin brío,  
Me escuda con la sombra de sus canas  
Y me dice; *levántate, hijo mío.*

Ámalo; forma el sin igual tesoro  
De mi existencia dolorosa y triste,  
Es mi humana deidad á quien adoro  
Con más amor desde que tú naciste.

Los afanes constantes y prolijos  
Que un padre tierno con su amor encierra,  
No los podemos comprender los hijos  
Hasta que somos padres en la tierra.

Yo que siempre le amé, siento que ahora  
Le adoro más y para ti reclamo  
Saberte adorar yo como me adora,  
Que me sepas amar como le amo.

Alguna vez sabrás sin que te asombre,  
Cuántos dolores calla, cuántas penas;  
Ámalo más que á mí... suyo es tu nombre,  
Coma es suya la sangre de mis venas.

Quando á Dios reces con amor profundo  
¡Ay! por él y por mí pídele al cielo;  
¡Qué fueras tú sin padre en este mundo,  
Ni qué fuera tu padre sin tu abuelo!

¡Si eres tú mi esperanza más hermosa,  
Si él es mi religión, mi fe, mi abrigo,  
Que siempre amparen tu niñez dichosa  
Sus canas que con lágrimas bendigo!

## FUSILES Y MUÑECAS

CUADRO REALISTA

Juan y Margot, dos ángeles hermanos  
Que embellecen mi hogar con sus carifios.  
Se entretienen con juegos tan humanos  
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado  
Y monta en una caña endeble y hueca,  
Besa Margot con labios de granado  
Los labios de cartón de su muñeca :

Lucen los dos sus inocentes galas,  
Y alegres sueñan en tan dulces lazos :  
Él, que cruza sereno entre las balas;  
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,  
El kepis de papel sobre la frente,  
Alienta al niño en su inocencia grata  
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,  
Que en este mundo que su afán recrea,  
Son como el suyo todos los fusiles  
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,  
Que es igual el más debil al más fuerte,  
Y que, si se disparan, no producen  
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana !  
Siempre lo opuesto buscas en la tierra :  
Ya delira Margot por ser anciana,  
Y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Mirán doles jugar me aflijo y callo :  
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna ?  
Sueña el niño con armas y caballo,  
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,  
La niña arrulla á su muñeca inerte,  
Y mientras grita el uno : FUEGO, FUEGO,  
La otra murmura triste : DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños  
Concha, la primogénita, me mira :  
¡Es toda una persona de seis años  
Que charla, que comenta y que suspira !

¿Por qué inclina su lánguida cabeza  
Mientras deshoja inquieta algunas flores?  
¿Será la que ha heredado mi tristeza?  
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,  
Cuando la negra duda me avasalla,  
Se me cuelga del cuello, me da un beso,  
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,  
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,  
Parece que medita en muchas cosas  
Al mirar como juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada,  
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,  
Ni tiene que llorar desengañada,  
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja

Y este guerrero audaz de tres abriles  
Que ya se finge apuesto caballero,  
No logra en sus campañas infantiles  
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!  
Amo tus goces, busco tus cariños;  
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres,  
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna  
Turbar jamás vuestra inocente calma,  
No dejéis esa espada ni esa cuna:  
¡Cuando son de verdad matan el alma!

## MI MEJOR LAURO

Con sus seis primaveras muy ufana,  
Quebrando con sus pies las hojas secas,  
Me recitó en el campo una mañana  
Mi hija mayor : FUSILES Y MUÑECAS.

Repetiendo mis versos no sabía  
Que colmaba el mayor de mis antojos;  
No me culpéis si oyéndola sentía  
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡ Bien! exclamé, mi niña me interpreta  
Mejor que todos aunque á nadie cuadre :  
Yo juzgarla creí como poeta,  
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombro  
Y bajando hacia el suelo la mirada,  
Vi de pronto ponerse, con asombro,  
Su faz, más que una fresa, colorada.

¿ Qué tienes, ¿ pregunté, ¿ por qué haces eso ?  
¿ Por qué ya nada de tu labio escucho ?  
Y ella me respondió, dándome un beso :  
— Me callo aquí, porque te quiero mucho.

Nada valdrá tan cándida respuesta  
Para el que en altas concepciones fijo,  
Medir no pueda, en ocasión cual ésta,  
Abonde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda :  
Como en mis versos comprendió mi duelo,  
Por no hacerme sufrir quedóse muda,  
Por no verme llorar miraba al suelo.

Yo, alabando el poder de su memoria  
Comprendí, perdonadme lo indiscreto,  
Que los mejores lauros de la gloria  
Son los que se cosechan en secreto.

Vale más á mis ojos, siempre fijos  
En la eterna verdad no en falsos nombres,  
La lágrima arrancada por mis hijos  
Que todos los aplausos de los hombres,

Negó á mi numen su fulgor el genio,  
En el drama veraz de mis dolores  
El fondo de mi hogar es el proscenio  
Y mi padre y mis hijos los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña  
Ni pide aplausos mi laúd ingrato;  
Pero... ¿por qué me olvido de la niña  
Que suspendió turbada su relato?

Pronto volvió su faz á estar serena  
Y á brillar en sus labios la sonrisa,  
Porque el placer lo mismo que la pena  
Pasan sobre los niños muy de prisa.

— Tus versos voy á continuar diciendo —  
Y con más firme voz, seltóse hablando;  
¡Inocente! los dije sonriendo  
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedaxos  
Por el dolor mi corazón ardiente,  
Me interrogó cruzándose de brazos  
Y mirándome el rostro frente á frente.

— ¡Ay! dime padre, cuando tu escribiste  
Los mismos versos que de oírme acabas  
¿Por qué estabas mirándonos tan triste?  
Al mirarnos jugar ¿en qué pensabas?

— Y ¿por qué? — respondí — tan preguntona  
Indagas los misterios de mi lira?

— Porque soy, tú lo has dicho, UNA PERSONA  
QUE CHARLA, QUE COMENTA Y QUE SUSPIRA.

— ¡Brava razón! ¡Confórmame con eso!  
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,  
SE ME CUELGA DEL CUELLO, ME DA UN BESO,  
SE LE SALTAN LAS LÁGRIMAS Y CALLA?

— ¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó orgullosa,  
Y haciéndome olvidar penas y agravios,  
Se me colgó del cuello cariñosa,  
Cerró sus ojos y besó mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños,  
Quebrando con sus pies las hojas secas  
Y dejándome besos y cariños  
En premio de FUSILES Y MUÑECAS

## CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,  
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,  
Y que ha sido en sus guerras infantiles  
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,  
Dejando en un rincón la espada quieta,  
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,  
Mi mesa de escribir y mi gabeta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso  
Repetir lo que saben mil testigos :  
Esa corona de oropel y raso  
La debo, no á la gloria, á mis amigos,

Con sus manos pequeñas y traviesas,  
Desató el niño, de la verde guía,  
El lazo tricolor en que hay impresas  
Frasas que él no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona  
Miró las hojas con extraño gesto,  
Y poniendo en mis manos la corona,  
Me preguntó con intención: — « ¿ Qué es esto ? »

— « Esto es — repuse — el lauro que promete  
La gloria al genio que en su luz inunda...

— « ¿ Y tú por que lo tienes ? »

— Por juguete

Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto  
Descubre el niño, de la noble gala;  
Se la ciñe, faltándome al respeto,  
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡ Qué hermosa dualidad ! Gloria y cariño  
Con su inocente acción enlazó ufano,  
Pues con el lauro semejava el niño  
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa  
Irradiaban celestes resplandores,  
Y que anhelaba en su imperial litera  
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado  
(No extrañéis en un padre estos asombros),  
Y corrí por un trapo colorado  
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,  
 Me transformé en su esclavo humilde y rudo,  
 Y — « ¡Ave, César! » — le dije, dame un beso,  
 ¡Yo, que muero de penas, te saludo! »

— « ¿César? » — me preguntó lleno de susto,  
 Y yo sintiendo que su amor me abrasa,  
 — « ¡César! » — le respondí — « ¡César augusto  
 De mi honor, de mi nombre y de mi casa! »

Quitéle el manto, le volví la espada,  
 Recogí mi corona de poeta,  
 Y la guardé, deshecha y empolvada,  
 En el fondo sin luz de mi gabeta.

## MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño á quien adora,  
 Que no nació entre lágrimas y males,  
 Pues se lo dió de cuelga una señora  
 Que lo compró de lance en veinte reales

No hay un cariño igual á ese cariño  
 Reflejo fiel de abnegación sincera,  
 Pues ni lo entiende ni lo paga el niño  
 Que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda,  
 La madre sabe, de contento loca,  
 Que el niño si le tiran de una cuerda,  
 Llora, abriendo los ojos y la boca.

¡Si la vierais en horas sosegadas  
 Con qué ternura maternal lo viste,  
 Y con qué melancólicas miradas  
 Se fija en él cuando lo juzga triste!

« ¿Qué tienes — le pregunta — niño mío? »  
 « ¡Más bonito que tú no habrá ninguno! »  
 « No llores... ¿tienes hambre? ¿tienes frío? »  
 « Duerme mientras te traigo el desayuno. »

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,  
 Bajo sus mismas sábanas lo arropa,  
 Y corre por la leche y por la miga  
 Para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,  
 Pero aquí la intención salva un abismo;  
 Margot en tal desaire no repara,  
 Pues ella se las come y es lo mismo.

Margot junto á mi padre dulce y quieta,  
 Era siempre su encanto y su consuelo,  
 Y yo vi alguna vez, frente á la nieta,  
 Lágrimas en los ojos del abuelo.

« Estos juegos — me dijo — causan frío,  
 » No sé ni que revelan ni que indican,  
 » ¡Hacen cosas los niños, hijo mío.  
 » Que ni los grandes sabios las explican!

» ¡Cuánto Margot á la virtud promete!  
 » Mira... en su niño están sus ojos fijos...  
 » ¡Avergüenza esta madre de juguete  
 » Á los monstruos que olvidan á sus hijos.

Mientras yo silencioso meditaba,  
 Margot, que cuenta cuatro primaveras,  
 Para dormir al niño lo arrullaba  
 Como arrullan las madres verdaderas

## BEBE

Cuenta Bebé dos meses no cumplidos,  
 Pero burlando al tiempo y sus reveses,  
 Como todos los niños bien nacidos  
 Parece un señorón de veinte meses.

Rubio, y con ojos como dos luceros,  
 Lo vi con traje de color de grana  
 En un escaparate de *Plateros*  
 Un domingo de Pascua en la mañana.

Iban conmigo Concha y Margarita,  
 Y al mirarlo las dos, ambas gritaron :  
 « ¡Mira, padre, qué cara tan bonital »  
 Y trémulas de gozo me miraron.

¿Quién al ver que en sus hijas se subleva  
 La ambición de adueñarse de un muñeco,  
 No se siente vencido, cuando lleva  
 Dos duros en la bolsa del chaleco?

Ha vencido pensé : si está comprado,  
 Y como es natural tiene otros dueños,  
 Mis hijas perderán el encantado  
 Palacio de sus mágicos ensueños.

Pero movido el paternal cariño,  
 Entré a la tienda a realizar su antojo,  
 Y dije al vendedor : « Quiero ese niño  
 De crenchas blondas y vestido rojo ».

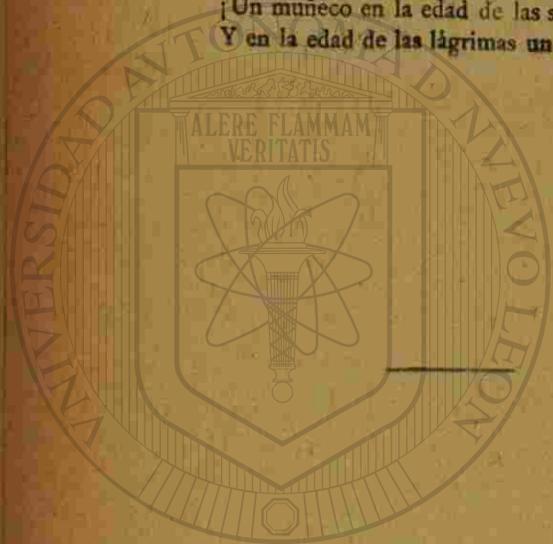
Abrió entonces la alcoba de cristales,  
 Temó a Bebé, lo puso entre mis manos,  
 Y convirtió a mis hijas en rivales  
 Porque el amor divide a los hermanos.

« Para mí » — Concha me gritó importuna,  
 « Para mí » — me gritaba Margarita,  
 Y yo les grité al fin : « para ninguna »  
 Con la seca aridez de un cenobita.

Reinó un silencio entre las dos profundo,  
 Y yo recordé entonces conturbado  
 Este axioma tristísimo del mundo :  
 « Ser rival es odiar y ser odiado. »

Y así pensé : no debo en corazones  
 Que de la vida llaman a la puerta,  
 Encender con el celo esas pasiones.  
 Que el odio atiza y el rencor despierta.

La historia del amor con dos premisas  
Iguala á la mujer y no os asombre;  
¡Un muñeco en la edad de las sonrisas.  
Y en la edad de las lágrimas un hombre.



### REYERTA INFANTIL.

¿Quieres averiguar, lector paciente,  
Si tiene la niñez principios fijos?  
Ven á escuchar el diálogo siguiente  
Que aquí sostienen con calor mis hijos

Concha tiene seis años; Margarita  
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;  
Pero ninguno de ellos necesita  
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra : su lenguaje  
Lo hallarás infantil, mas nunca hueco;  
Hoy discuten los tres, porque les traje  
Un fusil, un canario y un muñeco.

Á Juan, que quiere ser soldado grave,  
Armé al fin con un rifle en miniatura;  
Á mi ambiciosa Concha le di el ave,  
Y el muñeco á Margot toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,  
Margot arrulle mientras Concha cuida,  
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,  
¡La ilusión en el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera  
Desborda la niñez en ambiciones;  
Rifles de cinc y pájaros de cera,  
Muñecos de cartón: todo ilusiones.

Un niño con una arma entre las manos  
Y risas de bondad en el semblante,  
Me recuerda á esos ángeles enanos  
Que dibujó Doré leyendo el Dante.

Si vierais á mi Juan con su penacho  
Con barboquejo de velludo cuero,  
Semejante en lo erizo á su mostácho  
De infatigable y tosco granadero;

Creeráis que labrada por el arte  
Era una estatua de arrogancia llena:  
Un soldado que ha visto á Bonaparte  
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo:  
En sus hermanas ve gente guerrera;  
Convierte cada caña en un caballo;  
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso,  
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama;  
Es la estera su puente, salva el foso  
Y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojo y valentía;  
Margot de compasión, Concha de celo;  
¡Qué venturosa edad! Despunta el día;  
Verde es el campo y transparente el cielo.

— Mira, le dice Concha á Margarita  
Con la expresión de un celo extraordinario,  
Esa muñeca tuya tan bonita  
No vale lo que vale mi canario.

— Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,  
Se quierme entre mis brazos, va á la escuela,  
Tiene cabellos rubios, labios rojos...  
— Si, todo lo tendrá, pero no vuela

— Cambiaremos juguetes...

— No, yo juego  
Nada más con mi niña todo el día.

— Me la das, ó te pego...

— ¿Qué? ¿Te pego?

— No es tuya nada más. — Si, sólo es mía.

— La quiero. — No me importa. — Te la quito.

— Yo la defenderé. — Voy á tomarla.

— Ven. — Allá voy. — ¿Me pegas? doy un grito.  
— Déjamela Margot... — No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,  
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,  
Y entonces Juan, el rifle preparado,  
Sale y grita á las dos : — Cállense ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede  
Callar cualquiera ante su faz bravía,  
Y él agrega muy serio, — ¿Qué sucede?  
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra  
Vuelve á las niñas bienestar profundo,  
Que aunque inicuo el derecho de la guerra  
Aplaca muchas riñas en el mundo.

## LA VELADA

A MI HERMANO ERNESTO

En el paterno hogar, pegado al muro  
Que cierra el fondo del salón oscuro,  
Pende un cuadro que fuera en otra parte  
Orgullo del pincel, gala del arte,  
Si allí no fuera siempre orgullo y gala  
De nuestro amor filial, no de la sala.

Es un retrato por Clavé pintado,  
En que aparece al natural sentado  
En antiguo sillón de terciopelo,  
Tronco del árbol de mi hogar, mi abuelo.

Cuantos lo ven, peritos ó profanos,  
Asómbranse del rostro y de las manos,  
Pues de tal suerte la verdad provocan,  
Que son ojos que ven, manos que tocan,

— Ven. — Allá voy. — ¿Me pegas? doy un grito.  
— Déjamela Margot... — No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,  
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,  
Y entonces Juan, el rifle preparado,  
Sale y grita á las dos : — Cállense ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede  
Callar cualquiera ante su faz bravía,  
Y él agrega muy serio, — ¿Qué sucede?  
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra  
Vuelve á las niñas bienestar profundo,  
Que aunque inicuo el derecho de la guerra  
Aplaca muchas riñas en el mundo.

## LA VELADA

A MI HERMANO ERNESTO

En el paterno hogar, pegado al muro  
Que cierra el fondo del salón oscuro,  
Pende un cuadro que fuera en otra parte  
Orgullo del pincel, gala del arte,  
Si allí no fuera siempre orgullo y gala  
De nuestro amor filial, no de la sala.

Es un retrato por Clavé pintado,  
En que aparece al natural sentado  
En antiguo sillón de terciopelo,  
Tronco del árbol de mi hogar, mi abuelo.

Cuantos lo ven, peritos ó profanos,  
Asómbranse del rostro y de las manos,  
Pues de tal suerte la verdad provocan,  
Que son ojos que ven, manos que tocan,

Frente en que funde el rayo de la ciencia  
 Las nieves del dolor y la experiencia;  
 Boca en que está sin que los labios abra,  
 Contenida en su vuelo la palabra;  
 Y el experto pincel llegó á tal punto,  
 Tal tono de verdad prestó al conjunto,  
 Que hasta se ve que con impulso leve  
 El cuerpo todo al respirar se mueve.

Una noche de abril limpia y serena,  
 Entraba el rayo de la luna llena  
 Hasta envolver en su reflejo grato  
 El expresivo rostro del retrato,  
 Y era esa luz de ráfagas tranquilas,  
 Grana en los labios, fuego en las pupilas,  
 Y sobre aquella venerable frente  
 Coronada de canas noblemente,  
 En tan calladas y apacibles horas  
 Plata deshecha en hebras voladoras.

Debajo de aquel lienzo venerado  
 El humilde salón tiene el estrado,  
 Que si ha sido lujoso en otras eras,  
 Hoy no tiene tapices ni maderas,  
 Ni bronces, ni cristal, ni porcelanas;  
 Al contrario, los muros, las ventanas,  
 Todo diciendo está con gran tristeza  
 Que la honradez se premia con pobreza  
 Y que más vale al ánimo sereno

Desmantelado hogar de virtud lleno,  
 Que entre oro y sedas esconder sin calma  
 En hogar sin amor, cuerpo sin alma.

Un mundo es el hogar do nada es vano,  
 Y un padre es en tal mundo el soberano  
 Que, sin sorda ambición, sin bajo encono,  
 Asienta en la virtud su excelso trono;  
 Un abnegado amor sus actos mide;  
 Para si nada busca y nada pide,  
 Pues cuanto logra en bienestar y fama  
 Es de los hijos que bendice y ama,  
 Siendo, en Dios y el deber los ojos fijos,  
 Viva imagen de Dios para sus hijos.

¿Quién como un padre nos dará su abrigo?  
 ¿Dónde poder hallar mejor amigo  
 Ni más útil y amante compañero  
 Ni más noble y prudente consejero?  
 Su voz es la más dulce que responde  
 Al amargo dolor que el alma esconde,  
 Y su palabra la mejor egida  
 Para arrostrar las luchas de la vida.  
 Hábil, constante y práctico piloto  
 En negro mar de porvenir ignoto,  
 Él, la nave filial empuja y guía,  
 Y luchando con ella noche y día,  
 Salva abismos, aclara oscuridades,  
 Burla vientos, humilla tempestades,

Y con brújula y luz al puerto avanza...  
¡La brújula es la fe; luz la esperanza!

La noche a que en mis versos me refiero,  
Mi padre, con sorpresa vió el primero  
(Pues estaba conmigo en el estrado)  
Que aquel rostro en el lienzo retratado  
De la luna al reflejo macilento,  
Iba cobrando vida y movimiento.  
¡Ah! yo le vi después, y estremecido  
De respeto y pavor, casi al oído  
Díjeme: « Padre, ¿sueño es lo que veo,  
Ó es una realidad? ¿Miente el deseo? »  
Volvió otra vez sus ojos al retrato,  
Y allí los tuvo fijos largo rato...  
Si algo me respondió no lo recuerdo,  
De aquel minuto la memoria pierdo;  
Sólo sé que el salón estaba oscuro,  
Que la luna, filtrándose hasta el muro,  
Iluminaba el cuadro en ese instante,  
Y que en él vi lo que diré adelante.

Vi la apacible faz, la frente cana,  
Vueltas cual otro tiempo carne humana;  
Vi aquellos ojos húmedos moverse,  
Vi las hebras de plata estremecerse;  
Y en medio de un silencio pavoroso  
Reflejo de otro mundo misterioso,  
Mi padre y yo, ya trémulos, oímos,

Y en el alma los dos las recogimos,  
Estas palabras, fuentes de consuelo  
Que desde el muro pronunció mi abuelo:

« Hijos, yo vivo aún; no soy extraño  
En vuestro hogar y siempre os acompaño;  
El alma por la carne revestida  
Teme dejar los goces de la vida,  
Pero al romper su tosca vestidura,  
Ya libre y ya feliz, desde la altura  
Vela por los que quedan en la tierra  
Con la miseria y el dolor en guerra.  
Hoy os habla el espíritu, no el hombre;  
Guardáis con honra limpio vuestro nombre,  
Y si hay mil que se llaman de igual modo  
Y alguien arrastra el nombre por el lodo,  
Ved que siempre es así la historia humana;  
Lucrecias son la Borgia y la Romana.  
Y ambas con patria igual, con nombre mismo,  
Separadas están por un abismo.  
Os amo como sois, os quiero humanos;  
Limpias de sangre y cieno vuestras manos;  
Si sufris, esperad; á todo duelo  
Dios y el tiempo dan término y consuelo;  
Con fe y resignación todo se alcanza;  
Nunca alentéis rencores ni venganza  
Y cuando halléis un pérfido enemigo,  
Recordad, para darle su castigo,  
Que no hay ningún castigo en la existencia

Más duro que la fría indiferencia.  
Yo ya no moriré; tengo esa vida,  
Sin miserias, sin llanto, sin medida  
Que Dios reserva al justo; en ella quiero  
Veros alguna vez... allí os espero.»

Calló el solemne y desusado acento;  
La luna se apagó, quejóse el viento.  
Y nosotros, nosotros aterrados,  
Juzgando como sueños disipados  
Tan extraños sucesos, ¡ay! nos vimos,  
Y mudos de dolor nos despedimos.

¡Oh mi supremo amor! ¡Oh padre mío!  
Pende aún sobre el muro tan sombrío  
El cuadro que los ojos embelesa;  
La luna á veces con amor lo besa  
En la callada noche, yo lo miro  
Y llorando sin lágrimas suspiro;  
La fiebre del pesar quema mis sienas,  
¡Oh! ¡mi padre! ¡mi amor! ¿por qué no vienes?  
¿No me ves triste y solo y abatido?  
¿En dónde, en dónde estás? ¿dónde te has ido?

## VENID LOS TRES

Venid... venid á mi; triste y cansada  
La frente inclino mustia y abatida,  
Venid que por vosotros no he apagado  
La estéril llama que me da la vida.

Yo por vosotros todo lo desdeño,  
Aprendo á sonreír para miraros  
Y mi dolor más grande es muy pequeño  
Junto á la dicha inmensa de besaros.

Ven mi tierna Margot, tú eres la rosa  
Que refresca mi espíritu doliente;  
Estrella de la paz, vierte amorosa  
Tus ósculos de luz sobre mi frente.

Ven mi Juan, mi esperanza y mi consuelo,  
En cuyo nombre mi blasón se encierra,  
Veme con esos ojos de tu abuelo  
Que tanto me miraron en la tierra,

Y tú, mi triste y pálida María  
Que has traducido mi aflicción secreta,  
Ven á mi corazón, ven hija mía,  
Y llora sobre mi arpa de poeta.

Ahora que castos sois, porque sois niños,  
Dadme pureza, ensueños, ilusiones,  
Quiero hartarme de besos y cariños  
Y en pago os llenaré de bendiciones.

¡Amadme como os amo! Me habéis dado  
La paz con vuestros besos de ternura.  
¡Si yo viviera siempre á vuestro lado!  
¡Si siempre fuerais niños! ¡qué ventura!

## CAMBIO DE NOMBRE

A MI PRIMOGÉNITA

Si amas tanto á la Virgen, hija mía,  
En tu edad sin doblez y sin engaños,  
Toma su nombre y llámate « María »  
Lo cual aplaudirán propios y extraños.

Quando te llamo « Concha », tus sonrojos  
Hacen que me confunda y que me asombre,  
Pues muy claro me dices con los ojos:  
« Yo no vivo contenta con mi nombre. »

Tus razones tendrás y las respeto,  
Porque yo de tu vida en el camino  
No indago lo que piensas, lo interpreto;  
No pregunto que quieres, lo adivino.

Estudio en tu inquietud cada deseo,  
 Conozco tus tristezas ignoradas,  
 Y cuanto guardas en el alma leo  
 Lo mismo que en un libro en tus miradas.

No existe para mi dicha ninguna  
 Mayor que aquella que alumbró mi vida  
 En la primera vez que de tu cuna  
 Te alcé en mis brazos, te besé dormida.

Y de mi santo amor en los excesos  
 Viendo en ti de mis dichas el tesoro,  
 Te desperté al rumor de tantos besos  
 Y con el alma te grité: ¡te adoro!

¡Cuántas hermosas noches á tu lado  
 Mirándote dormir pasé las horas,  
 Y cuántas veces ¡ay! me han encontrado  
 De pie junto á tu lecho las auroras!

Los premios á este amor no son escasos;  
 Dos ha tenido mi pasión suprema:  
 Una epopeya en tus primeros pasos,  
 Y en tus primeras frases un poema,

¿Cuál es tu porvenir? Si Dios me diera  
 Poder para mirar futuro día  
 Y tenebroso tu horizonte viera,  
 Llorando, á Dios tu muerte pediría.

Tan prematuramente raciocinas  
 Que en todo buscas manantial de bienes,  
 Y hoy quieres, para el mundo en que caminas  
 Otro nombre distinto del que tienes.

¡Oh pura y tierna flor de mis pensiles  
 Que yo temblando de pasión cultivo;  
 Has inundado con tus seis abriles  
 De aroma el mundo en que luchando vivo!

¿Por qué no has de llamarte como quieres?  
 ¡Cesen ya tu ansiedad y tus desvelos;  
 No hay nombre más hermoso en las mujeres  
 Que el nombre de la Reina de los Cielos!

## MI OASIS

A MI HIJA MARÍA

Mirto del deshojado huerto mío  
Que con ámbar de amor me regeneras  
Y que en tus nueve tristes primaveras  
Lágrimas sólo tienes por rocío.

En el sagrario del altar vacío  
Como vivida luz constante imperas  
Que fueron tus caricias las primeras,  
Que ahogar pudieron mi dolor impío.

Primera flor de las amadas flores  
Que en otro hogar donde el sufrir se olvida  
Su aroma dan y ostentan sus colores;

En tu corola virginal se anida  
El más intenso amor de mis amores,  
La fe que alienta mi angustiada vida.

## MI TALISMÁN

Con los primeros dientes de María  
Finos, menudos, blancos y brillantes,  
Me han hecho un prendedor que no daría  
Por otro igual de perlas y diamantes.

A joya tan humilde como grata  
Emblema de mis íntimas ternuras,  
La juzgo si la llevo en la corbata  
El talismán de todas mis venturas.

Nada me importa que a ninguno cuadre  
Ver cuanto estimo deleznable huesos:  
Son de una boca que al decirme: ¡padre!  
Cura mis penas con sus castos besos.

Son de una boca diminuta y bella  
Más que las rosas fresca y encendida,  
Basta la miel que se desborda en ella  
Para endulzar las horas de mi vida.

Otros busquen tesoros como Creso;  
Yo que no espero ni ambiciono tanto,  
Perlas busco en la boca cuyo beso  
Es para mí el más puro y el más santo.

Hay quien de cada piedra forme un mito,  
Quien dé culto de Febo á la luz pura,  
Y quien fabrique un templo de granito  
Para dar á un monarca sepultura.

Y yo incrusto del oro en la dureza  
Estos carbunclos de materia humana,  
Que envueltos en aliento de pureza  
Dios engarzó sobre caliente grana.

Cuando llame á las puertas del olvido,  
Llevarme quiero á la mansión sombría  
Este alfiler humilde, revestido  
Con los primeros dientes de María.

« ESTE ERA UN REY... »

Ven mi Juan, y toma asiento  
En la mejor de tus sillas;  
Siéntate aquí, en mis rodillas,  
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,  
Muy cómodo, muy ufano,  
Pero ten quieta esa mano  
Vamos, sosiega esos pies.

Éste era un rey... me maltrata  
El bigote ese cariño.  
Éste era un rey... vamos niño,  
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer  
Ese rey... ¡Jesús! ¡qué has hecho!  
¿Lo ves? en medio del pecho  
¡Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?  
Escucha y tenme respeto:  
Éste era un rey... deja quieto  
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley  
Que á cumplir aquí te obligo.  
Deja mi reloj... prosigo.  
Atención : Éste era un rey...

Me da tormentos crueles  
Tu movilidad chicuelo,  
¿ Ves? has regado en el suelo  
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿ me has de escuchar?  
Éste era un rey... ¡qué locura!  
Me tiene en grande tortura  
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,  
Al fin cesa mi tormento...  
Éste era un rey, oye el cuento  
Inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho  
En tramar cuentos á fe:  
« Éste era un rey... ya lo sé  
» Porque lo repites mucho.

» Y me gusta el cuentecito  
» Y mira, ya lo aprendí:  
» Éste era un rey, » ¿no es así?  
» ¡Qué bonito! ¡Qué bonito! »

Y de besos me da un ciento,  
Y pienso al ver sus cariños:  
Los cuentos para los niños  
No requieren argumento.

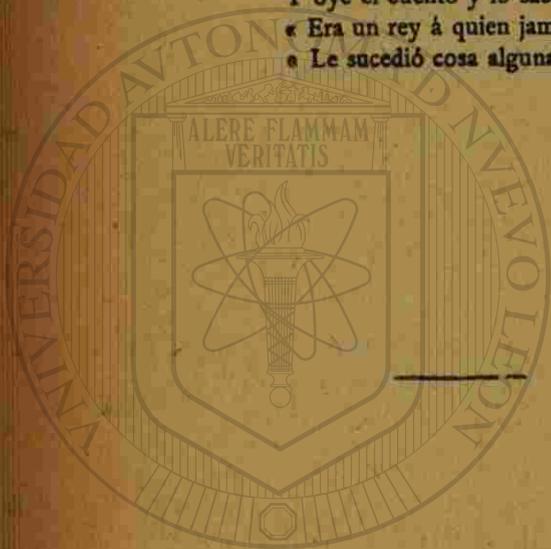
Basta con entretener  
Su espíritu de tal modo  
Que nos puedan hacer todo  
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo  
Un niño, sin hacer caso,  
Va dejando paso á paso  
Á su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama  
Con esas dulces locuras;  
¡ Si estriba en sus travesuras  
El argumento del drama!

¡ Oh Juan! me alegra y me agrada  
Tu movilidad tan terca;  
Te cuento por verte cerca  
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,  
 Y oye el cuento y lo sabrás :  
 « Era un rey á quien jamás  
 « Le sucedió cosa alguna. »



## EL CULTO DEL ABUELO

A MI QUERIDO Y RESPETADO AMIGO  
 IGNACIO M. ALTAMIRANO

Señorona pequeña,  
 Mi hechicera Margarita,  
 Ven aquí;  
 Mírame, ¿no estás oyendo  
 Que en la sala están diciendo  
 Que te pareces á mí?

Y ¿en qué será? Son tus ojos  
 Dos luceros, y tus rojos  
 Labios son  
 Frescos, lucientes y puros  
 Como los guindos maduros  
 Del otoño en la estación.

¿Será en la color? Tú tienes  
 De armiño y seda las sienes;  
 Rubia es

Tu abundosa cabellera,  
Tus manos como de cera  
Y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio  
Triste y lleno de misterio  
Siempre estoy,  
Y tú amable y halagüeña  
Y cariñosa y risueña  
En tu inocencia eres hoy.

¿En qué, pues, nos parecemos?  
En los rostros no tenemos  
Nada igual;  
Y en las almas, ¡qué ironía!  
Junto a la tuya es la mía  
El carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos  
Los dos y que alimentamos  
Al vivir;  
Es un amor, es un culto.  
En nuestras almas oculto,  
Que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo  
A quien Dios tenga en el cielo,  
En ti vió

Un reflejo de aquel niño,  
Que al ser padre, con cariño  
A su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte  
Y recordaba al mirarte  
Cada vez,  
Las dichas encantadoras  
Que tuvo en todas las horas  
Fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: « ¡Pobrecita!  
Tan buena mi Margarita,  
¡Qué placer! »  
Y mirándote perplejo,  
Murmuraba: « ¡estoy tan viejo  
Que no la veré crecer! »

Y se murió. Si te viera  
Tan crecida ¿qué dijera?  
De ti en pos  
Andar ágil le vería;  
¿No recuerdas hija mía,  
Cuando ibais juntos los dos?

¿Juntos Oriente y Ocaso!  
El marchaba paso a paso  
Tras de ti...

Y tú lanzabas un grito :  
 - « ¡ Corre, alcázame, abuelito,  
 ¡ Más aprisa... más... así ! »

Me parece que le escucho;  
 ¿ Te acuerdas? ¿ Le quieres mucho?  
 ¿ Es fiel

Tu memoria y no le olvida?  
 ¿ Cada noche, hija querida,  
 Le pides á Dios por él?

Mucho los dos le queremos  
 Y en esto nos parecemos,  
 ¿ No es verdad?  
 Iguales somos en eso,  
 Muy iguales... dame un beso  
 Que suene en la eternidad.

Santo beso que no acaba,  
 Como aquellos que te daba;  
 Llegue á Dios  
 Nuestro llanto y nuestro duelo :  
 Para llorar por tu abuelo  
 Somos iguales los dos.

Repítele á tus hermanos  
 Los nobles consejos sanos  
 Que le oí

Y llóralo en todas veces.  
 Que al llorarlo te pareces,  
 Te pareces mucho á mí.



Ayer, mi primogénita Conchita,  
 Alma en flor de mis dulces ilusiones,  
 Me dirigió una carta que está escrita  
 Con letras que parecen moscardones.  
 No falta por supuesto el sobrescrito  
 Que dice — « Á mi papá, » — yo soy, lo veo;  
 ¡ Buen chasco se pegaba el angelito  
 Si ha mandado su epístola al correo!  
 Con mucha gravedad he roto el nema  
 Que, sin seguir la práctica aceptada,  
 No es monograma, ni blasón, ni lema,  
 Sino un poco de goma mal untada.  
 El papel de la carta, maravilla  
 Por su extraño dobléz y su figura,

En sus mejores tiempos fué planilla  
 De un cuaderno segundo de escritura,  
 Doy principio á leer, y no comento:  
 « Mi querido papá, mucho te extraño;  
 Margot está muy gorda y Juan contento  
 Porque ha estrenado al comenzar el año.  
 Te vas á sorprender con su vestido,  
 No te quiero contar, son calzoneras;  
 Su sombrero jaranó y le han traído  
 Una de esas pistolas de deveras.  
 No digas que te dije si pregunta  
 Porque si no dirá que soy muy mala,  
 Ven á ver su pistola, si te apunta  
 No te asustes, papá, no tiene bala.  
 Ya no te escribo más; en otro día  
 Seré tan larga como tú lo pides;  
 Adiós papá; bendice á tu María...  
*Post-data*: — Mi muñeca; no te olvides, »

## II

Al domingo siguiente muy temprano,  
 Tomé asiento en un coche de primera  
 De aquel tren más inglés que mejicano  
 Que lleva á Veracruz, no á la frontera.  
 Dos horas de camino, con el alma  
 Henchida por las gratas impresiones

De una mañana alegre, y á « La Paima »  
 Llego como quien dice en tres tirones,  
 Abandono el wagón y lo primero  
 Que á mi vista en el campo se presenta,  
 Es Juanito vestido de rancho  
 Tal y como la carta me lo cuenta :  
 Un sombrero jarano con toquilla,  
 Un freno á cada lado por chapeta,  
 Un ancho barboquejo con hebilla,  
 De cuero de venado la chaqueta.  
 Amplia la calzonera y con galana  
 Botonadura; la corbata suelta;  
 Al cinto la pistola en la canana,  
 La mano airosa entre la crin revuelta.  
 Espuelas de Amozoc cuyos pavones  
 Ni el tiempo borra ni el andar maltrata,  
 Ostentando en sus mil incrustaciones  
 Gallardas cifras en bruñida plata.  
 En el sencillo fuste por adorno,  
 Redondos chapetones cincelados,  
 Y de la teja y la cabeza en torno  
 Anchos cercos de plata repujados.  
 Cubierto el hombro por la manga oscura  
 De paño azul y de olvidada usanza,  
 Con fleco y con galón la embocadura :  
 Fleco que al sol sus esplendores lanza.  
 Y tal me pareció que revivía  
 Con su traje y airoso continente,  
 El tipo que mi ardiente fantasía

Formara en mi niñez de un insurgente.  
 Adelantó el caballo; mezcló un grito  
 De júbilo con una carcajada,  
 Y me puse á mirarle de hito en hito,  
 Fingiendo una sorpresa inesperada.

## III

Después, cuando ya juntos caminamos  
 Hablábamos los dos de esta manera :  
 (Antes debo advertir que á lo que hablamos  
 Puede ó no darle crédito cualquiera.)  
 — ¿ Por qué dices, papá, que te parece  
 Que soy un insurgente? di : ¿ qué es eso?  
 — Te lo voy á explicar, pero merece  
 Un prólogo de amor, ¿ me das un beso?  
 Hace ya muchos años... todavía  
 El abuelito de que fuiste encanto...  
 — ¡ Ah! sí; mi papá grande... — No nacía.  
 — ¿ Hará como cien años?  
 — No, no tanto.  
 Era el año de diez; han trascurrido  
 Desde entonces acá más de setenta...  
 — ¿ Serán doscientos años?  
 — ¡ Aturdido!  
 En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.  
 Hubo por aquel tiempo una gran guerra :

Luchaban los de aquí con los extraños  
 Por quitarles el mando en esta tierra,  
 Y fué tan larga que duró diez años.  
 — ¿Y quién ganó por fin?

— Poco me extraña  
 Esa pregunta de la cual me río;  
 ¡Luchábamos nosotros con España  
 Y ganamos nosotros, hijo mío!  
 Pero voy á decirte en breve historia  
 Cómo tan noble triunfo conseguimos,  
 Rogándote la guarde tu memoria  
 Por ser del suelo en que los dos nacimos.  
 Muy cerca de la hacienda, en aquel llano  
 La iglesia desde aquí bien se divisa,  
 Vive un amable cura muy anciano,  
 Que los domingos viene á decir misa,  
 ¿Ya lo conoces?

— Si.

— Mucho cariño

Te profesa por cierto, el buen abate...

— Si, ¿no sabés? me llama su buen niño

Y me convida pan y chocolate.

— Pues bien, de igual edad, con los honores

Mismos que él tiene; amado por las gentes,

Hubo un cura en el pueblo de Dolores

Al cual debemos ser independientes.

Era de noble corazón y dijo:

« Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo

Por mi patria lo doy como buen hijo. »

Era aquel cura : ¡ Don Miguel Hidalgo !  
 Y sin más que su esfuerzo y su conciencia  
 Que la alta voz del patriotismo escucha,  
 Proclamó sin temor la Independencia,  
 Y antes que nadie se lanzó á la lucha.  
 Muchos le acompañaron, mas la suerte  
 Corresponder no supo á sus desvelos;  
 Por darnos libertad halló la muerte  
 Dejando en su lugar al cura Morelos.  
 Era cura también de pobre aldea,  
 Pero dotóle Dios de tal bravura  
 Que era un rayo de Dios en la pelea  
 El que manso pastor era de cura.  
 Ejércitos formó, rompió murallas,  
 Hizo temblar al enemigo osado,  
 Y en tres años ganó tantas batallas  
 Que el mundo todo lo miró asombrado.  
 — ¿ Ese llegó á ganar ?

— Dios no lo quiso.

Murió sin desmayar altivo y fiero;

Pero seguir luchando era preciso

Y así para luchar surgió Guerrero.

Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas

El fuego celestial del patriotismo,

Era un león nacido en las montañas

Que arrulló el huracán sobre el abismo.

Modelo de valor sin arrogancia,

Con un corto puñado de valientes

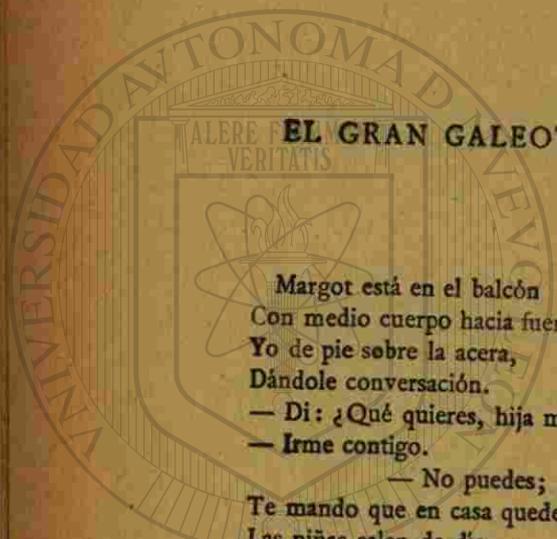
Ejemplo fué de indómita constancia

Y faro de las tropas insurgentes.  
 ¿Entiendes lo que digo? aquellos bravos  
 Que sin medir peligros, duelos, penas,  
 Le dieron libertad á los esclavos,  
 Rompiendo al oprimido sus cadenas.  
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero  
 Todo lo grande y lo sublime entraña;  
 Sin títulos, ni honores, ni dinero;  
 Sin más cuartel que el llano y la montaña,  
 Que siempre estaban en constante guerra  
 Sufriendo los rigores de la suerte,  
 Sin esperar más premios en la tierra  
 Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.  
 Con una manga tosca por abrigo,  
 Con un nombre sin mancha por herencia,  
 Con un caballo por mejor amigo  
 Y por única fe la independencía.  
 Esos que tantos hechos ignorados  
 Nos dejan para asombro de las gentes,  
 Fueron del pueblo libre los soldados  
 Y son los que se llaman insurgentes.  
 Esta tierra que ves y en que tenemos  
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,  
 Á su valor heroico la debemos,  
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.  
 Este sol, estos campos, este cielo,  
 Es todo nuestro con su honor unguido;  
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo  
 Y nací yo también, es nuestro nido.

Es la gran Madre y Patria se le llama;  
 Nada en su bien te asuste ni te asombre,  
 Su amor enciende la divina llama  
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.  
 Más que en mí, más que en ti, todo el cariño  
 De que fueres capaz, cífralo en ella,  
 Y en tu inocente corazón de niño  
 Brille ese amor como fulgente estrella.

## IV

Después al terminar nuestra jornada,  
 Quedéme largo rato pensativo,  
 Y dije á Juan fijando una mirada  
 En su semblante alegre y expresivo:  
 —¿Ya ves por qué me gustas de ranchero?  
 Grita cual si te oyeran muchas gentes.  
 Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero!  
 Y ¡vivan los soldados insurgentes!  
 ¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;  
 Yo su grito escuché con embeleso,  
 Y le dije: pues hemos acabado,  
 Te daré como epílogo otro beso!


 EL GRAN GALEOTO

Margot está en el balcón  
 Con medio cuerpo hacia fuera;  
 Yo de pie sobre la acera,  
 Dándole conversación.

— Di: ¿Qué quieres, hija mía?

— Irme contigo.

— No puedes;

Te mando que en casa quedes  
 Las niñas salen de día.

— ¿De noche no?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no... ya lo sabrás;

— ¿Pero tú adónde te vas?

— Al teatro y al café.

— ¡Al teatro! ¿Y es bonita

La comedia?

— Mucho, sí...

— Entonces llévame allí,

Voy á bajar...

— ¡Margarita!

— ¿Y al café cuándo te vas?

— Muy tarde, á la media noche.

— Bien, pues iremos en coche,

Así sí me llevarás.

— De noche no puedes ir

Ni al teatro ni al café...

— ¿Espantan?

— No.

— Pues ¿por qué?

— Porque no puedes salir.

— Pero di: ¿por qué no puedo?

— Está oscura la ciudad.

— Dices que á la oscuridad

Nunca se le tiene miedo.

— Traeré dulces al volver.

— ¿Todos serán para mí?

— Todos.

— ¿Pero todos?

— ¡Sí!

— ¿De veras?

— Todos, mujer.

— Así me quedo contenta.

— Bien, pues entra que hace frío...

— ¿Te vas?

— Me voy, ángel mío,

— Mis dulces...

— Calla, avarienta.

— ¿Qué dices?

— Nada, tesoro,

Que ya me voy, nada escucho.

— ¿Me quieres?

— ¡Te quiero mucho!

— ¿Y tú me quieres?

— ¡Te adoro!

— Soy obediente.

— Por eso

Vives ya tan consentida.

— Un beso...

— Toda mi vida

Te mando con este beso.

—  
Pasaban á la sazón  
Varias gentes por la acera,  
Y al oír de tal manera  
Cortar la conversación,  
Nos juzgan pechos de lava  
Que laten de amor en pos,  
Y dicen : ¡vaya! ¡son dos  
Que están pelando la pava!

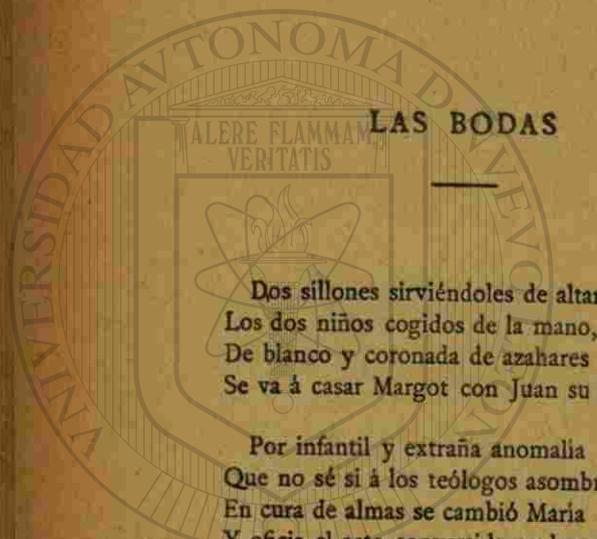
## A MI PROMOGÉNITA

—  
Anoche te vi en sueños hija mía,  
No ya cual eres hoy, niña inocente,  
Sino joven, gallarda, inteligente,  
En tu mayor fragancia y lozania.

Encontré en tus miradas alegría,  
En tu risa bondad, paz en tu frente;  
Eras un sol brillante en el Oriente  
Y yo la noche oscura, triste y fría.

¡Oh ley inexorable del destino,  
Cuando más reclamabas mi presencia  
La eterna sombra á sorprenderme vino!

Te vi en sueños llorar mi amarga ausencia  
Salvándote del mundo en el camino  
Mi memoria, mi amor y tu conciencia.



## LAS BODAS

Dos sillones sirviéndoles de altares,  
 Los dos niños cogidos de la mano,  
 De blanco y coronada de azahares  
 Se va á casar Margot con Juan su hermano.

Por infantil y extraña anomalia  
 Que no sé si á los teólogos asombre,  
 En cura de almas se cambió María  
 Y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido,  
 Entiéndase mejor, el nupcial traje,  
 Es un chal de burato desteñado  
 Cuyos rasgones suplen al encaje.

Las flores que le adornan en la frente,  
 Más que corona semejanndo venda,  
 Han crecido en los bordes de la fuente  
 Que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero,  
 Es un frac de papel, por mí cortado;  
 Usa en la ceremonia mi sombrero,  
 Bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes  
 Asisten á la boda de que os hablo,  
 No hay suegros, ni padrinos, ni parientes,  
 Ni la epístola citan de san Pablo.

Con suma sencillez el cura dice :  
 « Tú serás el marido y tú la esposa. »  
 Los junta, los contempla, los bendice,  
 Y concluye la fiesta religiosa.

Después, cediendo al poderoso lazo,  
 Con el grave ademán de los señores,  
 La dama y el galán que le da el brazo  
 Se alejan por los anchos corredores.

— Oigan, les grita el cura femenino,  
 Que no vuelva á mirarlos enfadados  
 Y ellos dicen siguiendo su camino,  
 ¿Enfadarnos? jamás; ¡somos casados!

Espectador que al verlos se enajena  
 Era yo aquella vez, y me entrometo  
 Y pregunto á los héroes de esta escena  
 Sin miedo á que me falten al respeto.

— Ya vi lo que habéis hecho, y necesito  
Que aquí sin engañarme ni engañarse,  
Me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito,  
Lo que habéis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano  
Sin temor á un regaño ni una riña :

— Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano  
Cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,  
Sentarse juntos y jugar contentos,  
Ir á correr los dos por la calzada  
Y contarse en la noche muchos cuentos.

— ¿Y es la primera vez que te has casado?  
Y me responde Juan con ironía :  
— No, papá; van tres veces, y he pensado  
En casarme esta tarde con María!

Al oír esta frase sentenciosa  
De la boca infantil de aquel marido,  
Quedéme enfrente de la humana prosa  
En hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro  
De una alma enferma, desgarrada ó seca.  
¿Por qué peca el polígamo maduro?  
¿Por qué el niño polígamo no peca?

## JUEGOS DEL ALMA

Mientras yo á carcajadas me reía,  
En otra habitación Margot lloraba;  
¡Qué contraste formó con mi alegría  
La pena que su llanto revelaba!

Corro al instante á verla y la pregunto:  
¿Por qué con tal dolor estás llorando?  
Di... ¿por qué gritas? y responde al punto  
Es porque estoy á lágrimas jugando.

¿Cómo? ¡Jugar á lágrimas! ¡Ignoras  
Lo que dices Margot! ¡Vives de prisa!  
Mientras tú alegre juegas á que lloras  
Yo estoy con mi dolor jugando á risa.

— Ya vi lo que habéis hecho, y necesito  
Que aquí sin engañarme ni engañarse,  
Me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito,  
Lo que habéis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano  
Sin temor á un regaño ni una riña :

— Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano  
Cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,  
Sentarse juntos y jugar contentos,  
Ir á correr los dos por la calzada  
Y contarse en la noche muchos cuentos.

— ¿Y es la primera vez que te has casado?  
Y me responde Juan con ironía :  
— No, papá; van tres veces, y he pensado  
En casarme esta tarde con María!

Al oír esta frase sentenciosa  
De la boca infantil de aquel marido,  
Quedéme enfrente de la humana prosa  
En hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro  
De una alma enferma, desgarrada ó seca.  
¿Por qué peca el pollgamo maduro?  
¿Por qué el niño poligamo no peca?

## JUEGOS DEL ALMA

Mientras yo á carcajadas me reía,  
En otra habitación Margot lloraba;  
¡Qué contraste formó con mi alegría  
La pena que su llanto revelaba!

Corro al instante á verla y la pregunto:  
¿Por qué con tal dolor estás llorando?  
Di... ¿por qué gritas? y responde al punto  
Es porque estoy á lágrimas jugando.

¿Cómo? ¡Jugar á lágrimas! ¡Ignoras  
Lo que dices Margot! ¡Vives de prisa!  
Mientras tú alegre juegas á que lloras  
Yo estoy con mi dolor jugando á risa.

## EN EL CIELO Y EN LA CALLE

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

A los que buscan dramas algo extraños  
 Doy éste, que por breve no desvela:  
 Personajes: un niño de seis años  
 Y Juana de sesenta que es su abuela.  
 Hablan y nada la atención les roba;  
 Ella desde un sillón; él en su cama;  
 La escena es en el fondo de una alcoba  
 Que brilla á media luz.

Comienza el drama.

.....  
 Dos labradores francos y sencillos,  
 Encontraron dos aves cierto día.  
 — Abuela: ¿qué son aves?

— Pajarillos.

— ¡Ah! sí, tienes razón, ya lo sabía.

— Prosigo, y no interrumpas esta historia.  
 — No vuelvo hablar, te lo prometo, abuela;  
 — Oye y fija mi cuento en tu memoria.  
 — Y lo diré á los niños de mi escuela.  
 — Una vez dos sencillos labradores  
 Hallaron en un árbol suspendido  
 El nido de dos pájaros cantores;  
 — Dime antes de seguir, ¿cómo es un nido?  
 — Tus preguntas avivan mis congojas,  
 Un nido es un palacio...

— ¿Qué me dices?

— Es un palacio alzado entre las hojas  
 Para vivir dos pájaros felices.

Allí se abrigan del invierno insano,  
 Allí van á arrullarse hora tras hora,  
 Y así como tú rezas muy temprano,  
 Allí cantan á Dios en cada aurora.

— ¿Y serán muy bonitos?

— Maravilla

En tanta pequeñez, arte tan rico.

— Abuela, ¿son de piedra?

— Son de arcilla

Con hebras mil tejidas con el pico.

Mas no pierdas la historia peregrina  
 Y volvamos al par de labradores  
 Que, al fulgor de la estrella matutina  
 Hallaron aquel nido entre las flores.

Se acercaron al árbol corpulento  
 Donde estaba el palacio suspendido...

— ¡El palacio!  
— ¿Lo ves? No sigo el cuento:

Un palacio en un árbol es un nido.  
En él estaba un pájaro, y cubría  
Para darles calor, dicha y consuelos  
A tiernos pajaritos...

— ¡Qué alegría!  
Sus hermanos tal vez..  
— No, sus hijuelos.

Temeroso al mirar á dos extraños  
Escondió á sus polluelos inocentes.  
— ¡Ay! dime, abuela, ¿les hicieron daños?  
Si los han de matar no me lo cuentes.  
— No comprendes aún en tu inocencia  
Los nobles cultos en las almas fijos,  
Un padre siempre inspira reverencia  
Á quien lo ve cercado de sus hijos,  
Y lo mismo en las aves que en los hombres,  
En el espacio azul ó en el abismo,  
Grutas, nidos, hogar, — cuestión de nombres —  
¡El amor paternal siempre es el mismo!

El pájaro del cuento receloso  
De la intención de aquellos campesinos,  
Les habló...

— ¿Cómo hablaba?  
— ¡Qué curioso!  
— ¿Hablabas como yo?  
— No, no; con trinos.  
— ¿Con trinos!

— No interrumpas.  
— ¿Cómo es eso?

— Basta de preguntar; escucha  
— Escucho.

— ¿No sientes tú, cuando me das un beso,  
Que, sin hablarte yo, te digo mucho?

Pues... no lo sé explicar, un dulce acento  
Inimitable, arrullador, divino,  
Con que una ave saluda al firmamento  
Al ver el nuevo sol, eso es un trino.

— ¿Eso es un trino?  
— Sí: con él expresan

Las aves de sus dichas el tesoro...  
— Abuela, y qué, ¿las aves no se besan?  
— Tal vez, tal vez, pero en verdad... lo ignoro.

No hagas á cada paso esas preguntas  
Que resolver no puedo ni me toca;  
Tal vez se besen las que viven juntas,  
— ¿Y se pueden besar sin tener boca?

— Me tiene siempre en infernal batalla  
La gran precocidad de tus antojos:  
Sábelo chiquitin, sábelo y calla:  
¡Los pájaros se besan con los ojos!

— No, no es verdad abuela.  
— ¡Qué osadía!

¿Es decir que yo miento? ¡Vaya un chico.  
— Yo he visto á tus canarios cierto día,  
Dándose de comer de pico á pico.

— Pero ¿dar de comer es dar un beso?

¡Vaya con el chicuelo veterano!

— Pues ¿por qué los canarios hacen eso?

Tú me das la comida con la mano.

— ¿Por qué lo hacen? No sé. Ya me provoca

Esa curiosidad tan obstinada;

No se besa tan sólo con la boca...

— Abuela, ¿pues con qué?...

— ¡Con la mirada!

Y á un niño como tú, débil é inerme,

Que no conoce el mal ni le acobarda,

Viene á besar sus ojos cuando duerme,

Lleno de amor el ángel de la guarda.

Ese ángel está aquí...

— ¿Dónde?

— Á tu lado.

— Abuela, ¿entre tú y yo?

— Sí,

— ¡No lo veo!

— Ningún mortal á un ángel ha mirado

Sino con la esperanza y el deseo.

Quien tal ventura á conseguir alcanza

Es porque tiene el alma limpia y pura.

— Dime abuela, ¿qué cosa es la esperanza?

— Una cosa muy clara y muy oscura.

Lo que quieres hallar más adelante,

Lo que estando muy lejos ves enfrente,

Lo que al ser más oscuro es más brillante,

¿Me entiendes?

— No.

— Pues calla impertinente,

Me llevas por tan ásperos caminos,

Que junto á ti desfallecer me siento;

Me haces hablar de besos y de trinos

Y no me dejas proseguir el cuento.

— ¿El cuento?

— Picaruelo, ¿has olvidado

El encuentro de aquellos labradores

Con el nido de un pájaro encantado

Oculto entre las ramas y las flores?

Si, lo olvidaste ya; cesa mi empeño

De contar esa historia... no prosigo;

Cierra los ojos, velaré tu sueño

¡Soy tan dichosa cuando estoy contigo!

— ¿Me quieres mucho?...

— Si, te quiero tanto

Que por eso me ves tan afligida;

Á mi avanzada edad me causa espanto

Saber que pronto perderé la vida.

— ¿Te da miedo morir?

— Por ti me aflijo,

No por un mundo donde impera el dolo...

— ¡Ay! si murieras...

— ¡Calla! Entonces hijo

¿Qué podrá ser de ti?... ¡te quedas solo!

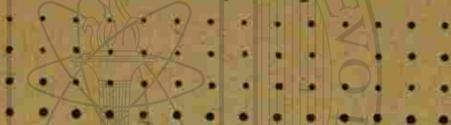
— ¿No dices que está un ángel á mi lado

Que vela mis acciones noche y día?

Él me acompañará.

— Muy bien pensado.

— No llores... dame un beso madre mía.  
 Fija el niño en la anciana sus miradas  
 En las que amor inmenso se revela,  
 La besa y sus mejillas sonrosadas  
 Se empapan con el llanto de la abuela.  
 Reina un silencio santo, nada roba  
 La pompa Augusta que la escena tiene;  
 ;Cómo que están besándose en la alcoba  
 Una alma que se va y otra que viene!



## EL PRIMER PASO

Ya libre por los anchos corredores  
 Das tus primeros pasos, hija mía,  
 Y al verte abandonar los andadores  
 Quedo absorto y temblando de alegría.

Sin que tu planta al caminar vacile  
 Al levantar audaz el primer vuelo,  
 No quieres que amoroso te vigile  
 Y sola vas acariciando el suelo.

Muy pronto olvidarás que con mi mano  
 Te daba apoyo con amor profundo  
 Antes que á tu mandato soberano  
 Pudieras andar sola por el mundo.

Fe de mi hogar y flor de mis amores,  
 Anhele en el amor que el alma encierra  
 Llenar de luz, de aromas y de flores  
 Las sendas que atraviéses en la tierra.

Ya diste con valor el primer paso  
Y con gozo y tristeza quedo al verte;  
Tú vas hacia el cenit y yo al ocaso,  
¡Tal es la ley terrible de la suerte!

Se humedecen mis ojos cuando miro  
Que puedes sola caminar ufana,  
Y exhala el corazón triste suspiro  
Meditando en tus pasos de mañana.

Ma<sup>s</sup> Dios te velará... luce tus galas,  
Avanza un paso más : ¡qué hermoso día!  
¡Hoy abre el ángel de mi hogar las alas!  
¡Hoy dió u primer paso mi María!

Madrid 1899.

## CON MIS HIJOS

Así, todos conmigo, no hay delicias  
Que igualem á éstas, si á mi lado os veo;  
Coronadme de besos y caricias;  
Vuestro amor es el único en que creo.

Yo siento entre vosotros la ventura  
Mayor del mundo; la celeste calma;  
Irradian vuestros ojos la luz pura  
Que anuncia el claro amanecer del alma.

Ven tú, mi primogénita Conchita,  
Tú que al verme sufrir callas y lloras;  
Ven, mi rubia y amable Margarita,  
Ven á endulzar mis fatigadas horas.

Y tú, mi Juan, que tienes con ser hombre  
Abierto el porvenir sobre este suelo,  
Ven á mi oído á repetir tu nombre:  
¡Legado augusto ae tu noble abuelo!

Venid los tres; no quiero que ninguno  
Deje de estar aquí; venid contentos  
Y acercadme las frentes uno á uno  
Para en ellas besar sus pensamientos.

Enlazad como lirios vuestras manos  
Y combatid á la voluble suerte :  
Yo quiero bendecir á tres hermanos  
Que se juran amarse hasta la muerte.

¡Ah! si supierais el amor profundo  
Que cada nuevo sol al pecho trae,  
Y que la dicha es flor que en este mundo  
Nace á la aurora y en la tarde cae;

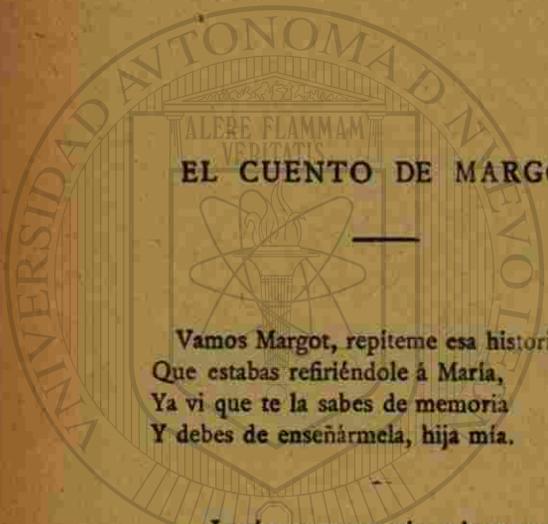
Si vierais que la mano que prefiere  
La nuestra, en los placeres de la vida,  
Es después la primera que nos hiere  
Y al vernos en desgracia nos olvida,

Creciera en vuestras almas la ternura  
Con que debéis de amaros en la tierra,  
Mientras rugen el odio y la amargura  
Con la virtud y la bondad en guerra.

¡El hogar es un templo! los pesares  
Que da en su derredor la turba impla  
Se convierten llegando á sus altares  
En gérmenes de paz y de alegría.

Amarse en el hogar, lejos del rudo  
Embate de la envidia y los rencores,  
Es tener siempre invulnerable escudo  
Y un bálsamo en los íntimos dolores.

Si queréis ser felices al abrigo  
Del manto de la fe, lejos del caos  
Decidme todo, caminad conmigo  
Y en todo tiempo en mi memoria amaos.



## EL CUENTO DE MARGOT

Vamos Margot, repíteme esa historia  
Que estabas refiriéndole á María,  
Ya vi que te la sabes de memoria  
Y debes de enseñármela, hija mía.

- La sé porque yo misma la compuse.  
— ¿Y así no me la dices? Anda, ingrata.  
— ¡Tengo compuestas diez! — ¡Cómo! repuse,  
Te has vuelto á los seis años literata?

- ¡No, literata no! pero hago cuentos...  
— No temas que tal gusto te reproche.  
— Al ver á mis hermanos tan contentos  
Yo les compongo un cuento en cada noche.

- ¿Y cómo dice el que contando estabas?  
— Es muy triste, papá, ¿que no lo oíste?  
— Sólo oí que lloraban y llorabas.  
— ¡Ah! sí, todos lloramos; ¡es muy triste!

—  
Imagínate un niño abandonado  
De grandes ojos de viveza llenos,  
Rubio, risueño, gordo y colorado:  
Como mi hermano Juan, ni más ni menos.

—  
Figúrate una noche larga y fría,  
De muda soledad, sin luz alguna,  
Y ese niño muriendo, en agonía,  
Encima de la acera, no en la cuna.

- ¿En las heladas losas?  
— Sí, en la acera,  
Es decir, en la calle...  
— ¡Qué amargura!  
— Hubo alguien que pasando lo creyera  
Un olvidado cesto de basura.

—  
Yo pasaba, lo vi, bajé mis brazos  
Queriendo darle maternal abrigo  
Y envuelto en un pañal hecho pedazos  
Lo alcé á mi pecho y lo llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito  
Que ya estaban sus párpados muy rojos..  
Y á cada nueva queja, á cada grito  
El alma me sacaba por los ojos.

Me lo llevé á mi cama : entre plumones  
Lo hice dormir caliente y sosegado...  
¡ Cómo hubo en este mundo corazones  
Capaces de dejarlo abandonado!

¡ Ay! yo sé por mi libro de lectura  
Que estudio en mis mayores regocijos,  
Que ni los tigres en la selva oscura  
Dejan abandonados á sus hijos.

¡ Pobrecito! yo sé su mal profundo,  
Le curo como madre toda pena:  
Parece que este niño en este mundo  
No es hijo de mujer sino de hiena.

De mi colchón en el caliente hueco  
Duerme para que en lágrimas no estalle;  
Y llorando Margot, mostró el muñeco  
Que en cierta noche se encontró en la calle.

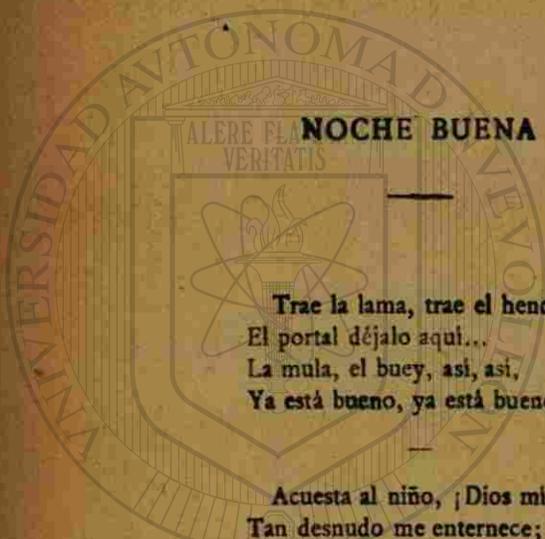
### MI COLEGIALA

Negro el vestido,  
El velo negro,  
Una medalla  
Colgada al cuello;  
Entre las manos  
Un libro abierto;  
Los ojos siempre  
Buscando el cielo  
Y en el retiro  
Ganando el tiempo,  
Mi colegiala  
Vive en silencio.  
¡ Pobre hija mía!  
¡ Mi amor primero!  
¡ Mi soberana  
Del pensamiento!

Cuando yo sufro,  
 Cuando yo peno,  
 Cuando me hieren  
 Rencores negros,  
 Para mis dichas  
 Voy al Colegio,  
 Y allí la miro  
 Y allí la beso  
 Y de allí traigo  
 Paz y consuelo.  
 ¡Pobre hija mía!  
 ¡Mi amor primero!  
 ¡Mi soberana  
 Del pensamiento!

Cuando entre mudo  
 Recogimiento  
 Pensando á veces,  
 Otras leyendo,  
 Á Dios le pidas  
 Dicha y contento  
 Para el que sufre  
 Terribles duelos,  
 Piensa en tu padre  
 Que te ama ciego,  
 Recuerda todos  
 Mis sufrimientos,  
 Y alza tus ojos

Al Ser Eterno  
 Que habrá de oírte  
 Clemente y bueno;  
 Reza, hija mía,  
 Reza con celo,  
 Que la inocencia  
 Tiene derecho  
 Á que la escuchen  
 Allá en el cielo.  
 ¡Para tu padre  
 Que te ama ciego  
 Pide venturas,  
 Paz y silencio!  
 ¡Mi colegiala!  
 ¡Mi amor primero!  
 ¡Mi soberana  
 Del pensamiento!


**NOCHE BUENA**

Trac la lama, trae el heno,  
El portal déjalo aquí...  
La mula, el buey, así, así,  
Ya está bueno, ya está bueno.

Acuesta al niño, ¡Dios mío!  
Tan desnudo me entenece;  
Ponle plumón, que parece  
Que se nos muere de frío.

Pon en lo alto la estrellita,  
La escarcha aquí nos completa,  
Trac sol y luna y cometa  
Y el rebaño y la casita.

Aquí resalta mejor  
Esta cascada... aquí un pino;  
Has con piedras el camino;  
Sienta aquí arriba un pastor.

Junto al monte que vacila,  
Forme laguna este plato;  
Aquí dejamos á Bato,  
Aquí á su pastora Gila.

Junto á este árbol que se eleva  
Con pompa porque es frutal,  
Va el pecado original,  
Quiero decir, Adán y Eva;

Tiñendo en rojo los prados  
Colocar de frente puedo  
Á Herodes ¡Jesús! ¡qué miedo!  
Con cien niños degollados.

Aquí se quedó Moisés  
Con sus tablas... ¡qué bonito!  
Y en frente del portalito:  
Los reyes magos, ¡los tres!

Y entre montes y cañadas  
Y casitas y ahuehuetes  
Irán todos los juguetes  
De las noches de Posadas.

Ya está todo y está bueno,  
Más zagales, más doncellas,  
Aquí nos faltan estrellas  
Y más escarcha en el heno.

Junto al niño están de pie  
Con faz dulce y amorosa  
El casto esposo y la esposa,  
La Virgen y san José.

Ahora sí, ya se acabó,  
Vengan y con gran cariño :  
Canten : á la rorró niño,  
Todos : á la rorrórró.

Y se agrupan los chicuelos,  
Que cual ángeles se ven,  
Y ante el portal de Belén  
Cantan al Rey de los Cielos.

¡Qué entusiasmo ! ¡qué alegría !  
¡Qué fiesta santa y amena !  
Falta lo mejor : la cena ;  
¡La gran cena de este día !

De la mesa en derredor  
Donde todo se concilia,  
Está toda la familia  
Llena de dicha y amor.

El niño, el joven, el viejo,  
Doncella, madre y abuela,  
Tanto el que asiste á la escuela  
Como el que asiste al consejo.

De nuevas dichas en pos  
Con inefable contento  
Celebran el nacimiento  
De Jesús, del Niño Dios.

El anciano se embelesa  
Viendo después que ha cenado  
Como el nieto se ha quedado  
Dormido sobre la mesa.

Y al mirarle siente ya  
En sus ojos llanto ardiente,  
¡Piensa que al año siguiente  
Acaso no lo verá!

Todos gozosos se ven  
Unos á otros con cariño;  
El viejo contempla al niño  
Y éste al Niño de Belén.

¡Oh delicias de esta cena!  
¡Oh familia venturosa!  
¡Noche alegre! ¡Noche hermosa!  
¡Noche santa! ¡Noche buena!

Eres venero sin par  
De recuerdos de ventura,  
Eres la noche más pura  
De todas las del hogar.

El imán de los cariños,  
La cuna de afectos sanos,  
El llanto de los ancianos  
Y la risa de los niños.

¿Por qué tan rauda te vas?  
Con tus placeres extraños  
Vendrás cual hoy otros años  
Y no nos encontrarás.

El hogar estará frío  
Como el fondo de la huesa,  
Y hallarás en nuestra mesa  
Más de un asiento vacío.

Cantando tus atractivos  
Otros gozarán despiertos;  
¿Quién se acuerda de los muertos  
En el festín de los vivos?

Mas no hay que amargarse en pos  
Del olvido y de la pena,  
Que esta noche es Noche Buena  
Y ha nacido el Niño Dios.

¡Nada, á gozar y á reir,  
El que muera morirá,  
Y el que viva ya verá  
Lo que esconde el porvenir!

## CÓMO ES MARGOT

A MACARIO RIVERO

Una comedia del día  
Sin llanto y con regocijos;  
Personajes: yo y mis hijos;  
Teatro: la Juguetería.

Tengo cual es de rigor  
Una niña en cada lado  
Y el varón está sentado  
Encima del mostrador.

Hay enfrente dos hileras  
De *bebés* con labios rojos,  
Blancas frentes, negros ojos  
Y doradas cabelleras.

Rifles, tambores, cornetas,  
Vajillas de lujo y gala,  
Muebles, espejos de sala,  
Armarios á dos pesetas,

Locomotoras sin par,  
Coches de cuerda, andadores,  
Barcos, peces de colores,  
Ballenas... en fin: ¡la mar!

Quiero — la mayor me grita —  
Aquel niño en esa cuna  
Y aquel armario de luna,  
Esa alfombra y la casita.

Y yo — dice Juan — no quiero  
Más que un fusil, un cañón,  
Una pistola, un bastón,  
Un sable, un cinto de cuero,

Una lanza, una bandera,  
Una coraza, una gola,  
Aquella caramañola,  
Mi kepl y mi cartuchera.

Y prosigue la mayor:  
— Pues yo quiero solamente  
Esa lámpara, esa fuente,  
Muebles para el comedor,

Dos cuadros, cuatro cortinas,  
Tres sartenes, un brasero,  
Dos candiles, un plumero,  
Un gallo con sus gallinas;

Un ratón de cuerda, un gato,  
Un... ¡basta! — ¿Y tú Margarita?  
Callóse la pobrecita,  
Miró todo largo rato

Y con palabras sinceras  
Y natural regocijo,  
Alzó su rostro y me dijo:  
Yo, papá, lo que tú quieras.

— No. Di tu antojo alma mía,  
Y agregé alzando las manos:  
— ¡Ya pidieron mis hermanos  
 Toda la juguetería!

— ¿Y no quieres nada? — ¡No!  
— Algo pide.

— ¿Y si estás pobre?  
Lo que dejen, lo que sobre,  
Eso me lo llevo yo.

— ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!  
La dije y besé su frente,  
Y no exagero, realmente  
Es así mi Margarita,

Bondadosa y resignada  
Ninguna ambición concibe,  
Si algo le doy lo recibe  
Y si no, no pide nada.

## ¿MADRE Ó MAMÁ?

— ¡Ay padre mío! ¡padre mío!  
— ¿Qué pasa Margot? ¿qué pasa?  
— El niño-rey de mi casa  
Está muriendo de frío.  
— ¿El niño-rey?

— De la mano  
Te llevaré con cariño  
A ver morir á mi niño  
— Pero ese niño ¿es tu hermano?  
— ¡Mi hermano! no, papacito,  
El niño á que me refiero  
Me lo dió don Luis Rivero  
De regalo ¿es tan bonito!  
Desde que lo trajo aquí  
Dejé agujas y ruecas,  
Y en mi casa de muñecas  
Lo he tenido junto á mí.

Le di la alcoba mejor,  
Buena cama, dos colchones,  
Macetas en los balcones  
Que dan para el corredor.

Un gran armario de luna,  
De encajes un traje entero,  
Y en los bolsillos dinero  
Para aumentar su fortuna.

¡Ayl si supieras papá,  
Aunque vivimos en calma  
Me duele, me duele el alma  
Cuando me grita ¡mamá!  
No quiero oír ese grito  
Y que se calle le encargo,  
¡Es un grito tan amargo!  
¡Él, tan dulce y tan bonito!  
— Di que grite ¡madre mía!  
— Perdió su madre al nacer  
Y no le ha de responder  
Detrás de la tumba fría.  
— Tú eres su madre.

— No te!

Soy su mamá solamente,

— Es lo mismo.

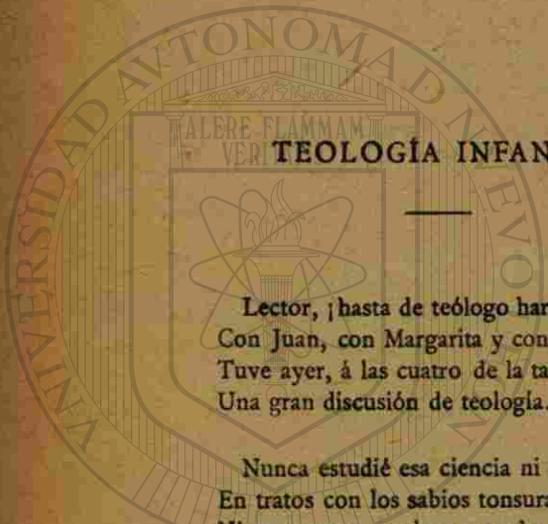
— Es diferente.

— ¿Mamá y madre no es igual?

— No te lo podré decir;

Pero ven á ser testigo  
De su muerte, ven conmigo,  
¡Que pronto se va á morir!  
Dejando el problema ignoto  
Ful con Margot junto á un lecho  
Donde con traje deshecho  
Estaba un muñeco roto.

Y dijo con ironía  
Cuando en brazos lo sostuvo:  
— ¡Pobrecito! nunca tuvo  
Á quien gritar ¡madre mía!  
Pero nunca lo extrañó;  
Diga el mundo lo que quiera,  
Porque á una madre supera  
Una mamá como yo.  
Lo quise, lo consentí  
Y alivié todos sus males:  
¡Para todos sus iguales  
Quisiera mamás así!


 TEOLOGÍA INFANTIL
 

---

Lector, ¡hasta de teólogo haré alarde:  
 Con Juan, con Margarita y con María  
 Tuve ayer, á las cuatro de la tarde  
 Una gran discusión de teología.

Nunca estudié esa ciencia ni me viste  
 En tratos con los sabios tonsurados  
 Ni tuve como muchos « noche triste »  
 Ni conozco los cánones sagrados.

Pero tienen los niños unas cosas  
 Y hacen tales preguntas á su modo,  
 Que entre muchas misiones peligrosas  
 Tiene un *papá* la de explicarles todo.

Pregunta existe que en su fondo encierra  
 Un gran caudal de ciencia comprimida  
 ¿Por qué nacen los hombres en la tierra?  
 ¿Cómo vienen los hombres á la vida?

¿Quién ha clavado el Sol en el espacio?  
 ¿Quién construyó tan alta una montaña?  
 ¿Por qué enferma el que vive en un palacio  
 Y está sano el que habita la cabaña?

Y otras cuestiones con diversos temas  
 Sacados de dos mil filosofías  
 Que llaman en las cátedras problemas  
 Y en el hogar se llaman niñerías.

La primera razón en ciencias y artes  
 La inquires el niño en la materna falda.  
 ¿Dónde está Dios? — pregunta — En todas partes  
 (Tal dice el catecismo de Ripalda).

Pero esto que al principio satisface  
 Por ser la solución fácil y nueva,  
 Después no le conforma y no le place,  
 Busca el último análisis, la prueba.

Ayer, hablando en el idioma llano  
 Que en nada amengua el paternal respeto  
 Después de que Margot tocó en el piano  
 Un fácil pot-pourri de Rigoletto,

Se vino á mí con intención pensada  
 Y así como entre veras y entre chiste,  
 Me dijo, en mis rodillas apoyada:  
 Tú me vas á probar que Dios existe.

Ante cuestión tan ardua, lo confieso,  
Me sentí confundido, anonadado  
Y por ganar el tiempo, le di un beso,  
Saqué un cigarro y me quedé callado.

Margot me contemplaba con fijeza  
Y sin chistar, pendiente de mis labios,  
Creyendo al ver desnuda mi cabeza  
Que cuantos calvos hay todos son sabios.

Oyeron sus hermanos la pregunta  
Y dejando muñecas y tambores  
Sentados gravemente, como en junta  
A discutir se sientan los doctores,

Me clavaron cual dardos sus miradas  
Y con gran confusión, perdido el tino,  
Disertó con razones no pensadas  
Sobre la *Summa* de Tomás de Aquino.

¿La razón natural? no era argumento,  
¿Intuición? ¿qué misterio tan profundo;  
Era preciso hallar en el momento  
Lo que entiende y acepta todo el mundo!

— Mira, dije á Margot, tienes delante  
Los papeles que Juan llenó de trazos,  
Con ellos voy á hacer en un instante  
Más de dos centenares de pedazos.

Llévalos y con ellos en tu alcoba  
Formas una montaña de manera  
Que no pueda ni el viento ni la escoba  
Cambiar su forma ni sacarlos fuera.

Con gran seguridad, el caso es grave,  
Tapas puertas, rendijas y ventanas  
Y sin prestar ni á tu papá la llave  
Dejamos que transcurran dos semanas.

El término se vence, llega el día  
En que abrimos la puerta con anhelo  
Y encontramos tú y yo, Juan y María  
Regados los papeles en el suelo.

¿Quién podrás figurarte que habrá sido?  
Dije aquí terminando mis razones  
Y los tres declarándome vencido  
Exclamaron en coro: — ¡ Los ratones

— Los ratones, muy bien, pero si hallamos  
Que con esos pedazos que pusiste  
Se ha formado en la alfombra que pisamos  
Un letrero que dice: « Dios existe. »

¿Diréis que los ratones lo pusieron?  
¿Diréis que el viento lo escribió á su paso?  
¿Diréis que los papeles se movieron  
Ó que el letrero lo formó el acaso?

Y me responde Juan, que es el más tuno,  
Con infantil serenidad que arroba :

— « Ese letrero nos lo puso alguno  
Que sabiendo escribir entró en la alcoba. »

— Ya, sólo alguno que escribir supiera  
Y que pudiese entrar, muy bien lo has dicho ;  
Nada pudiera ser de otra manera  
Ni las cosas se forman al capricho.

Pues todo en negra alcoba imaginaos  
Que estuvo en el desorden más profundo,  
Y en esa alcoba-oscura que fué el caos  
Pusieron un letrero que fué el mundo.

¿ Quién entró allí dejándonos por huellas  
Fértiles tierras, montes seculares,  
Brillando en el espacio las estrellas,  
Rugiendo siempre los profundos mares

¿ Quién encendió allí el sol? ¿ quién hizo al  
[hombre?]

¿ Quién le dió voluntad y pensamiento?  
¡ Pues ése es Dios ! Se encierra en este nombre  
Cuanto ignoran la ciencia y el talento.

No sé cómo será, nadie lo sabe,  
Está del hombre en la conciencia escrito,

Y no hay astro ni flor que no le alabe  
Con su luz ó su aroma en lo infinito.

No hay obra sin autor y el que ha creado  
Cuanto de forma y de color reviste,  
Ése se llama Dios y está velado  
A los ojos del hombre, pero existe.

Méjico, diciembre 8 de 1889.

## SUM UMBRA

A IGNACIO QUEZADAS

Dos almas que la duda no devora,  
 Dos seres buenos que el amor engrie,  
 Un hijo tierno que se alegra y llora,  
 Y un hogar que con él se apena ó rie;

La pasión confundiendo entre sus lazos  
 Dos corazones en perpetuo arrullo,  
 Y un ángel que se duerme entre los brazos,  
 Como en las ramas el gentil capullo :

Tal es el cuadro que de envidia inflama  
 El pecho del que vive abandonado;  
 « Felicidad doméstica » se llama :  
 ¿Qué humano corazón no la ha soñado?

¿Quién puede ambicionar mayor ventura,  
 Más alto bien, más plácido embeleso?  
 ¿Qué iguala á una mujer nonesta y pura?  
 ¿Qué beso habrá más dulce que su beso?

¡ Feliz aquel que tiene en sus dolores  
 Quien con santa pasión seque su llanto !  
 Hijos, esposa, libros, aves, flores,  
 Y pan en el hogar !... ¿ Quién tiene tanto ?

Muchos lo tienen, y con voz que aterra  
 Se llaman infelices; yo me río;  
 ¡ No hay desgracia mayor sobre la tierra,  
 Que ver el sol desde el hogar vacío !

Contar lentas las horas, sin ninguna  
 Mano que alivie el fatigado pecho,  
 Y no mover jamás la blanda cuna !  
 Llena de polvo junto al triste lecho.

Rendirle torpe culto á falsos mitos  
 Que en la noche las sienas nos golpean,  
 Sin poder despertarnos á los gritos  
 De los hijos que alegres travesean.

Con un libro enfadoso por amigo,  
 Por compañera una arma destructora,  
 Nuestra sombra por único testigo,  
 Y tedio y soledad hora tras hora.

Nunca oír una voz dulce y sentida,  
 Dormirse sin orar, dudar despierto,  
 Y en reseco arenal pasar la vida,  
 Como el estéril cardo en el desierto.

¡Oh dicha del hogar! cuando se ofusca  
De tu esplendente luz la viva llama,  
Se muere el corazón... ¡quien no te busca,  
Indigno es de vivir, porque no ama!

¡Triste de aquel, que padeciendo á solas,  
Cuando el llanto á los párpados afluye,  
Te ve como debajo de las olas  
Se ve al dorado pez, que pasa y huye.

### MEDITACIÓN

Labra en la torre parda golondrina  
El nido que la hospeda en el verano;  
Entre flores la abeja peregrina  
Alza gótico alcázar soberano.

Son las rocas más tristes y más solas  
De la gaviota audaz seguro abrigo  
Y bajo el manto azul de inquietas olas  
Vive el pez sin sombra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra  
Y el cárao infeliz muere olvidado  
Donde, con flores fúnebres, la hiedra  
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el cóndor que en atrevido vuelo  
Salva abismos tan hondos como grandes,  
Bajo la augusta bóveda del cielo  
En la elevada cima de los Andes.

¿Mas dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano  
Que al orbe presta impulso y movimiento,  
Ha colocado el nido soberano  
Donde se forma y crece el pensamiento?

El mar es un abismo y lo sondea  
El hombre en busca de grandeza y nombre,  
Mas, ¿dónde está la cuna de la idea  
Que aun no la puede descubrir el hombre?

¿Quién dió á Colón la inspiración secreta  
Que realizó su esfuerzo temerario?  
¿Qué libro consultó cada profeta  
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante,  
Que todo el cielo con su luz abarca?  
¿Dónde encontró su inspiración el Dante,  
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido, ¡obrero sin segundo!  
Alzar el hombre templos y ciudades,  
En alas del vapor cruzar el mundo  
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder á la conciencia,  
Luz á los ojos, fuerza á la memoria?  
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia  
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿Á dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano  
Que al orbe presta impulso y movimiento,  
Ha colocado el nido soberano  
Donde se forma y crece el pensamiento?

¡Por todo el cosmos tu poder se extiende!  
¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!  
Nadie el misterio de tu ser comprende;  
¡Oh eterno Dios! ¡mi corazón te adora!

Sólo en ti, en las borrascas de la suerte,  
Mis ya cansados ojos están fijos;  
Caiga tu bendición sobre mi muerte  
Y sé después el padre de mis hijos,

Adoro tu poder y humilde creo  
Que es tuyo el hondo porvenir del hombre,  
Y prefiero ser ciego antes que ateo  
Y antes que profanar tu excelso nombre.

## MÉJICO Y ESPAÑA (1)

A MI HIJA MARÍA NACIDA EN MADRID EL 9 DE  
AGOSTO DE 1878.

Allá, detrás del mar, la playa amena  
De la tierra del Cid y los Guzmanes;  
La cruz plantada en la morisca almena  
Y rotos á sus pies los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;  
Murallas que los godos defendian;  
Palacios con ojivas y caireles  
Donde las ninfas del harén dormían.

Allá las cinceiadas armaduras;  
Los cascos relucientes con cimeras;

(1) Esta poesía, aunque no esté considerada como perteneciente á los « Cantos del Hogar », se incluye aquí por encargo especial del autor, que como lo expresa en la dedicatoria, es un testimonio de lo que inspira la tierra en que vió la luz primera su promogénita María.

Los castillos poblados de aventuras;  
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;  
El Guadalete con la sangre tinto;  
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;  
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama:  
La tradición, la fábula, la historia,  
Los hechos coronados por la fama  
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí, la noche llena de luceros,  
El campo lleno de silvestres flores,  
El volcán con sus hondos ventisqueros  
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana.  
Bajo su azul y eterno cortinaje;  
El rey desnudo, la vestal indiana,  
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí errabundo el ignorado atleta  
De audacia ejemplo y de valor tesoro;  
En las entrañas del peñón la veta  
Y el barro confundido con el oro.

Aquí el templo de tosca gradería,  
El ídolo hecho un Dios armipotente,

Y del pueblo la sorda gritería  
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela  
De tosca piel, con plumas adornada  
La aguda flecha que en los aires vuela,  
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí sólo un baluarte, la montaña;  
Allá, torres y naves y cañones;  
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España;  
¿Cuál vencerá en la lid, de ambas naciones?

## II

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,  
Tu carácter indómito y bravío,  
Pero á la par admiro la grandeza  
Y el heroico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?  
Un pueblo que del oro no se engrie,  
Una Otumba que asombra á tus soldados  
Y un Guátmoc que en el tormento ríe.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua;  
Venciste y nadie intentará culparte;  
Entre tus dones heredé tu lengua  
Y nunca la usaré para insultarte,

Si á la justicia destronó el capricho,  
Si está con sangre escrita cada hazaña,  
¡Ah! yo diré lo que Quintana ha dicho :  
« Crímenes son del tiempo y no de España ».

¡Nuestra sangre es igual! que nadie oponga  
Á nuestra unión calumnias y rencores;  
¡La plegaria inmortal de Covadonga  
Siglos más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera,  
Igual nuestro carácter franco y rudo;  
Aquí, el águila libre, por bandera;  
Allá, el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde  
Nuestras glorias hundamos en la niebla;  
¡Hijos de Zaragoza y de Velarde  
Juntos cantemos á Bailén y á Puebla!

Juntos el mejicano y el ibero  
Tener debieran, en mejores días,  
¡Para cantar su patriotismo, á Homero!  
¡Para llorar sus duelos, á Isaías!

Hoy la gloria con bellos arreboles  
Illumina enlazadas nuestras manos :  
¡Honor eterno á Méjico, españoles!  
¡Honor eterno á España, mejicanos!

## Á LA VIRGEN MARÍA

(EN DÍAS DE TRIBULACIÓN)

El peregrino en el mundano suelo  
Enfermo de pesar y de tristeza,  
¿Por qué no ha de ampararse en tu grandeza  
Rosa de Jericó, Puerta del cielo...?

¿Dónde encontrar el íntimo consuelo  
Que le niega al mortal Naturaleza,  
Sino sólo en tu gracia, en tu pureza,  
Baio tu azul y misterioso velo?

Mis hijos que en tu fe se bautizaron  
Siempre tendrán en ti los ojos fijos;  
¡Sus ojos que al abrirse te buscaron!

Yo sé para mis dulces regocijos,  
Que tú, desde que huérfanos quedaron  
¡Eres la sola Madre de mis hijos!

A MI PRIMA

## CONCEPCIÓN GUERRERO DE ADAME

Eres toda bondad, todo ternura,  
Por eso hay en tu hogar dichas y calma,  
Tu mejor y más sólida hermosura  
No ha de morir jamás : está en el alma.

En Dios y en la virtud tus ojos fijos,  
Gozas de paz y bienestar profundo;  
¿Qué hubiera sido de mis tiernos hijos  
Al no haberte encontrado en este mundo?

Ellos te deben todo ; les has dado  
Cuanto en la vida la fortuna labra,  
Conciencia limpia y corazón honrado,  
La fe y el sentimiento y la palabra.

Concha, Juan y Margot, con triple lazo  
Unidos viven á tu amante pecho;  
El niño aprendió á hablar en tu regazo,  
Y las niñas á orar junto á tu lecho.

¿Cómo pagarte deuda tan querida?  
 ¿Cómo premiar tu afán y tus cariños,  
 Si tú y el compañero de tu vida  
 Son los segundos padres de mis niños?

Sólo Dios premiará tu santo celo;  
 ¡No puede tanto el corazón de un hombre!  
 ¡Enaltezca á mis hijos en el suelo  
 Llamarte madre y bendecir tu nombre!

Yo, te consagro humilde y reverente  
 La historia de mis íntimas congojas;  
 Ansias del alma y sueños de la mente  
 Que poco han de vivir en estas hojas.

Son estos versos flores sin cultivo  
 Que ha matizado el sol de los dolores;  
 No extrañe á nadie, si entre penas vivo,  
 Hallar amargo el jugo de mis flores.

Tú, llena de piedad, de fe sagrada,  
 Da á mi libro tu nombre por escudo;  
 Es la historia del alma traspasada  
 Por el dardo más negro y más agudo.

No ambiciono los lauros de la gloria.  
 Ni el aplauso banal que á otros inflama,  
 Ni vivir en las hojas de la historia  
 Ni penetrar al templo de la Fama.

Dar á las almas tristes un consuelo,  
 Que los que sufran calmen sus pesares.  
 Que afirme la virtud, hija del cielo,  
 El amor y la paz en los hogares.

Eso busca mi libro... es el amigo  
 De todos los que sufren : ellos sean  
 Los que le den hospitalario abrigo...  
 Los que nunca han sufrido no lo lean.

## A CARLOS ADAME

De mi vida en el misero oceano  
Al zozobrar mi nave en hondo duelo,  
En ti encontré la bendición del cielo  
Mano de amigo y corazón de hermano.

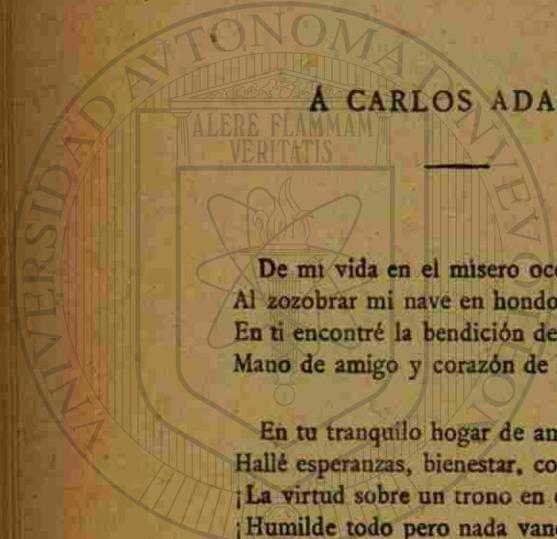
En tu tranquilo hogar de ambiente sano  
Hallé esperanzas, bienestar, consuelo;  
¡La virtud sobre un trono en este suelo!  
¡Humilde todo pero nada vano!

Fuiste un astro en la noche de mi suerte;  
Con amor, á mis hijos día por día  
Enseñaste á quererme y á quererte.

Y sus besos sellaron tu agonía...  
No existes y te sigue tras la muerte  
La eterna gratitud del alma mía.

## ROMANCES

## LEYENDAS Y TRADICIONES



A CARLOS ADAME

De mi vida en el misero oceano  
Al zozobrar mi nave en hondo duelo,  
En ti encontré la bendición del cielo  
Mano de amigo y corazón de hermano.

En tu tranquilo hogar de ambiente sano  
Hallé esperanzas, bienestar, consuelo;  
¡La virtud sobre un trono en este suelo!  
¡Humilde todo pero nada vano!

Fuiste un astro en la noche de mi suerte;  
Con amor, á mis hijos día por día  
Enseñaste á quererme y á quererte.

Y sus besos sellaron tu agonía...  
No existes y te sigue tras la muerte  
La eterna gratitud del alma mía.

ROMANCES

LEYENDAS Y TRADICIONES



## EL TORNITO DE REGINA

(De las Leyendas inéditas de las calles de Méjico)

—  
A ISABEL RIVADENEYRA

### PRIMERA PARTE

1

Cuentan crónicas añejas  
Y por añejas extrañas  
Que cuando ocupaba el trono  
Felipe Quinto de España,  
Desde muy remotas tierras  
Vino un doncel al Anáhuac  
Era gallardo y apuesto,  
Negros ojos, negra barba,  
Abundosa cabellera  
Y frente espaciosa y blanca.  
Sirviendo estuvo en las tropas  
Del Rey y alcanzó la fama

De discreto en la victoria  
 Y de fiero en la batalla.  
 Pero, por ser allegado  
 En limpia y directa rama  
 Al audaz y memorable  
 Conde de Villamediana,  
 Tomóle cierta ojeriza  
 El poderoso monarca  
 Y lo mandó con un cargo  
 A vivir en Nueva España.  
 Llegó á Méjico y obtuvo  
 Entre donceles y damas.  
 Entre nobles y pecheros  
 Y entre togas y sotanas,  
 Acatamiento á sus fueros,  
 Respetos á su prosapia  
 Y estimación distinguida  
 Á su cultura esmerada.

## II

Así vivió varios años  
 Con tranquilidad y calma  
 Don Gastón de Ballesteros  
 (Que así el doncel se llamaba).  
 Tuvo varias comisiones,  
 Mandó la ronda de capa,

Fué auditor en los consejos  
 Militares de la plaza,  
 Y era de austeras costumbres  
 Y de muy pocas palabras.  
 Vivió don Gastón en frente  
 De antigua, opulenta casa,  
 Con cadena en el portillo  
 Y de almenas coronada,  
 En calle que en aquel tiempo  
 Fué de las Atarazanas.

De tal casa á los balcones  
 Salió una tarde una dama  
 Pura como una azucena,  
 Esbelta como una palma,  
 Con ojos negros y grandes  
 Que vivo fuego irradiaban.

Vió á la dama el caballero,  
 Vió al caballero la dama  
 Y á los dos á un tiempo mismo  
 Se les encendió la cara  
 Y después de breve rato  
 Cambiáronse otra mirada  
 Penetradora, insistente  
 Y á la vez terrible y rápida,  
 Como el choque con que cruzan  
 En un duelo dos espadas  
 Que van á los corazones,  
 Y en un relámpago matan.  
 Es hermosa — Gastón dijo —

Es guapo — dijo la dama,  
 ¡La intereso! — ¡Le intereso!  
 ¡Se turba! — ¡Se pone pálida! —  
 Y confusa y aturdida,  
 Al decir estas palabras,  
 Cerró sus balcones ella,  
 Dejó Gastón la ventana  
 Y ambos se fueron sintiendo  
 Un volcán dentro del alma.

## III

Llegóse el trece de agosto  
 Y al despuntar la mañana  
 Despertaron los vecinos  
 Entre repiques y salvas.  
 Celebrábase la fiesta  
 Del *Pendón* denominada,  
 En que con lujosa pompa  
 Entre picas y oriflamas  
 Iban oidores y alcaldes  
 Con bastones y con mazas  
 Detrás de altivo ginete  
 Uniformado de gala,  
 Que vanidoso y contento  
 En la diestra tremolaba  
 El *pendón* que don Hernando

Cortés trajo á Nueva España.  
 Marchaban los de la audiencia  
 Y en su pos, la flor y nata  
 De jueces é inquisidores  
 De arcabuceros y guardias,  
 Y por detrás en vistosa  
 Procesión luenga y compacta,  
 Los humildes moradores  
 De más allá de la traza,  
 Indígenas y mestizos  
 Tenidos como canalla.

Las calles en que seguís  
 Su curso la inmensa masa,  
 Mirábanse como nunca  
 Revestidas y adornadas:  
 Inmensos arcos de tule  
 Con amapolas de grana  
 Guardando en cintas de trébol  
 Grandes cifras del monarca,  
 Y en los abiertos balcones  
 Dando el sol vivos de llama  
 Las cortinas de damasco  
 Con las vajillas de plata;  
 Y sobre las toscas piedras  
 Con profusión derramadas  
 Las rosas que de Ixtacalco  
 Crecieron en las chinampas.  
 Era el *Pendón* conducido  
 Desde la siniestra casa

De cabildos, hasta el templo  
 Que á san Hipólito guarda.  
 Allí llegaban al atrio  
 Y luego le colocaban  
 En el balcón, al instante  
 Que las tronadoras salvas  
 Y los sonoros repiques  
 Y del pueblo la algazara  
 Se alzaban en solo un grito:  
 El grito de « ¡Viva España! »  
 Quedaba el pendón expuesto  
 Hasta la nueva mañana  
 En que con la misma pompa  
 Al cabildo le tornaban.

## IV

En la ceremonia augusta  
 Gastón estrenó una espada  
 Que enviáronle de Toledo  
 Con gavilanes de plata.  
 Tercióse con gran donaire  
 Sobre la gentil espalda  
 El honroso y noble manto  
 Del orden de Calatrava,  
 Que ostenta en fondo de nieve  
 La inmensa cruz encarnada.

Y cuéntese que el gallardo  
 Militar, también portaba  
 Queriendo, los de Manresa  
 De Santiago y de Malta,  
 Pues que tuvo cuatro abuelos  
 De nombre y nobleza tanta  
 Que ingresaron á las cuatro  
 Órdenes hospitalarias.

Por la calle de Tlacópam,  
 (Hoy de Tacuba llamada)  
 En un balcón hecha un astro  
 De juventud y de gracia,  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Volvió á encontrar á su dama.  
 Demudóse su semblante,  
 Saludóle con la espada  
 Y ella inclinó la cabeza  
 Con la faz hecha una grana.  
 Pasó el galán y siguióle  
 Ella con vivaz mirada  
 Hasta atravesar el ancho  
 Puente de la Mariscala.

Una amiga preguntóle:  
 — ¿Á quién miras tanto, Blanca?  
 — Miro... respondió confusa...  
 Aquella cruz encarnada...  
 — ¿Pero miras sólo el manto  
 De la cruz de Calatrava  
 Ó al cruzado que la porta...?

— « ¡No lo sé! » dijo turbada,

¿Te interesa?

— ¿Te interesa?

— ¿Tú le quieres? — ¿Tú le amas? —

Y con rabioso despecho

Miráronse Inés y Blanca

Sin que á tan breves preguntas

Se dieran respuestas claras.

Pero desde aquel instante

Odiáronse sus dos almas

Sin que del odio pudiera

Sospechar la ignota causa

Don Gastón de Ballesteros,

El de la cruz encarnada.

Pasados algunos meses,

Una tarde fué á la casa

De Inés Martínez un hombre

De negra y flotante capa,

Blanco sombrero con plumas

Y ancho cinto con espada,

Dió su nombre y le llevaron

Á la lujosa antesala

Con ricas sedas de China

Revestida y decorada.

Salió á los pocos momentos

Á hablarle la hermosa dama

Obligándole á sentarse

Con delicadeza y gracia:

— Vengo, el caballero dijo,

Á entregaros esta carta

Y respuesta habréis de darne

Si os dignaseis aceptarla. —

Roto el encarnado nema

Desdobló el papel la dama

Y aquí descubrir podemos

Lo que allí leyó en voz baja:

« Señora, toda hermosura,

Toda virtud, toda gracia,

No fuera yo caballero

Y mis blasones manchara,

Si en el papel no pusiera

Al escribiros, el alma.

» Cegado por vuestros ojos

Que vivos destellos lanzan,

Cuando os conocí en la corte

Del virrey de Nueva España,

De amaros mientras viviera

Os empené mi palabra

Y hasta me atreví á jurarlo

Sobre la cruz de mi espada.

Desde entonces á la fecha  
 En que os escribo esta carta,  
 Han perecido seis lunas  
 Sin que otra vez os hablara.  
 ¿No sospecháis cuál ha sido  
 De tal silencio la causa?  
 Sabed la verdad entera  
 Aunque se os desgarré el alma:  
 Pero jamás ha mentido  
 Un noble de Calatrava.  
 » Cegado por vuestros ojos  
 Y rendido á vuestras gracias  
 Os hice muchas promesas  
 Y os dije muchas palabras  
 Comprometiendo mi nombre  
 Que nunca ha tenido mancha.  
 » Perdonad que las retire  
 Si es que fueron aceptadas  
 Y si no las escuchasteis  
 Reputadlas como vanas.  
 » Nunca de mal caballero  
 Me deis, señora, la fama,  
 Y disculpad los arranques  
 Que vuestra hermosura causa  
 En corazones de cera  
 Que se funden con las llamas.  
 » Los delirios de una noche  
 Pronto vuelan, pronto pasan,  
 Y delirios fueron éstos

De mi mente deslumbrada.  
 » Perdonadme bien señora  
 Si acaso sabéis mañana  
 Que unido en eternos lazos  
 Le doy mi nombre á otra dama  
 Y sabed que en todo tiempo  
 Me tendréis á vuestras plantas. »

.....  
 Sin mover los negros ojos  
 Ni decir una palabra  
 Y secando entre sonrisas  
 Con disimulo una lágrima,  
 Dobló aquel papel funesto  
 Y « está bien » dijo la dama.  
 Levantóse el caballero,  
 Salió de la rica sala  
 Y cuando Inés quedó sola  
 Dijo para sí, con rabia:

« ¿Le da su amor y su nombre?  
 ¿Á quién...? ya lo entiendo... ¡á Blanca!  
 ¡Pero no... no será suya,  
 Me sobran valor y audacia  
 Y tengo para impedirlo  
 Todo el infierno en el alma! »

## VI

## Al declinar una tarde

Tibia, azul, brillante y diáfana  
 En que el sol hundió su disco  
 Entres celajes de grana  
 Coronando los volcanes  
 Con un manto de escarlata,  
 Y haciendo brillar los lagos  
 Cual si fueran sangre humana,  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Luciendo traje de gala  
 Tuvo el diálogo siguiente  
 Con su idolatrada Blanca :

— Jamás a mujer ninguna  
 Rendi enamorado el alma  
 Y a ti la rindo y la entrego  
 Lleno de amor y esperanza.  
 — Gastón, ¿no mientes?

— Lo juro

Por mi madre icóiatrada  
 Que está llorando mi ausencia  
 Ha seis años en España.  
 Bastóme en un breve instante  
 Consagrarte una mirada,

¿Lo recuerdas...?

— Es la historia

De lo mismo que me pasa;  
 Te vi y te amé...

— No lo digas

Que muero de dicha, Blanca;  
 No es el amor pasajero  
 Que pronto brilla y se apaga  
 El que te consagro; toda  
 Mi vida arderá su llama.

— Nuestro amor es imposible  
 Ella respondió turbada.

— ¿Imposible?

— Así lo juzgo.

— ¿Y puedo saber la causa?

— Secretos son de familia  
 Que por decoro se guardan  
 En el pecho, sin que nunca  
 Al labio indiscreto salgan.

— Jamás inquirí misterios  
 Que forman íntimos dramas,

Pero lo que tú me dices

Mi corazón despedaza  
 Y amor no tiene secretos...

— Calla Gastón... calla... calla...

¡No hay mujer sobre la tierra  
 Más infeliz que tu Blanca!

No vuelvas a verme nunca  
 Porque al mirarme me matas

Y busco fuerza y no tengo  
 Pues me vencen tus miradas.  
 Aléjate de mi vista,  
 Abandona Nueva España,  
 Borra de tu pensamiento  
 Mi imagen, si allí la guardas;  
 Juzga palabras de loca  
 Mis amorosas palabras  
 Y perdóname y olvidame  
 Con el tiempo y la distancia,  
 Que yo entre tanto haré todo  
 Por arrancarme del alma  
 Un amor que no alimenta  
 El fuego de la esperanza! —  
 Gastón levantó los ojos  
 Más que con terror con ansia  
 Y vió los de la doncella  
 Mal conteniendo dos lágrimas  
 Que sin surcar las mejillas  
 Temblaban en sus pestañas.  
 — Tanto has dicho y tan extraño,  
 Que no entiendo tus palabras;  
 Sólo sé que me han caído  
 En el pecho como lava.  
 ¿En dónde está el imposible  
 Que á nuestro afán pone vallas?  
 Dilo, dilo, que entre tanto  
 La incertidumbre me mata.  
 Eres rica, noble y sola,

Nadie en el mundo te manda  
 Y al darte mi limpio nombre  
 El tuyo no se rebaja;  
 Tienes blasones y tengo  
 Tantos ó más en mi raza;  
 El Virrey me favorece,  
 Mi madre tanto me ama  
 Que aprobará nuestro enlace  
 Al revelar le tus gracias;  
 ¿En dónde está el imposible?  
 ¿Á qué vienen esas lágrimas?  
 — Por Dios no me lo preguntes,  
 Aparta, Gastón... aparta;  
 Nada en el mundo ha podido  
 Vencerme cual tus miradas;  
 Á ningún hombre en la tierra  
 Le di con la vida el alma  
 Y vida y alma no tengo  
 Desde que me viste...

— ¡Blanca!

¿Es verdad cuanto me dices?  
 — ¡Es verdad y muy amarga!  
 Nuestro amor es imposible,  
 Aparta... Gastón, aparta.  
 — Juro de aquí no moverme  
 Si no me explicas la causa.  
 — Es que si á saberla llegas  
 Me desprecias ó me matas  
 Y eres tú el solo culpable

De mi infinita desgracia.

— Habla todo.

— ¿Tú lo quieres?

— Yo te lo exijo.

— Bien.

— Habla.

— Tengo en el mundo una amiga,  
Más que una amiga, una hermana,  
Que acaso tú la conoces

— ¿Quién?

— Inés Martínez.

— Calla.

— ¿Te turbas?

— Vamos, prosigue.

— Pues con ella una mañana

Mano à mano departiendo

En el balcón de su casa

Te vimos pasar, portando

El manto de Calatrava.

Yo que ya te conocía,

Que interesabas mi alma

Y que sentí como nunca

Invencible tu mirada,

Me demudé à tu presencia

Y en eso está mi desgracia,  
Porque Inés ardiendo en ira  
Celosa y desencajada,  
Me dijo que era tu amante  
Y que tú la idolatrabas.

No sé si tú la verías  
Cuando volviste la cara,  
Mas no te perdió la vista  
Hasta que en larga distancia  
Borró la nube de polvo  
Tu inmensa cruz encarnada.

Quedéme yo tan celosa,  
Tan triste, con tales ansias,  
Que en la tarde, en el sarao  
Que se celebró en la casa,  
Ful en el minué compañera  
Del marqués de Santa Olalla  
Que de casarse conmigo  
Ofrecióme su palabra,  
Tan pronto como tornase  
De una comisión muy alta  
Que el Virrey le confiriera  
Para la Nueva Vizcaya.

Yo que estaba ardiendo en celos  
Me finji la enamorada  
Y confirmé sus promesas  
Con mi rectitud de dama.  
Salió el Marqués, cual me dijo,  
À la siguiente mañana,

Y dejóme esta sortija  
 Como una prenda sagrada.  
 No ha vuelto nunca á escribirme  
 Ni nunca le pongo cartas,  
 Pero él es un caballero  
 Y yo una mujer honrada  
 Y la sociedad más culta  
 De la corte en Nueva España  
 Todo esto sabe y lo aprueba;  
 Ya ves si soy desgraciada;  
 Tu amor está por un punto  
 Y por otro mi palabra,  
 Entre tú y yo, no es posible  
 Ninguna dulce esperanza;  
 Perdóname y luego olvídame  
 Aparta, Gastón... aparta,  
 Que si me miras me vences;  
 ¡No me fijes la mirada!

De Gastón por el semblante  
 Cruzó una sangrienta ráfaga  
 Como el ángel de la muerte  
 Sobre un campo de batalla.  
 Quiso allí decirle tanto  
 Á la deidad de su alma  
 Que después de pensar mucho  
 No le dijo una palabra.  
 Levantóse ardiendo en celos  
 Y con la mano crispada

Oprimió el helado pomo  
 De su florentina daga  
 Y al salir del aposento  
 Quedóse llorando Blanca.

## VIII

Poblando el aire, se agitan  
 En catedral las campanas,  
 Pues ya noticias se tienen  
 De que en el trono de España  
 Sucede al quinto Felipe  
 Un nuevo y grande monarca  
 Cuyo busto y cuyo nombre  
 Grabados en oro y plata  
 Los va á conocer el pueblo  
 En la jura de la plaza.

Hay junta de caballeros  
 Del gran Palacio en las salas,  
 Que conversan y departen  
 Con el conde de Fuenclara,  
 Caballero de Santiago  
 Y virrey de Nueva España.  
 Allí están todos los grandes  
 En abolengo y prosapia,  
 Así los que visten toga

Como los que espuela calzan,  
 Prebendados, auditores,  
 Alabarderos y guardias.  
 De pronto gran movimiento  
 Notóse en aquella sala  
 Y vióse entrar á un gallardo  
 Militar de rubia barba  
 Por la edad entretejida  
 Con leves hilos de plata.  
 Ved — murmuraron algunos —  
 Al marqués de Santa Olalla.  
 ¿Ése es el marqués? inquieto  
 Y con la faz demudada  
 Preguntó á un oidor, un joven  
 De apostura muy bizarra.  
 — El mismo —

— ¿De dónde viene?

— Viene de Nueva Vizcaya.  
 Á poco el Marqués, delante  
 Del conde de Fuente Clara  
 Presentóle sus respetos  
 Con estas breves palabras:  
 — Cumplido mi honroso encargo,  
 Tan sólo señor me falta  
 Felicitar á estos reinos  
 Y á Vuesencia que los manda,  
 Por la elevación al trono  
 De nuestro nuevo monarca.  
 Está próspera, pacífica,

Y dichosa Nueva España,  
 Sin traidores ni ambiciosos...  
 — ¡Lo sabe bien quien los trata! —  
 Dijo una voz en el grupo  
 De los que al Virrey cercaban.  
 El Virrey fijó los ojos  
 En todos con faz airada;  
 El Marqués quedó suspenso  
 Y reinó en toda la sala  
 Un silencio pavoroso  
 Ante semejante audacia.  
 — ¿Quién profirió tal ofensa?  
 Dijo el conde de Fuenclara;  
 Y adelantando dos pasos  
 Con la frente levantada  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Así agregó con voz franca:  
 — Quién conoce á los marqueses  
 Que van á Nueva Vizcaya. —  
 Intentó el Virrey al punto  
 Reprender al que así hablaba;  
 Pero le vió cuatro mantos  
 Prendidos sobre la espalda,  
 Los más limpios, los más nobles,  
 Los más preciados de España,  
 Los de Malta y Santiago,  
 De Manresa y Calatrava,  
 Y sólo decirle pudo:  
 — Tened —uesa lengua y basta;

Detenido en mi palacio  
 Quedaréis hasta mañana. —  
 Salieron todos confusos  
 La ceremonia acabada  
 Y á Ballesteros llegóse  
 El marqués de Santa Olalla  
 Y algo rápido y siniestro  
 Se dijeron en voz baja.

## IX

Llorosa está en su aposento  
 Y llena de angustia, Blanca,  
 Y llorosa Inés Martínez  
 Viste de negro en su casa.  
 Méjico está conmovido  
 Por una noticia infausta :  
 Que se han batido dos nobles  
 De la más alta prosapia  
 En un solar muy cercano  
 Al pueblo de Ixtapalápan.  
 Dicen que como dos fieras  
 Que se hieren insensatas  
 Los nobles se acometieron  
 Ardiendo en furor y en rabia.  
 Uno fué el afortunado

En medio de la desgracia,  
 Pues que al pasar parte á parte  
 Al contrario con la espada  
 Le dejó muerto en el sitio  
 Al despuntar la mañana.  
 Nadie sabe con certeza  
 De tal suceso la causa,  
 Pero lo que nadie ignora  
 Es que mató en lid honrada  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Al marqués de Santa Olalla  
 Por el que de luto lloran  
 Inés Martínez y Blanca.

## SEGUNDA PARTE

En las rudas tempestades  
 Que ofuscan el pensamiento,  
 Cuando todo se nos cierra  
 Y todo miramos negro,  
 El hombre busca el suicidio  
 Y la mujer el convento:  
 La mujer castiga el alma  
 Y el hombre castiga el cuerpo.  
 Blanca, después de que supo  
 El resultado del duelo  
 Por más que no hubiera amado  
 Al Marqués, rindió respeto  
 A su memoria y le tuvo  
 Al qué dirán mucho miedo.  
 « ¡Yo soy culpable, decía,  
 Insomne y triste en su lecho,  
 Gastón ignoraba todo  
 Y yo le dije el secreto.  
 Gastón me adora y cegado

Por el odio, por los celos,  
 Alzó entre los dos un muro  
 Imponente, airado, eterno!  
 Yo ya no puedo ser suya  
 Ni él volverá á pretenderlo;  
 Debo morir para el mundo  
 Y sólo entregarme al cielo.  
 Á tan serias reflexiones  
 Dado su espíritu entero  
 Llorando como una loca  
 Encerrada en su aposento,  
 Las rosas de sus mejillas  
 Bien pronto palidieron  
 Y en menos de tres semanas  
 Emblanqueció su cabello.  
 Una tarde, ya resuelta  
 Á salir del mundo necio,  
 Envuelta en oscuro manto  
 Y velando el rostro bello  
 Con denso crespón flotante  
 Y más que sus ojos negro,  
 Fuese á ver al Arzobispo,  
 Que la recibió al momento,  
 Y á solas con él abrióle  
 Sin reticencias su pecho.  
 Era anciano el Arzobispo.  
 Sabio, prudente y discreto  
 Y aconsejóle pensara  
 Con mavor detenimiento

Lo que, de llevarse á cabo,  
Después no tiene remedio.  
— Resuelta estoy, dijo Blanca.  
No quiero sufrir más tiempo;  
Quiero en el mundo una celda  
Y tras de la celda el cielo.  
— El camino tiene espinas.  
— No más de las que yo tengo.  
— En él sobran privaciones.  
— Pero no remordimientos.  
— Llevaréis la cruz cargando.  
— ¿Qué importa si cargo un muerto?  
— Dejaréis vuestra fortuna.  
— ¿De qué me sirve el dinero?  
— Seréis un sepulcro andando.  
— Muerta está el alma en mi pecho.  
— ¿Y si entre cenizas queda  
De alguna ilusión el fuego?  
— Lo mataré con la nieve  
De la oración y el silencio.  
— ¿Y si él volviera á buscaros  
— No volveré nunca á verlo.  
— ¿Lo juráis por Dios?  
— Lo juro —  
— Id en paz, vuestros deseos  
Cumplidos serán señora;  
Pronto estará satisfecho  
El ángel de vuestra guarda  
Que os marca el rumbo del cielo.

Salióse Blanca llorando  
Con inefable contento  
Y á solas dijo : adiós mundo  
Pronto para ti habré muerto.

## II

Después de lo acontecido  
El Virrey estando inquieto,  
Con un edecán sensato  
Venir hizo á Ballesteros  
Á su presencia y hablóle  
En estos concisos términos:  
— De imprudente y desalmado  
Pruebas disteis caballero  
Y daros muerte en castigo  
Bien lo pudiera queriendo;  
Matasteis un hombre honrado...  
— En buena lid, dijo fiero  
Don Gastón sin inmutarse  
— ¿Buena lid sin causa? ¡Cielos!  
Derecho de castigaros  
Á todas luces lo tengo  
Pero desde que os conozco  
Os distingo con mi afecto  
Y os señalo como á un hijo.  
— Con el alma os lo agradezco.

— Es mi deber alejaros  
De la sociedad de Méjico  
Y motivo de esta ausencia  
Hallaréis en estos pliegos.

Don Gastón que estaba solo  
Con el Virrey departiendo  
Besóle la diestra mano  
Con noble y filial respeto  
Y salióse del Palacio  
Muy cabizbajo y muy serio.  
Cuando pudo libre á solas  
Enterarse en su aposento  
De los pliegos que le diera  
El Virrey, quedó suspenso.  
— ¡Marchar hasta Guatemala!  
Bien está, pues marcharemos.  
Mandó arreglar sus caballos  
Y sus armas, al momento,  
Y al rayar la media noche  
Con veinte hombres más ó menos  
Sin ser visto por ninguno  
Dejó el populoso centro  
De Anáhuac, donde quedaba  
La luz de sus pensamientos.

## III

Tocan en Regina-Coeli  
Grandes repiques á vuelo,  
Está la mañana tibia  
Y el horizonte sereno.  
Están regados los anchos  
Corredores del convento  
Con amapolas y rosas,  
Con azucenas y trébol.  
Pueblan el coro, rezando  
Las monjas con dulce acento  
En torno de un crucifijo  
Que con los brazos abiertos  
El perdón de los humanos  
Implora del Padre Eterno.  
Á sus pies, atril dorado  
Sostiene un gran libro negro  
Y alzanse las densas nubes  
Azuladas del incienso.  
El Arzobispo reviste  
Capa pluvial, y en su pecho  
Brilla la cruz de amatistas  
Que lanza tibios reflejos;  
Con el báculo en la diestra

Murmura en voz baja rezos  
 Que repercuten sonoras  
 Las bóvedas del convento.  
 Y entre el grupo, como estatua,  
 Con las manos sobre el pecho,  
 Y dejando sobre el manto  
 Flotar los largos cabellos,  
 Una mujer de rodillas,  
 Con el semblante cubierto  
 Por un leve, vaporoso  
 Diáfano y colgante velo  
 Á las heladas baldosas  
 Inclina sus ojos negros.  
 ¡Es un aromado lirio  
 Trasplantado en el desierto!  
 ¡Es una blanca azucena  
 Expuesta al rigor del cierzo!  
 ¡Tiñe el rubor su semblante;  
 De sus labios entreabiertos  
 El mundo por vez postrera  
 Arranca el último beso!  
 Ayer vió luces y pompas  
 Hoy mira sombra y misterios.  
 Oyó ayer frases de amores  
 Y hoy escucha tristes rezos;  
 Ayer al mirar su rostro  
 En el cristal de un espejo  
 Se enamoró de sí misma  
 Al encontrarlo tan bello;

Hoy lo esconde en negras tocas  
 Que la abruman con su peso;  
 Ayer adornó con flores  
 Su terso y mórbido pecho  
 Hoy sirve de altar oscuro  
 Á una cruz de palo negro;  
 Ayer una ardiente mano  
 Acarició sus cabellos  
 Y entre sus hebras jugaba  
 Cual barco en el mar sereno;  
 Hoy siente que los profana  
 Tosca tijera de hierro  
 Y por ella mutilados  
 Descienden tristes al suelo  
 Sin que nadie los levante  
 Coronándolos de besos.  
 ¡Ayer trajes, joyas, flores,  
 Hoy hábito, cruces, rezos;  
 Ayer un rico palacio,  
 Hoy triste recinto estrecho  
 Y tras la sala y el mundo  
 La celda por universo!  
 El órgano ha dado al aire,  
 Sus más fúnebres acentos  
 Y una mano helada, impía  
 Ya cortó las hebras de ébano  
 Que inertes como de piedra  
 Y rodando por el cuello  
 Á las heladas baldosas

Dando compasión cayeron.  
 Ya renunció la novicia  
 Pompas y vanos empeños  
 Y en tosco sayal envuelta  
 Sin esperanza ni afectos,  
 Camina entre austeras monjas  
 Por los claustros del convento.

¡Ya celebró un matrimonio  
 Que tiene votos eternos  
 Y esposa de Jesucristo  
 Su imagen lleva en el pecho!  
 Ayer le llamaron Blanca  
 Pues lo fué de alma y de cuerpo,  
 Hoy le llaman sor Angélica  
 Con devoción y respeto.  
 ¡Pobre paloma escondida  
 De la oración en el huerto!  
 Sobre su conciencia pasa  
 La ilusión como ángel negro;  
 Es la celda su palacio,  
 Su solo jardín el templo,  
 La oración su sola queja  
 Y el altar su solo puerto.  
 ¿Y don Gastón...? está ausente;  
 ¿Y el Marqués? murió en un duelo;  
 ¿Y su corazón?... ¡aun late  
 Con vida dentro del pecho!  
 ¡Negras tormentas humanas!  
 ¡Anchos horizontes negros!

¡El hombre busca el suicidio  
 Y la mujer el convento!

## IV

¡Oh interminables y oscuras  
 Noches del remordimiento!  
 Siglos parecen sus horas  
 Que están pobladas de espectros  
 Y de endriagos y gnomos  
 Que burlando nuestro duelo  
 Bailan la danza macabra  
 En torno de nuestro lecho!  
 ¡Oh interminables y oscuras  
 Batallas del pensamiento!  
 ¿Quién enciende las pasiones?  
 ¿Quién aviva los deseos?  
 ¿Quién de la hoguera del alma  
 Atiza constante el fuego  
 Que ni lo apaga la ausencia  
 Ni logra extinguirlo el tiempo?  
 ¡Amor, tirano del mundo,  
 No en vano te pintan ciego,  
 Que si disparas del arco  
 Tus dardos, pasas con ellos  
 La muralla en el castillo  
 Y el cancel en el convento!

## V

Sor Angélica está triste  
 Y llora siempre en silencio,  
 Mojando en llanto las hojas  
 Del tosco libro de rezos.  
 Una sombra la persigue  
 De su celda en el misterio  
 Y cuando á orar se arrodilla  
 Con humildad y respeto  
 Delante del crucifijo,  
 No ve los brazos abiertos  
 Ni la cabeza inclinada  
 Sobre el desgarrado pecho,  
 Sino que surge á sus ojos  
 Un gallardo caballero  
 Con negra, abundosa barba,  
 Blanca frente y ojos negros.  
 « Aparta, le dice, aparta,  
 No turbes mi pensamiento »;  
 Y la imagen se aproxima,  
 Y ella llora y siente miedo,  
 Y pasa todas las noches  
 En este combate fiero  
 Pues por donde á Cristo busca

Gastón le sale al encuentro.  
 Más que nunca enamorada,  
 El aguijón de los celos  
 Lleva clavado en el alma  
 Y la consume en silencio.  
 Recuerda las objeciones  
 Y las sentencias, que experto  
 El Arzobispo le hiciera  
 Antes de entrar al convento,  
 Y se rinde á su desgracia  
 Y dice con desconsuelo:  
 « Me afaño por olvidarle  
 Y en todas partes le veo.  
 Si es un ángel Dios lo manda  
 De lo más alto del cielo,  
 Si es Satanás me persigue  
 Desde el fondo del Averno ».  
 Y no bastan penitencias  
 Ni propósitos, ni rezos  
 Y á su pesar le idolatra  
 Y da culto á sus recuerdos.

## VI

Tres años han transcurrido,  
 De Nueva España en el reino

El conde de Fuente Clara  
 A otro Virrey cedió el puesto  
 Y éste convocó á los jefes  
 De más cerca y de más lejos  
 Para arreglar á su antojo  
 El servicio del Ejército.  
 Volvió Gastón á la corte  
 Y encantado el Virrey nuevo  
 De su presencia y su trato,  
 Dióle el mando de los tercios  
 Que en Palacio daban guardia  
 Gozando especiales fueros.  
 No volvió á sonar en labios  
 Del aguerrido mancebo  
 El nombre de su adorada,  
 Ni aclarar quiso el misterio  
 De su suerte, que ninguno  
 Le aventajó en lo discreto.  
 Llegó en siete de septiembre  
 Y á la reina de los cielos  
 Celebraron con gran pompa  
 Las monjas de su convento.  
 El Virrey, como invitado  
 Por su rango en primer término,  
 Entró á la iglesia, seguido  
 De guardias y alabarderos  
 Colocándose los guardias  
 Junto al coro con respeto.  
 Gastón estaba apostado

Junto al altar de san Telmo,  
 Las manos sobre su espada  
 Y los ojos en el suelo,  
 Y después de largo rato  
 Oyó prolongado y tierno  
 Un suspiro que cual dardo  
 Fué á clavarse en el pecho.  
 Vuelve el rostro y con sorpresa  
 Que heló su sangre en el cuerpo,  
 Velado por largas tocas  
 Mira el semblante hechicero  
 De su Blanca que lloraba,  
 Deslizándose entre sus dedos  
 Un rosario, cuyas cuentas  
 Talladas, de color negro,  
 Temblaban como las hojas  
 De un árbol que agita el viento.  
 Vió el caballero á la monja  
 Vió la monja al caballero  
 Y sin desplegar los labios  
 Mucho sus ojos dijeron.

Cuando concluyó la misa  
 Internáronse al convento  
 Las monjas, al tiempo mismo  
 Que Gastón salió del templo  
 Y en esa noche no pudo  
 Sentir la paz del sueño  
 Y ella no pudo en su celda  
 Ver á Dios ni alzar sus rezos,

Que al mirar el Crucifijo  
 Vió en la cruz al caballero  
 Mirándola de tal suerte  
 Y con amor tan inmenso,  
 Que horrorizada dió un grito  
 Y se desplomó en el suelo  
 Oyendo sobre sus labios  
 Como el chasquido de un beso.

## VII

Está la noche lluviosa,  
 El relámpago violento  
 Ilumina el horizonte  
 Con anchas orlas de fuego;  
 ¡Cuán imponente resuena  
 La tempestad á lo lejos!  
 Parecen las calles tumbas,  
 Los edificios espectros,  
 Los transeúntes fantasmas  
 Y grito de muerte el viento.  
 Nada turba en tales horas  
 De la ciudad el silencio,  
 Sólo las rondas de capá  
 Que cruzan de tiempo en tiempo,  
 El grito descompasado

Y triste de los serenos  
 Y la aguda campanilla  
 Con cuyos fúnebres ecos  
 La inquisición dice á todos  
 Cómo vigila á sus reos.  
 Por la plaza de Regina  
 De pobre y misero aspecto,  
 Anegada por la lluvia  
 Y sin un solo reflejo  
 De un farol que á los vecinos  
 Pueda alumbrar el sendero,  
 Bien embozado en su capa,  
 Vestido todo de negro,  
 Sin compañero ninguno,  
 Junto á los muros del templo  
 Cruza, recatando el paso,  
 Don Gastón de Ballesteros.  
 Mira que nadie le observa  
 Y tuerce, no sin recelo  
 Á la calle en que está el torno  
 De que se sirve el convento.  
 Da con sigilo tres golpes  
 Y otros tres, escucha luego:  
 — Aquí estoy, dice en voz baja —  
 Y dícenle: — Aquí te espero.  
 — ¿Podrás salir? — Imposible  
 Que puerta libre no tengo.  
 — Subiré escalando el muro  
 — Sube como quieras, dueño;

Soy más que nunca tu esclava;  
 Manda que yo te obedezco. —  
 Don Gastón tiró la escala  
 Con un tino tan certero  
 Que se quedó en una almena  
 Prendido el gancho de hierro  
 Con destreza de marino  
 Por ella trepó sin miedo  
 Y pisó á pocos instantes  
 Las bóvedas del convento.  
 Inclínose para el patio  
 Y del jardín en el centro  
 De pie y con las claras tocas  
 El gallardo talle envuelto,  
 Miró á Blanca en cuyo rostro  
 Brillaban cual dos luceros  
 Atrayéndolo al abismo  
 Los ojos grandes y negros.  
 Alzó con mano robusta  
 La escala el audaz mancebo  
 Y hacia el patio descolgóla  
 Á cualquier azar resuelto.  
 Bajó de la enorme altura  
 La mitad ni más ni menos,  
 Cuando de pronto escuchó:  
 Un largo crujido intenso  
 Y saltó roto en pedazos  
 El borde musgoso y negro  
 Arrancado por el gancho

De la escala, en un momento.  
 Se oyó un grito pavoroso,  
 Un rumor sordo y siniestro,  
 Que las sombras de la noche  
 En su manto recogieron  
 Y que pronto dispersaron  
 Las negras alas del viento.

## VIII

Asombrando á los vecinos  
 Y margen dando á misterios  
 Que se tornaron consejas  
 Al referirlas el pueblo,  
 Al despuntar la mañana  
 Que siguió al triste suceso,  
 Viéronse muchos carruajes  
 Á la puerta del convento  
 Llegando el del Arzobispo  
 Entre todos el primero;  
 Después los inquisidores  
 Y letrados del consejo  
 Del santo oficio, cargando  
 Con pergaminos y pliegos.  
 Pasaron más de seis horas

En pláticas y argumentos  
Y por no asustar al barrio,  
Uno tras otro salieron.

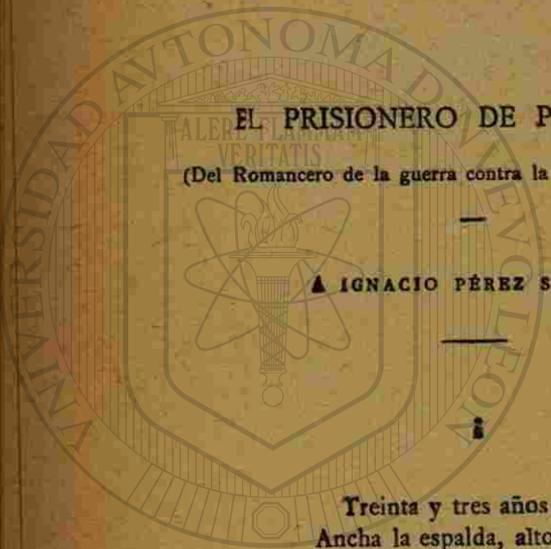
En la noche cuando todo  
Era en la calle silencio  
Y nada en el barrio daba  
Señales de movimiento,  
Llegaron los alguaciles  
Con recato conduciendo  
La litera que las rondas  
Usaban en caso extremo.

Sacaron después, del torno  
Por el espacioso hueco,  
Un bulto que en negros paños  
Estaba oculto y envuelto;  
Echáronlo en la litera  
Y cargándolo emprendieron  
Su marcha por las oscuras  
Calles de la triste Méjico.

En las crónicas añejas  
De donde brota este cuento,  
Dicen que ya sepultado  
Don Gastón de Ballesteros,  
A la infortunada Blanca,  
Culpable de sacrilegio,  
Y de violación de votos  
Y otros crímenes inmensos,  
Sentencióla el Santo Oficio

A ser arrojada al fuego;  
Y cuentan los que lo saben  
Que al morir no tuvo miedo,  
Asustando á los verdugos  
Y dando pavor al pueblo,  
Pues ni en medio de las llamas  
Dejó escapar un lamento.

Jalapa, febrero 12 de 1889.



### EL PRISIONERO DE PAPAZINDÁN

(Del Romancero de la guerra contra la intervención francesa)

▲ IGNACIO PÉREZ SALAZAR

Treinta y tres años cumplidos,  
 Ancha la espalda, alto el pecho,  
 Estatura que disfraza  
 El tosco vigor del cuerpo,  
 Ojo vivo y penetrante,  
 Corto el poblado cabello,  
 Sin un asomo de barba,  
 El bigote escaso y recio;  
 Hundido sobre las cejas  
 Ancho y oscuro sombrero;  
 Ninguna insignia en el traje,  
 Ningún militar arreo;

Siempre prudente y callado,  
 Siempre vestido de negro,  
 Con una calma y un modo  
 Tan natural, tan modesto,  
 Que más al verle semeja  
 Humilde y franco labriego  
 Que luchador indomable  
 Y temido guerrillero  
 A quien los franceses nombran  
 Por su arrojo y su denuedo  
*El león de las montañas,*  
 Y que en reñidos encuentros,  
 Lo mismo en Venta del Aire,  
 Zitácuaro y Anganguero,  
 Probó bien cuánto á su patria  
 Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate,  
 Llegó á contemplar de lejos,  
 Pues acompañado ó solo  
 Entraba siempre el primero.  
 Nunca contó al enemigo,  
 Que donde estaba sabiendo,  
 Se apresuraba á encontrarle  
 Valiente pero sereno.  
 Como todos, reposado  
 Y más que todos, resuelto,  
 Al comenzar el combate  
 Al enemigo embistiendo,

Ni la cabeza inclinaba  
 Para acometerle ciego,  
 Ni con destemplados gritos  
 Daba á sus huestes aliento;  
 El valor en sus soldados  
 Brotaba con sólo verlo,  
 Que una enseña es su figura,  
 Su calma estoica, un ejemplo.  
 Nada resiste á su empuje  
 Y abre un camino su acero,  
 Por el que va la victoria  
 Siempre sus huellas siguiendo.  
 Los enemigos le temen;  
 De la noche en el silencio  
 Por todas partes esperan  
 Como á un tigre sorprenderlo.  
 Mas no valen emboscadas  
 Y es vano cualquier intento,  
 Que siempre burla sus planes,  
 Desbarata sus proyectos  
 Y los humilla y los vence,  
 Y á tanto llega su esfuerzo  
 Que como un ser protegido  
 Por insondable misterio,  
 Le miran propios y extraños:  
 Tal es Nicolás Romero.

## II

**No** tuvo Riva Palacio  
 En aquel glorioso tiempo,  
 Un soldado más adicto,  
 Ni un amigo más sincero.  
 Y cuéntese con que andaban  
 Á su lado : Luis Robredo  
 Que en Tacámbaro sucumbe  
 Á los belgas combatiendo;  
 El coronel Luis Carrillo  
 Que en los muros de Querétaro,  
 Al frente de sus soldados  
 Exhaló el postrer aliento,  
 Y Bernal, que en Urüapam  
 Asaltando un parapeto  
 Dejó escaparse la vida  
 Por ancha herida en el pecho,  
 Y otros héroes cuyos nombres  
 En el polvo se escondieron,  
 Y quedan allí esperando  
 Que la Historia, Juez Supremo,  
 Á la vida de la Gloria  
 Los llame por justo premio.  
 Por eso, como entre todos

Descuella el bravo Romero,  
 Y como todos le juzgan  
 En campaña el más experto,  
 Dispone Riva Palacio  
 Dejarle al mando el cuerpo  
 Que ha combatido sin tregua  
 En el Estado de Méjico,  
 Mientras él marcha á encargarse  
 En Michoacán del Gobierno  
 Y á reunir las divisiones  
 Del Ejército del Centro.  
 Transcurren algunos días,  
 Y órdenes tiene Romero  
 De ir en Tacámbaro á unirse  
 Con el resto del ejército.  
 Obedece, como siempre,  
 Precipita los aprestos,  
 Y ya lista su brigada  
 En marcha se pone luego.

## III

Es azarosa y terrible  
 La vida del guerrillero,  
 Pero lo fué más que nunca  
 Sostenida en aquel tiempo,  
 Cuando flotaba triunfante

La bandera del Imperio  
 Y árbitro de nuestra suerte  
 Era Napoleón tercero.  
 El porvenir asomaba  
 Mostrando en el turbio cielo  
 Anchas nubes tormentosas,  
 Tristes horizontes negros,  
 Y al pendón republicano  
 Miraba con torvo ceño  
 La victoria, sin dejarle  
 Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!  
 Unos vivos y otros muertos;  
 Vuestra abnegación asombra  
 En esa lucha, teniendo  
 La muerte siempre á la vista,  
 Y sin esperar el éxito  
 El mundo os miró luchando,  
 Que no soñabais más premio  
 Que combatir por la patria  
 Y morir por sus derechos.  
 Hasta ignorabais humildes,  
 Que de noche, en el silencio,  
 Cuando las rojas hogueras  
 Alumbran los campamentos,  
 Pasaban entre las sombras,  
 Vuestra causa bendiciendo  
 Tres espíritus sublimes  
 Que os dieran heroico ejemplo.

¡Hidalgo! de nuestras glorias  
 Impulso, móvil y centro;  
 Con él, un héroe que fuera  
 De la Independencia el genio :  
 ¡El invencible de Cuautla!  
 ¡El intachable Morelos!  
 Y con ambos la más viva  
 Encarnación de este pueblo:  
 El águila de su escudo  
 ¡El indomable Guerrero!  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 ¡Los que tuvisteis por tienda  
 Praderas, montes y yermos,  
 Harapos por uniforme  
 Y abrupto peñón por lecho!  
 Sonará siempre mi lira  
 Con algún acorde tierno,  
 Al repetir vuestros nombres  
 Y al relatar vuestros hechos.  
 ¡Cuántos dormís en el polvo!  
 ¡Cuántos, ya tristes y viejos,  
 Entre olvido y amargura  
 Vivís de vuestros recuerdos!  
 Perdidas las ilusiones,  
 Y la fe, muerta en el pecho,  
 Contáis vuestras breves horas  
 Envidiando á los que han muerto.  
 Mi voz pretende sacaros

De tan hondo abatimiento,  
 Que si en alas polvorosas,  
 Lleva esas glorias el tiempo,  
 Yo, que nací mejicano  
 Arrebatárselas quiero  
 Y como un grupo de soles  
 Mostrarlas al Universo :  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!

## IV

Como verjel escondido  
 Entre montes gigantescos,  
 En donde limpios arroyos  
 Fertilizando aquel suelo,  
 Cruzan entre las parotas,  
 Retozan entre los ceibos,  
 Y se ocultan en la grama  
 Y después brotan ligeros,  
 Brindando con sus cristales  
 Á los ganados sedientos,  
 Mientras se posan las garzas  
 En los hojosos granjenos,  
 Y las guacamayas cruzan  
 Con tardo y pausado vuelo;

Hay un grupo que semeja  
 Un palomar pintoresco,  
 Formado de blancas chozas,  
 En donde habitan contentos  
 Con sus familias humildes,  
 Francos y altivos rancheros.  
 Cerca de cuarenta leguas  
 Distará el naciente pueblo,  
 De Zitácuaro, medidas  
 Sobre escabrosos senderos;  
 Papazindán se le llama  
 Y de la guerra el aliento  
 No ha nublado todavía  
 El limpio azul de su cielo.  
 Una mañana, se miran  
 Á los ardientes reflejos  
 Del sol que nace, esos campos  
 Poblados de guerrilleros.  
 Allí pasaron la noche,  
 Allí se ve el campamento  
 Que formó la infantería  
 De la Cañada en el centro,  
 Y son aquellos soldados  
 Que inspiran amor al pueblo  
 Los que en constante campaña  
 Manda Nicolás Romero.  
 No esperan al enemigo  
 Y como libres de riesgo,  
 Olvidando las fatigas

Descansan todos contentos.  
 De súbito, se oyen tiros  
 Y blasfemias y denuestos,  
 Y como huracán terrible  
 Que no espera el mar sereno,  
 Destrozando la maleza  
 Y la tierra estremeciendo  
 Furiosos se precipitan  
 Enemigos regimientos,  
 Acuchillando á su paso  
 Y el espanto difundiendo,  
 Sin dar á los más osados  
 Para defenderse, tiempo.  
 Tras ese alud de jinetes  
 Los infantes vienen luego,  
 Y lo que aquellos comienzan  
 Á consumir llegan éstos.  
 Nada resiste á su empuje  
 Y muertos ó prisioneros  
 Quedan los que no han podido  
 Ir por el bosque dispersos.  
 Nada se sabe del jefe;  
 Los franceses con empeño  
 Por todas partes preguntan  
 Si ha quedado vivo ó muerto,  
 Mas como nada descubren  
 Y al combate han dado término  
 Para descansar escogen  
 El lugar de aquel siniestro.

Dos horas después se mira  
 Tan tranquilo todo aquello,  
 Que un grupo de zuavos ríe  
 Contemplando á un compañero  
 Que en pos de arrogante gallo  
 Corre afanoso y violento.  
 El animal, ya rendido,  
 Por salvarse emprende el vuelo  
 Y entre las ramas de un árbol  
 Esconde el pintado cuerpo.  
 El zuavo llega en su busca,  
 Alza los ojos atento  
 Y descubre, entre el ramaje,  
 Recatado un bulto negro;  
 Lanza un grito de sorpresa,  
 Requiere el arma violento,  
 Y con grandes voces llama  
 Á todos sus compañeros.  
 Acuden, miran, discuten,  
 Gritan y le intiman presto  
 Que descienda, si no quiere  
 Que sobre él rompan el fuego.  
 Muévense entonces las ramas,  
 Y lentamente, sin miedo,  
 Baja por el tronco un hombre  
 Que está vestido de negro.  
 Á tal novedad acuden  
 Más jefes y subalternos,  
 Que á la par que lo contemplan

Le forman círculo estrecho.  
 No le conoce ninguno,  
 Más él, á todo resuelto,  
 Les dice con voz tranquila :  
 « Yo soy Nicolás Romero »  
 Al escuchar ese nombre  
 Temido por todos ellos,  
 Y al contemplar desarmado  
 Á quien vencido no vieron,  
 Asoma en todos los rostros  
 Con el asombro el contento.  
*El león de las montañas*  
 Presa del destino ciego,  
 Mas debe al propio infortunio  
 Que del contrario al esfuerzo  
 Hallarse entre los franceses  
 Desarmado y prisionero.

Aunque el sol naciente brilla  
 Con deslumbrantes reflejos,  
 De la ciudad opulenta  
 Sobre el transparente cielo;  
 Hay algo que no se explica,  
 Que pesando sobre Méjico  
 Hace que la luz se mire

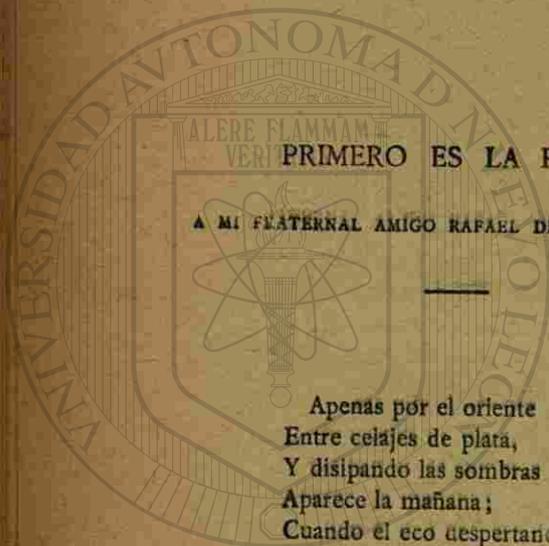
Con un color ceniciento,  
 Y alumbre calles y plazas  
 Como la antorcha de un féretro.  
 Los ánimos conturbados,  
 Los corazones opresos,  
 Tristeza por todas partes,  
 Por todas partes silencio.  
 El menos sagaz comprende  
 Que se prepara un suceso  
 Tan triste, tan pavoroso,  
 Tan terrible, tan funesto,  
 Que al presentirlo semeja  
 La ciudad un cementerio.  
 Desde que rayó la aurora,  
 En la penumbra se vieron  
 Marchar silenciosamente  
 Del enemigo extranjero,  
 Los pesados escuadrones,  
 Los compactos regimientos.  
 No distante de la plaza  
 En el oriental extremo  
 De la ciudad, se descubre  
 Vecina de los potreros  
 De Aragón, desierta plaza  
 De triste y misero aspecto.  
 Cierran su humilde recinto  
 Albergues de carboneros,  
 Y pobres chozas que alfombran  
 Guijarros y polvo seco.

Es la plaza de Mixcalco  
 Que á todos infunde miedo  
 Por ser sitio en que la pena  
 Capital sufren los reos;  
 La ha regado mucha sangre;  
 Muchos el postrer aliento  
 Lanzaron allí, mirando  
 Aquel contorno siniestro.  
 Por eso los grises muros  
 Del ángulo norte izquierdo  
 Son conocidos por todos  
 Como el rincón de los muertos.  
 Va lentamente á esa plaza,  
 En gruesas ondas el pueblo,  
 En pos de los batallones  
 Que van llegando en silencio.  
 Fórmase el cuadro, se alinean  
 Los zuavos en primer término,  
 Y entre sus filas asoman  
 Las anchas bocas de fuego.  
 Detrás cazadores de África,  
 Que con su marcial aspecto  
 Á la inquieta muchedumbre  
 Imponen mudo respeto.  
 Alzase un rumor de pronto  
 Como el mar que ruje fiero.  
 Abren paso los soldados,  
 Entra todo en movimiento,  
 Y en el cuadro se presenta

El funerario cortejo  
 Con el que van al cadalso  
 Cuatro mártires del pueblo.  
 Era el uno Roque Flores,  
 Un valeroso sargento;  
 El otro Encarnación Rojas,  
 Alferez del mismo cuerpo;  
 Higinio Álvarez, altivo  
 Comandante muy apuesto  
 En un tricolor zarape  
 Con suma elegancia envuelto,  
 Y con ellos muy tranquilo  
 Como quien marcha á paseo,  
 El valor en la mirada  
 Y fumando y sonriendo,  
 Al patíbulo, glorioso  
 Llega Nicolás Romero.  
 Fórmase á los cuatro en fila,  
 Reina fúnebre silencio,  
 Los tiradores preparan,  
 Se da la señal de fuego,  
 Y al tronar de los fusiles,  
 El grito de ¡Viva Méjico!  
 Brotando de aquellas bocas,  
 Va con su postrer aliento  
 Por el cielo de la patria  
 En nubes de gloria envuelto.

## VI

¡Soldados de las montañas!  
 Nobles soldados del pueblo!  
 Sobre vuestras tumbas crecen  
 Inmarcesibles y eternos,  
 Los laureros con que adornan  
 Los inmortales sus templos.  
 Humildes desde la cuna  
 Nacisteis en el silencio  
 Y á la luz del patriotismo  
 Que se encendió en vuestros pechos  
 La historia imparcial, severa,  
 Grabó con buril de fuego  
 Vuestros nombres en sus altos  
 Perdurables monumentos!



PRIMERO ES LA PATRIA

A MI HERMANAL AMIGO RAFAEL DE ZAVAS ENRIQUEZ

Apenas por el oriente  
 Entre celajes de plata,  
 Y disipando las sombras  
 Aparece la mañana;  
 Cuando el eco despertando  
 De la desierta montaña,  
 El estampido sonoro  
 Del cañón difunde alarma.  
 Precipitados los belgas  
 Que á Tacámbaro resguardan,  
 En las trincheras se agolpan  
 Y al combate se preparan.  
 Ya de una altura descienden  
 Las fuerzas republicanas  
 Y vibran de las cornetas  
 Las notas limpias y claras.

Se miran los batallones  
 Que denso polvo levantan,  
 Marchando pausadamente  
 De las lomas por la falda.  
 La división es aquella  
 Que en la constante campaña,  
 Del Ejército del Centro  
 Nicolás Régules manda.  
 En ella cuéntanse muchos  
 Jóvenes en cuyas almas,  
 El patriotismo ha encendido  
 Su pura y ardiente llama,  
 Que al llevarlos al combate  
 Vencer ó morir les manda,  
 Los estimula y anima  
 Luis Robredo y le acompaña  
 De valor y de fe lleno  
 José Vicente Villada.  
 Va á comenzar el combate,  
 De prisa el sol se levanta  
 Y los ayudantes cruzan  
 Entre columnas cerradas;  
 Se apresta la artillería  
 Y ocupan la retaguardia  
 Los escuadrones formados  
 Y listos para la carga.  
 Ya los jefes impacientes  
 Sólo la señal aguardan  
 Para emprender atrevidos

El asalto de la plaza.  
 Ya Régules se dispone  
 A dar la voz esperada,  
 Cuando llega un hombre á escape  
 Corriendo desde la plaza.  
 El General al mirarle  
 Le tiende la mano franca  
 Y con gran fatiga el otro  
 Le dirige la palabra.  
 — Que no hagan fuego, le dice,  
 Que en la trinchera cercana,  
 En esa que se divisa  
 De la ciudad á la entrada,  
 Han colocado los belgas  
 Al rayar de la mañana,  
 Á los que usted en el mundo  
 Más considera y más ama :  
 ¡ Están su esposa y sus hijos !  
 Pues quieren si usted ataca  
 Que reciban los primeros  
 La mortífera descarga. —  
 Régules queda en silencio  
 Y luego con mucha calma,  
 A los artilleros grita :  
 — ¡ Fuego ! ¡ Primero es la Patria ! —  
 Al sonar su voz retumba  
 El cañón y se levanta  
 La espantosa gritería  
 De las columnas en marcha.

Pero un eco más terrible  
 Régules siente en el alma,  
 Pensando donde la muerte  
 Llevado habrá la metralla.  
 Sus ojos no se humedecen,  
 Ni su faz se torna pálida  
 Y sólo en el entrecejo  
 Sus pensamientos se marcan.  
 — Avancen, les grita, avancen,  
 Y haciendo brillar su espada  
 Entre densas nubes de humo  
 Impasible se adelanta.  
 ¡ Con cuánto valor defienden  
 Los imperiales la plaza !  
 ¡ Con cuánto arrojo combaten  
 Las huestes republicanas !...  
 Suyas las primeras líneas  
 Después de tenaz batalla,  
 Los asaltantes ocupan  
 Trincheras, calles y casas.  
 Reconcéntrese los belgas  
 En la iglesia y se preparan  
 Á hacer una resistencia  
 Terrible y desesperada.  
 La gente va resbalando  
 De fresca sangre en las charcas,  
 Y hay tantos muertos que oponen  
 Dificultad á la marcha.  
 Los soldados tropezando

Y cayendo se adelantan  
 Hasta cercar la parroquia  
 Entre una lluvia de balas.  
 Allí cubierto de gloria  
 Y de la patria en las aras,  
 El coronel Luis Robredo  
 El último aliento exhala.  
 Tras dos horas de combate  
 La tropa mira asombrada  
 Que la iglesia se corona  
 Con un penacho de llamas.  
 Cunde el fuego, el humo denso  
 En anchas nubes se escapa,  
 Y en remolinos de chispas  
 Por las abiertas montañas;  
 Y se estremecen los muros,  
 Y las puertas se desgajan  
 Y crujiendo se desploman  
 Los techos sobre las masas.  
 Los imperiales se rinden  
 Y de la heroica batalla,  
 El éxito y el arrojo  
 Lleva en sus ecos la fama;  
 Y cuando ya la victoria  
 Anuncian alegres dianas,  
 Regules vuelve á sus hijos,  
 Vuelve á su esposa y se pasma  
 De ver como respetaron  
 Sus corazones las balas;

Y al estrechar en sus brazos  
 Aquellas prendas del alma,  
 Escucha como repite  
 En torno suyo la Fama,  
 Grabándolas en la Historia  
 Aquellas nobles palabras,  
 Que más que Guzmán el Bueno  
 Y más que un hijo de Esparta,  
 Lanzó diciendo á sus tropas :  
 « ¡Fuego ! » « ¡ Primero es la Patria ! »

## LOS FUEROS DEL VALOR

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos  
 Del rojo sol de la costa,  
 Sobre secos arenales  
 Cuyos vapores sofocan,  
 En donde el viento no cruza  
 Ni la nube bienhechora  
 Sobre el agotado suelo  
 Arrastra indecisa sombra;  
 Huyendo de la epidemia  
 Que en Veracruz diezma y corta  
 De franceses y españoles  
 A las aguerridas tropas,  
 Vienen ambas caminando  
 Hacia la falda escabrosa  
 De Acultzingo, por convenio  
 De los jefes de unas y otras  
 A quienes da su permiso

El Gobierno, de que pongan  
 Sus cuarteles en las plazas  
 Que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día  
 De la Soledad se nombra,  
 No le fué comunicado  
 A un jefe que en tales horas  
 El camino custodiaba  
 Con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres  
 Aunque resueltos, la forman,  
 Y órdenes tiene severas  
 De impedir á toda costa  
 El paso, por aquel punto  
 De las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos  
 Con marcialidad y pompa,  
 Las legiones franco-iberas,  
 Y que sin recelo toman  
 Del camino de las cumbres

La carretera más próxima,  
 Dispone luego á su gente  
 Que las armas tiene prontas  
 Y se planta en son de guerra  
 Donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan  
 Tan extraña maniobra  
 A su general en jefe  
 Dan parte de que se notan

Preparativos de ataque  
 Lo cual á todos asombra  
 Era Prim el que mandaba  
 El ejército, y de boca  
 De sus soldados sabiendo  
 Novedad tan sospechosa,  
 Adelanta un emisario  
 Que blanca bandera porta  
 Para preguntar al jefe  
 La razón, pues que la ignora,  
 Que tiene para oponerse  
 Á la marcha de sus tropas.  
 Rápido va el emisario,  
 Los opuestos lindes toca,  
 Con el jefe mejicano  
 Muy en breve se apersona,  
 Y le refiere el convenio,  
 Le dice por qué la costa  
 Han dejado, por qué vienen  
 Á acampar sobre las lomas.  
 Atento le escucha el otro  
 Y dando respuesta pronta  
 Le dice que tal convenio  
 No conoce, y pues ignora  
 Y órdenes no ha recibido  
 Que á la consigna se opongán,  
 Habrá de luchar con ellos  
 Sin contar, pues no le importa  
 Ni los que á su lado tiene,

Ni los que vienen en contra.  
 — Somos muchos.  
 — No los cuento.  
 — Tenéis muy pocos.  
 — Me sobran;  
 Para morir por la patria  
 No he menester gran escolta.  
 — Pasaremos  
 — No lo dudo;  
 Sangrienta será la alfombra.  
 — ¿No cedéis?  
 — Aunque viniera  
 Contra mi toda la Europa.  
 — ¿Eso le digo á mi jefe?  
 — Y agregad por cuenta propia  
 Cuanto gustéis, yo sostengo  
 Un reto que me acomoda.  
 Vuelve el mensajero triste,  
 Habla con Prim y le abona  
 El valor del adversario,  
 Valor que á todos asombra.  
 Después de escuchar atento,  
 Dice Prim que reflexiona:  
 — De acometer á esos hombres  
 Es segura su derrota,  
 Mas el éxito sería  
 Vergüenza más que victoria.  
 Soldados que así obedecen,  
 Valientes que así se portan

En tan solemnes momentos,  
Merecen respeto y honra,  
Y honra y respeto ha de darles  
Nuestra bandera española.

Y después de decir esto  
Manda hacer alto á las tropas  
Y al general mejicano  
Pone al momento una nota  
Refiriendo lo que pasa  
Y pidiendo que disponga  
Que el paso no les impida  
Aquel jefe á quien pergona  
Caballeroso y valiente,  
Cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden  
Trascurren más de tres horas,  
Y todo ese tiempo quedan  
Sufriendo el sol de la costa  
Tendidas á campo raso  
Las legiones invasoras.

Suena al fin, de los clarines  
La voz, indicando ronca,  
Que vuelve á ponerse en marcha  
La ya fatidaga tropa.

Ordónanse las columnas,  
Y entre nubes polvorosas,  
Se deslizan lentamente  
Sobre las tendidas lomas.  
Llegan al punto que guarda

El jefe que pocas horas  
Antes, les detuvo el paso,  
El cual con su gente forma  
A la izquierda del camino  
En actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta  
Por aquel punto, se asoma  
Al rostro de los que vienen  
La curiosidad más honda  
Por conocer al osado  
Que obtiene al fin la victoria,  
Pues con su valor, tan sólo  
Tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,  
Y con cariño le nombran,  
Y ya van lejos, y el rostro  
A cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante  
Que agita su crin sedosa,  
Y con la espuma del freno  
El nervudo pecho moja,  
Llega Prim, y diligente  
Con la corte numerosa

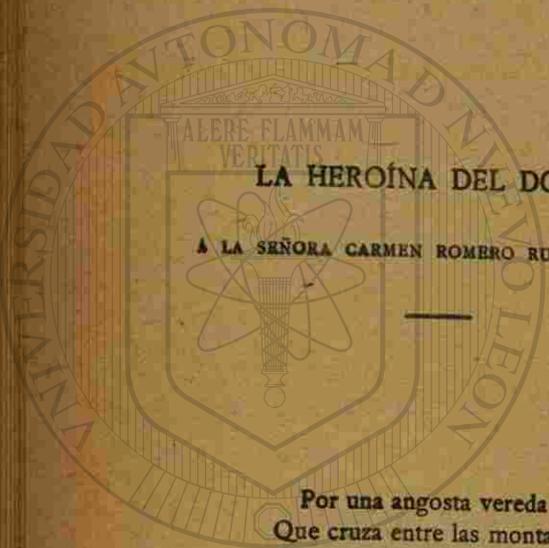
De ayudantes que le siguen  
Y de amigos que le escoltan,  
Al jefe busca y lo encuentra,  
Y al mirar que cuando nota  
Su presencia se adelanta,  
Pica al caballo, y la pronta

Mano tendiendo le dice :

— « Caballero, á mucha honra  
Tengo en conocer á un bravo  
Que de su patria es la gloria;  
Nación que tiene soldados  
Como el que marcó á mis tropas  
El alto, cuando tenía  
Por segura la derrota,  
Es nación á quien reserva  
Grandes páginas la historia —  
Vuelve á oprimirle la mano,  
Y antes que el otro responda,  
Entre una nube de polvo  
Gana camino en las lomas  
Ensalzando á aquel valiente  
Con los que á su lado trotan.  
Han pasado muchos años;  
La basilica de Atocha,  
Guardando de Prim el sueño  
Bajo sus macizas bóvedas  
Conserva el recuerdo vivo  
De su valor, y la gloria  
Alcanzada en Castillejos  
Por las armas españolas.

También en eterno sueño  
En nuestro suelo reposa  
El temerario soldado  
Que á Prim el paso le corta  
Sin medir número, fuerza,

Ni el gran peligro que afronta,  
El coronel Félix Díaz  
Á quien recuerda la historia  
Como altivo y como osado,  
Como valiente y patriota.



### LA HEROÍNA DEL DOLOR

A LA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ

Por una angosta vereda  
 Que cruza entre las montañas  
 Que por el sur de Jalisco  
 Forman gigante muralla,  
 Caminando paso á paso,  
 Al despuntar la mañana,  
 Van en sus dóciles potros  
 Que de fuertes tienen traza,  
 Un oficial embozado  
 En vieja y oscura capa,  
 Una mujer bella y joven  
 Con un niño que amamanta

Y un asistente que sigue  
 De la pareja la marcha.  
 Risueña nace la aurora,  
 Alegres las aves cantan,  
 El viento cruza tan manso  
 Que no estremece las ramas;  
 Sonoro rumor se escucha  
 De las distintas cascadas,  
 Y la tierra humedecida  
 Con las lágrimas del alba  
 Entre el tupido follaje  
 Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos  
 Atraviesan las bandadas  
 De mirlos y colorines,  
 De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros  
 Y al compás de las pisadas  
 De los caballos, sostienen  
 Festiva y sabrosa charla.

— Mira qué grandes, qué bellos

Tiene los ojos, — exclama

La mujer mirando al niño: —

Si ya con los ojos habla;

Mira qué oscuro es su pelo,

Sus manecitas qué blancas,

Y esa sonrisa tan dulce

Que llega al fondo del alma.

¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta  
 Del bello grupo la vista,  
 Responde con risa franca  
 Que la ternura denuncia  
 Y el buen carácter delata :  
 — Por fuerza debe ser bello  
 Si tiene mi misma cara;  
 Es retrato de su padre  
 Y hasta los ciegos lo cantan. —  
 Alzó la joven el rostro,  
 Y lanzando una mirada  
 Más traviesa que burlona :  
 — Sí, tu retrato le llamas,  
 Contestó, porque no has visto  
 En un espejo tus gracias. —  
 Y como dando la prueba  
 De que mienten sus palabras,  
 Acaricia del marido  
 La lengua y sedosa barba.  
 El sol se va levantando;  
 De los montes en la falda  
 Las nieblas desaparecen  
 Y se agrupan en las palmas  
 Buscando la fresca sombra  
 Las aves en las cañadas.  
 Sigue el grupo su camino  
 Mas ya con penosa marcha,  
 Que baja lumbre del cielo  
 Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura  
 Defender del sol que abrasa,  
 Formándole frágil toldo  
 Con tela ligera y blanca.  
 El oficial va cual antes  
 Sin soltar ni la bufanda,  
 Pues toma por buena regla  
 « Para buen sol buena capa. »  
 El soldado indiferente  
 Silbando el toque de marcha  
 Sigue cual si no sintiera  
 Temperatura tan alta.  
 Él se apellida Lozano;  
 Ella, Matilde se llama,  
 Y el asistente responde  
 Al nombre de Juan Zapata.

## II

De improvisto los caballos  
 Detiéndense y con recelo  
 Alzan la cabeza y mueven  
 Ambas orejas á un tiempo.  
 El oficial y el soldado  
 Comprenden cercano riesgo,  
 Los dos empuñan las armas

Y con ademán resuelto  
 Saltan entre la maleza  
 Límite del bosque espeso.  
 No bien un palmo adelantan  
 Cuando salen á su encuentro,  
 Cual brotando de la selva,  
 Audaces, terribles, fieros,  
 Los cazadores franceses  
 Que allí estaban en acecho.  
 Es la resistencia inútil,  
 Que en gran número son ellos,  
 Y tan de prisa se llegan  
 Que cercan en un momento  
 Al oficial y á Zapata  
 Intimándoles soberbios.  
 El uniforme denuncia  
 Á Lozano y sin remedio  
 Tiene que entregar sus armas  
 Y darse por prisionero.  
 Muda de asombro, temblando,  
 Con el rostro descompuesto,  
 Las lágrimas en los ojos  
 Y apretando contra el seno  
 Al niño, cual si quisiera  
 En ella misma esconderlo,  
 Matilde mira á su esposo,  
 Á los soldados y al cielo  
 Y ni tiene una plegaria  
 Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos  
 Hacen bajar á los presos,  
 Y en medio de los franceses  
 Y sin ningún miramiento,  
 Se encamina la columna  
 Buscando el vecino pueblo  
 Y tras ella pensativa  
 Sigue Matilde en silencio,  
 Que nadie de ella se ocupa  
 En tan aciagos momentos.  
 Una madre abandonada  
 En un camino desierto,  
 Con un niño entre los brazos,  
 Llevando dentro del pecho  
 El corazón oprimido  
 Por el dolor más intenso,  
 Podrá conmovér sin duda  
 El ánimo más sereno;  
 Pero en medio de las luchas  
 Y cuando sopla el aliento  
 De los combates, en vano  
 Fuera buscar un consuelo  
 En marciales corazones  
 Templados á sangre y fuego.

## III

Prisionero está en Colima  
 El comandante Lozano  
 Y en la pobreza Matilde  
 Vive su prisión llorando.  
 Tiene en peligro la vida  
 El jefe republicano,  
 Pues de cuantos han caído  
 A ninguno han perdonado,  
 que Berthelin que allí manda  
 Debe en justicia á sus actos  
 Los renombres que le siguen  
 De implacable y sanguinario.  
 Matilde ocupa una casa  
 En un apartado barrio,  
 Mas por desgracia esa calle  
 Es el camino marcado  
 Para llevar diariamente  
 Las víctimas al cadalso.  
 Y así, todas las mañanas  
 Luego que suenan las cuatro,  
 Oye Matilde que llevan  
 En las sombras los zuavos  
 A una plazuela cercana  
**Los mártires sentenciados.**

Escucha á pocos instantes  
 El sonar de los disparos  
 Y luego vuelve la escolta  
 Los cadáveres dejando  
 Que el cura siempre recoge  
 Cuando el sol está muy alto.  
 En horrible incertidumbre,  
 Con el pecho destrozado,  
 Cada mañana Matilde  
 Escucha llena de pasma,  
 Cuando pasa la columna  
 A los mártires llevando ;  
 Cada mañana supone  
 Que va con ellos Lozano,  
 Y al escuchar las descargas  
 Nubla sus oios el llanto  
 Y con voz entrecortada  
 Pone al niño en su regazo,  
 Y acercándolo á su rostro  
 Le dice, bajo, muy bajo :  
 — « ¡Hijo del alma, quién sabe  
 Si á tu padre habrán matado ! »  
 Se pone luego en acecho  
 Y al regresar los zuavos,  
 Cuando siente que se alejan  
 Y queda en silencio el barrio :  
 Coge un farol y le oculta,  
 Toma al niño entre sus brazos,  
 Abre con temor la puerta,

Ve la calle con espanto,  
Y trémula y conmovida  
Dirige el incierto paso  
Hasta el lugar en que yacen  
Los muertos abandonados.

Lanza su roja lumbre  
Tras de los vidrios opacos,  
El farolillo que tiembla  
De la mujer en la mano.  
Hirsuto el negro cabello,  
De las órbitas saltando  
Los ojos como dos ascuas  
Ve Matilde, paso á paso,  
Uno por uno, los rostros  
Por el plomo destrozados.  
Hunde las desnudas plantas  
De tibia sangre en los charcos,  
Y ni el terror la detiene  
Ni la domina el espanto.

Inclinase y delirante  
Va cada rostro mirando,  
Y si en alguno las huellas  
Del proyectil han borrado  
Las facciones, si la sangre  
Oculta todos los rasgos,  
Valerosa se arrodilla  
Y con atrevida mano

Lo enjuga, aparta el cabello,  
Y su audacia llega á tanto  
Que á muchos abre los ojos  
Claros señales buscando.

Cuando queda satisfecha  
De que no ha muerto Lozano,  
Se arrodilla, eleva al cielo  
Cortándola con su llanto,  
La más ferviente plegaria  
Que alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa,  
Pasa en terribles trabajos  
Las horas, llega la noche,  
Escucha sonar las cuatro  
Y otra vez la misma escena,  
Y sin tregua ni descanso  
Uno tras otros los días  
Va en esta angustia pasando;  
Así transcurren los meses,  
Está su cabello blanco,  
Está su faz demacrada  
Donde abrió surcos el llanto,  
Y ya una anciana parece  
Y cuenta veintitrés años.

## IV

Una noche tenebrosa,  
 En que ruda la tormenta  
 Sobre la ciudad bramando  
 Hace estremecer la tierra,  
 Y las ráfagas del viento  
 Hondos gemidos remedan,  
 Y el relámpago se enciende  
 Rasgando la sombra densa  
 Y se desata en raudales  
 De lluvia la nube negra;  
 Tan turbada está Matilde,  
 Tan turbada y tan inquieta  
 Que la tempestad de su alma  
 A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,  
 Quiere llorar y están secas  
 De sus lágrimas las fuentes,  
 Que las agotó la pena.  
 Quiere quejarse y palabras  
 Por más que busca no encuentra  
 Al niño toma en sus brazos  
 Y cual si suyo no fuera,  
 Como perdido entre nubes  
 Con vaguedad lo contempla

Y siente que le abandonan  
 La voluntad y las fuerzas,  
 Y que su razón vacila  
 Y que su sangre se hiela.  
 Así queda largo tiempo  
 Como estatua muda y quieta,  
 Mas de improviso se yergue,  
 Alza el rostro, escucha atenta  
 Y se convence temblando  
 De que ya las cuatro suenan.

Reina en la calle el silencio,  
 Ha cesado la tormenta  
 Y se oye sobre las charcas  
 Las pisadas que se acercan  
 De las tropas que caminan  
 A la ejecución sangrienta.  
 Matilde cobrando aliento  
 Va con sigilo á la puerta  
 Y quiere por las rendijas  
 De la gastada madera  
 Contemplar á los que pasan,  
 Pero la sombra es tan densa  
 Que en vano lanza cual dardos  
 Sus miradas hacia fuera,  
 Y sólo descubre bultos  
 Iguales, fantasmas negras,  
 Que saliendo de unas sombras

En otras sombras penetran.  
Ella detiene el aliento  
Mientras pasan y se alejan,  
Y ni á respirar se atreve,  
Inmóvil, como de piedra,  
Hasta que escucha á lo lejos  
Como las descargas sueñan.

Entonces lanza un gemido;  
Nunca tan honda su pena  
Sintió como en esa noche  
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa  
Quedó la calle desierta,  
Matilde, cargando al niño,  
Corre á la plaza siniestra,  
Y su agitación es tanta  
Que á cada paso tropieza.

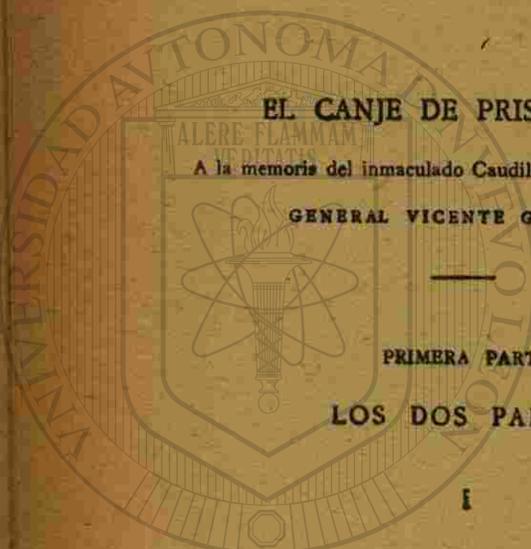
Llega hasta el lugar terrible,  
Y loca, convulsa, ciega,  
Con avidez y con ansia,  
Al fulgor de su linterna  
Mira un cadáver tendido

Sobre la mojada hierba.

Cuando la luz amarilla  
Baña la faz descompuesta,  
Matilde lanza un profundo  
Grito y se desploma yerta.

▼

Cuando el sol de la mañana  
Bañó montes y collados,  
Y fué á buscar á los muertos  
El cura humilde del barrio,  
Descubrió con gran asombro  
Estrechamente abrazado  
El cadáver de una dama  
Al cadáver de Lozano,  
Y junto al fúnebre grupo,  
Llorando en el triste campo,  
Un niño que apenas muestra  
Tener de existencia un año.



## EL CANJE DE PRISIONEROS

A la memoria del inmaculado Caudillo de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

### LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta  
 Que fué en los tiempos de antaño,  
 Residencia de virreyes,  
 Orgullo de los vasallos  
 Y emporio de las riquezas  
 De este suelo mejicano,  
 Donde aztecas y españoles  
 Levantaron sus palacios;  
 Una mañana de invierno,

Al ir teneciendo el año,  
 Que contó sesenta y cinco  
 Del siglo que va expirando,  
 Conversaban tristemente  
 Haciendo corte á un anciano,  
 Un grupo de caballeros  
 Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura  
 Elevada y rostro franco,  
 Con bien marcadas señales  
 De ser antiguo soldado;  
 Por sus rugosas mejillas,  
 Sobre sus marchitos labios,  
 Como dos sirtes de plata  
 Bajaba el bigote cano.

De sus miradas el brillo  
 Eclipsaban á su paso,  
 Lágrimas mal recogidas  
 Con seca y trémula mano,  
 Que algunas veces mojaban  
 Un pecho condecorado  
 Con la cruz más envidiable  
 Que registran nuestros fastos;  
 La que tiene en el anverso  
 Con áureas letras grabado:  
*Treinta contra cuatrocientos,*  
 En medio de un verde lauro.  
 Y al empaparla unos ojos  
 Que han visto el sol setenta años,

Prueban que dolor inmenso  
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan  
En su plática al anciano,  
Están ceñudos y tristes  
Y mudos y consternados.

— Es una maldad sin nombre,

Les dice, ¡joven! ¡gallardo!

¡Hijo querido!... no puedo

Resignarme... ¡fusilarlo

Con tan bellas esperanzas!

¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!

Cuántas veces pequeñito

Al tenerle entre mis brazos,

Pensé, temiendo estas cosas:

Antes muerto que soldado;

Y ya lo veis, el destino,

La mala suerte, el acaso,

A tener un fin tan triste

Bien pronto le condenaron.

¿Por qué me sobra la vida?

¡Yo en su lugar! está claro. —

Y anudada su garganta

Sigue en silencio llorando,

Y están sin brillo sus ojos

Y están trémulas sus manos

En aquella escena muda

Transcurre así largo rato

Hasta que haciendo un esfuerzo

Más que grande sobrehumano,

Levanta el rostro y procura

Manifestarse calmado,

Y como claras señales

De que se domina dando

Dice á los que le acompañan,

Viendo venir á caballo

A un hombre que se aproxima

Hacia el grupo, paso á paso:

— Cuando perdemos un hijo

Ó algún otro ser amado,

Su figura nos recuerdan

Muchos de los que encontramos;

Por ejemplo, aquel que viene

Dijera que es el retrato,

El hombre más parecido

Al hijo que allá en Huetamo

En unión de tantos belgas

Fusiló Riva Palacio! —

Y aquí, ya sin contenerse

Bajó su rostro el anciano,

Y sin poder reprimirlo

Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos

Se abate el roble cansado,

El roble que enantes pudo

Burlar el golpe del rayo;

Ese hombre que triste llora,

Ese antiguo veterano,  
 Fué en otros tiempos temible,  
 Bullicioso, alegre, osado;  
 Don José Miñón que tiene  
 Un nombre en fama muy alto,  
 Y que de los generales  
 Es ya sin duda el decano.  
 Por eso los que le miran  
 En esa edad y llorando,  
 Están ceñudos y tristes  
 Y mudos y consternados.

## II

De las toscas herraduras  
 Se escucha entonces cercano  
 El duro golpe que anuncia,  
 Que llega precipitado  
 El jinete que al mirarle  
 Ha conocido al anciano.  
 « ¡Padre! ¡Padre! » grita alegre,  
 A tierra veloz saltando  
 Y con raudos movimientos  
 Alzándole entre los brazos.  
 Torna el viejo la cabeza,  
 Quiere hablar, queda callado,  
 Abre aturdido los ojos

Entre risa y entre pasmo;  
 La cabeza del mancebo,  
 Oprime con ambas manos,  
 Besa trémulo su frente  
 Y baña su rostro en llanto.  
 Reina un silencio solemne,  
 Silencio sólo turbado  
 Por los sollozos convulsos  
 Que brota el pecho de entrambos.  
 Los del grupo enternecidos,  
 Absortos ante ese cuadro  
 Húmedos tienen los ojos  
 Y la sonrisa en los labios.  
 Por fin el padre pregunta  
 Con acento entrecortado:  
 — ¿Cómo vives? ¿a quién debo  
 Tal prodigio, tal milagro?  
 ¿Cómo si todos han muerto  
 Puedo mirarte á mi lado?  
 — ¿Quién ha muerto padre mío?  
 De todos los que en Huetamo  
 Estábamos prisioneros,  
 A ninguno fusilaron...  
 — ¡A ninguno! — Sí, á ninguno.  
 — Pues de Guerra el Secretario  
 Parte oficial ha tenido...  
 — El parte oficial es falso;  
 Para proponer un canje  
 Vengo yo comisionado...

— ¿Un canje? — Sí; ya usted sabe,  
 Que reunidos en Zirándaro  
 Los prisioneros de guerra,  
 Bajo palabra quedamos  
 Sin más custodia en el pueblo  
 Que nuestro honor empeñado  
 Una mañana supimos  
 Que en Uruápam fusilaron  
 Los imperiales á Arteaga,  
 Á Salázar y otros varios.  
 Nos conmovió la noticia,  
 Y temimos consternados  
 Que espantosa represalia  
 Allí pudiera orillarnos  
 Á igual suerte, y aturdidos  
 En aquel terrible caso,  
 Los oficiales y jefes  
 Belgas, conmigo contando,  
 Salimos luego del pueblo  
 Y á poco nos encontramos  
 Á orillas del Zacatula  
 Y sin conocer el vado.  
 Vimos un bote, fué nuestro,  
 Y saltando en él, bogamos,  
 Con la esperanza ilusoria  
 De llegar al Oceano.  
 Conocida nuestra fuga  
 Nos tendieron nuevos lazos,  
 Y antes de mediar el día,

Al tocar en un remanso  
 Nos hicieron prisioneros  
 Y nos formaron el cuadro,  
 Por ser orden terminante  
 Prendernos y fusilarnos.  
 Era el momento supremo,  
 Y nosotros resignados,  
 Á Dios levantando el alma  
 La voz de fuego esperamos.  
 Mas de repente rompiendo  
 Por el bosque enmarañado,  
 Llega un oficial á escape  
 En un soberbio caballo  
 Y anhelante, á voz en cuello  
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.  
 Era el que daba tal grito  
 El comandante Velasco,  
 Que á escape y sin detenerse  
 Llegaba desde Huetamo.  
 Allí por nuestra fortuna,  
 Á tiempo que nos fugamos,  
 Llegó el General en Jefe  
 Que la vida me ha salvado.  
 Sabiendo lo que ocurría  
 Mandó suspender el acto,  
 Y que á todos nos llevaran  
 En el momento á su lado.  
 Veloz corrió el ayudante,  
 Y si no se afana tanto,

La existencia nos costara  
 Un minuto de retardo.  
 Nos pusieron luego en marcha  
 Y tres horas caminamos,  
 Llegando en la misma tarde  
 Al campo republicano.  
 Le dí al General mi nombre  
 Y tendiéndome la mano,  
 Exclamó: ¡su nombre abona  
 Que es caballero y soldado!  
 Y pruebo la confianza  
 Que su aspecto me ha inspirado  
 Encomendándole a leve  
 Hasta Méjico un encargo:  
 « Libre va usted, que le entreguen  
 Armas, dinero y caballos  
 Y al romper mañana el día  
 Partirá usted de Huetamo  
 Lleva usted en estos pliegos  
 Que no le entrego cerrados  
 La suerte de muchos hombres  
 Que no quiero fusilarlos.  
 En esa nota propongo  
 A Bazaine, un canje franco,  
 Mis prisioneros me entrega  
 Y yo los suyos le mando.  
 Responden al cumplimiento  
 Y á la fe de este tratado,  
 Como jefe mi palabra,

Mi honor como mejicano.  
 Á Méjico llega y antes  
 De hablar con nadie, á caballo,  
 Sin sacudirse ni el polvo  
 Ni procurarse descanso,  
 Al Mariscal le presenta  
 Esos pliegos que le mando  
 Y sé que si usted no vuelve.  
 Será porque le han matado. »  
 — Señor, contesté, yo acepto  
 Con orgullo tal encargo,  
 Iré, cumpliré y muy pronto  
 Me tendrá usted á su lado.  
 « Jamás contra mi partido  
 Combatiré, pero grato  
 Hallará usted en mí siempre  
 Un hijo, nunca un soldado. »  
 Al rayar el nuevo día  
 Me halló libre y caminando,  
 Y tras de cinco jornadas  
 Estrecho á usted en mis brazos. —  
 Ya no pudo contenerse  
 En su emoción el anciano,  
 Y volvió, pero de guiso,  
 Á dejar correr su llanto.  
 — ¿Quién es ese jefe, dijo,  
 Tan noble y tan esforzado?  
 Quiero que suene su nombre  
 Como oración en mis labios.

— Ese jefe usted lo sabe,  
 Tiene en Michoacán el mando  
 Del Ejército del Centro :  
 ¡Vicente Riva Palacio! —  
 El viejo, entonces, asiendo  
 Al mancebo de la mano,  
 — Ven, le dice, ven conmigo.  
 — No puedo, señor, yo traigo  
 Orden de no hablar con nadie  
 Hasta entregar... — Yo lo mando...  
 — Pero padre... — Nada escucho.  
 — A mis instrucciones falto.  
 — Como padre y como jefe  
 Te lo ordeno. — Entonces, vamos. —  
 Pensativo va el mancebo,  
 Orgullosa el veterano,  
 Tras ellos el asistente  
 Conduciendo los caballos;  
 La gente al mirarlos piensa  
 Que es algún comisionado  
 Y ellos ligeros caminan  
 Sin hacer á nadie caso.  
 Llegan por fin á una casa,  
 Cruzan el extenso patio,  
 Y suben las escaleras  
 Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo  
 Con otros en el estrado,  
 Á un caballero que muestra  
 Genio afable y muchos años.  
 Sin saludarle siquiera  
 Dice el que llega : — Mariano,  
 Aquí tiene usted á un hijo;  
 — Y luego al joven mostrando : —  
 Éste es el padre, le dice,  
 Del hombre que te ha salvado.  
 El joven enternecido  
 Besa del otro la mano,  
 Después en pocas palabras  
 Se refiere el tierno caso,  
 Y se abrazan los dos viejos  
 Enternecidos llorando.  
 Uno ver puede á su hijo  
 En Méjico y á su lado;  
 El otro al suyo no ha visto  
 En largos y tristes años,  
 Pero allí se sienten todos  
 Tan contentos, tan ufanos,  
 Que parece que el ausente  
 En espíritu ha llegado.

## III

Han corrido tres semanas,  
 Y al campo republicano  
 El joven Miñón retorna  
 Satisfecho de su encargo;  
 Que Bazaine admite el canje  
 Y está completo el tratado  
 Y el que salió prisionero  
 Vuelve ya como un hermano  
 El cariño de dos padres  
 Trayendo al jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas  
 De Méjico, entusiasmado,  
 Conmovió los corazones,  
 Y al oírle los soldados,  
 Orgullosos se sintieron  
 De llamarse mejicanos.  
 ¿Qué laurel más envidiable  
 Ni qué timbre máspreciado,  
 En los fastos de su historia  
 Buscará Riva Palacio,  
 Que las tiernas bendiciones  
 De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,  
 Hoy que han corrido los años,

El libro de la experiencia  
 Le dirá al viejo soldado  
 Que vale mas ne la vida  
 Quitar un hombre al cadalso  
 Que vivir siglos en bronces  
 Humedecidos con llanto.

## SEGUNDA PARTE

## BELGAS Y MEJICANOS

Marchando hacia el mismo punto,  
 Y por opuestos caminos,  
 Se ven dos grupos que llegan  
 Hasta las puertas de Acuitzio.  
 Los que de Morelia vienen  
 Están con lujo vestidos,  
 Arrogantes los caballos  
 Y los jinetes altivos :  
 Sus militares arreos  
 Por lo nuevo y lo limpios,  
 Muestran que están del Imperio  
 En defensa y en servicio.  
 Los que por opuesto lado  
 Marchando vienen tranquilos  
 Visten como guerrilleros  
 Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,  
 Ancho sombrero tendido,  
 Suelta la roja corbata,  
 Canana y pistola al cinto.  
 El polvo y sudor que cubre  
 A los guerreros, indicio  
 Es, de que por larga senda  
 Violentamente han venido.

Al mirar que se aproximan  
 Los dos grupos de enemigos,  
 Temerosos de un encuentro  
 Se preparan los vecinos  
 A presenciar un combate  
 Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro  
 Que llegan al pueblo mismo,  
 Y se forman frente á frente  
 Con aspecto tan tranquilo,  
 Como si más que adversarios  
 Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,  
 Su ademán franco y pacífico  
 Ni da señal de coraje  
 Ni pinta bélico brío;  
 Ni una palabra se cruza,  
 Ni se escapa ningún grito  
 Y mutuamente se miran  
 Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,

Hasta que por los caminos  
 De Tacámbaro y Morelia  
 Que son los dos recorridos,  
 Se ven venir lentamente  
 Dos columnas y están fijos  
 Todos los ojos en ellas,  
 Esperando con ahinco  
 De aquel episodio extraño  
 El final desconocido.  
 Mucha gente es la que llega;  
 De polvo los remolinos,  
 Indican que la vanguardia  
 A entrar comienza en Acuitzio.  
 Desembocan en la plaza  
 De poca escolta seguidos,  
 Los jefes de opuestos bandos  
 Con rostro alegre y festivo,  
 Y quizá por vez primera,  
 Por voluntad del destino,  
 El belga y el mejicano  
 Que tanto se han combatido,  
 En momentos tan solemnes  
 Se tienden manos de amigos.  
*Bocarmé*, capitán belga,  
 Es el que mandando vino  
 A las fuerzas del Imperio,  
 Y del opuesto partido  
 Viene el coronel Linarte,  
 Joven valiente y activo.

De los caballos descienden,  
 Y departiendo tranquilos  
 Entran juntos á una casa  
 Principal del municipio.  
 Se escucha en tales momentos  
 El monótono rüido  
 Del paso de los infantes  
 Que se acercan á aquel sitio,  
 Y acrece más el asombro,  
 Y acrece más el bullicio,  
 Y resuenan carcajadas  
 Y alegres voces y gritos,  
 Cual si estuviera de fiesta  
 El pueblo humilde de Acuitzio.

## II

La plaza del pueblo llenan  
 Muchedumbre de soldados,  
 Y allí están los prisioneros  
 Hechos por opuestos bandos.  
 Se cuentan los que han caído  
 De belgas y mejicanos  
 Y son más de setecientos  
 De todas clases y grados.  
 Generales hay algunos

Como Tapia y como Canto;  
 Coroneles cual Villada,  
 Borda, Pérez y otros varios;  
 Y entre los belgas se tienen  
 Muchas personas de rango.  
 Conversan alegremente  
 Oficiales y soldados;  
 En pabellones las armas;  
 En reposo los caballos;  
 Diligentes las mujeres  
 Entre los grupos cruzando,  
 Llevan lo que necesitan  
 Allí, los recién llegados,  
 Y sin hacer distinciones,  
 Tan pronto á republicanos  
 Como á imperiales atienden  
 Con igual desembarazo.  
 Bien pronto la confianza  
 Se adquiere por ambos lados,  
 Que todos parecen unos,  
 Y al contemplar aquel cuadro,  
 Dijérase que son todos  
 No enemigos sino hermanos.  
 No ruge encendiendo enojos  
 De la guerra el soplo airado,  
 En aquellos corazones  
 Que otras veces palpitaron  
 Con sed de sangre y venganza  
 Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable.  
 Está festivo el chinaco,  
 Cruzan las conversaciones  
 Entre los que ayer cruzaron  
 Los temidos proyectiles  
 La victoria disputando,  
 Y hasta se acercan contentos  
 Y se agrupan confiados,  
 Guardianes y prisioneros  
 Y belgas y mejicanos.

## III

De pronto un clarín resuena,  
 « Atención » es lo que toca,  
 Repiten otros clarines  
 Las mismas vibrantes notas,  
 Y como inmenso hormiguero  
 Míranse las blusas rojas,  
 Los severos uniformes  
 De oficialidad lujosa,  
 Confundidos y revueltos  
 Como en agitadas olas  
 Que corren buscando el cauce  
 En medio de abruptas rocas.  
 Después de pocos momentos  
 En batalla silenciosa,

Como esperando el combate  
 Ambas fracciones se forman.  
 Los prisioneros al frente,  
 Que si en su rostro se nota  
 Expresión de regocijo,  
 De sus labios no desborda  
 Ni una risa que interrumpa  
 La solemne ceremonia.

Salen *Bocarmé* y *Linarte*  
 Entre las filas vistosas,  
 Y el jefe republicano  
 Proclama con voz sonora,  
 Que va á celebrarse el canje  
 Ya convenido en sus notas  
 Entre el mariscal de Francia,  
 Bazaine, que en Méjico mora,  
 Y Riva Palacio, el jefe  
 De los soldados que forman  
 El Ejército del Centro,  
 Que en aquella misma hora  
 Queden libres y á su campo  
 Puedan volver sin zozobra,  
 Los que en guerra prisioneros  
 Se hicieron por ambas tropas.  
 Y en vista de tal tratado  
 Se declara que recobran  
 La libertad absoluta  
 Sin condición ni deshonra.  
 No bien terminó Linarte

De hablar, cuando se desborda  
 El júbilo estrepitoso  
 En unas gentes y en otras.

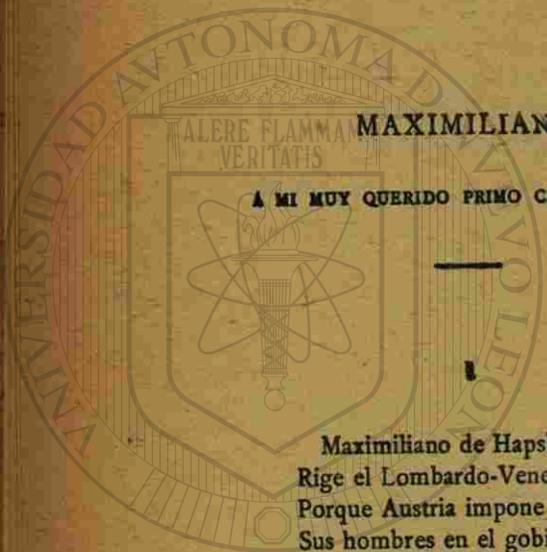
Los antes presos, se lanzan  
 Con efusión ciega y loca;  
 Los que van y los que vienen  
 Se abrazan, gritan y gozan;  
 Los destrozados vestidos  
 Ajenas lágrimas mojan;  
 Los kepis tiran al aire,  
 Cantan, aplauden, sollozan,  
 Y todos con un acento,  
 Y con voz atronadora,  
 Lanzan vivas entusiastas  
 Á Méjico y al que logra  
 Libertarlos de la muerte  
 Y al lograrlo se coloca  
 Á la altura de los héroes  
 Más grandes de nuestra historia.  
 ¡Que viva Riva Palacio!  
 Repiten todas las bocas;  
 ¡Que viva Méjico! gritan  
 Con entusiasmo las tropas,  
 Y belgas y mejicanos  
 En la expansión más hermosa,  
 Se abrazan y se confunden  
 Y hermanos son en tal hora,  
 Sobre aquellos mismos campos  
 Que baña el sol de la Gloria.

## IV

Muchas veces en el mundo,  
 Centro de horribles batallas.  
 Por ley injusta y adversa  
 Todas sus pompas la fama,  
 Se las niega al que perdona  
 Y se las presta al que mata;  
 Pero al correr de los siglos  
 La historia imparcial aclara  
 Cuáles actos enaltecen  
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre  
 Queda con sangre manchada,  
 Y no así la que redime,  
 La que perdona y que salva,  
 Para el noble combatiente  
 En la tierra michoacana,  
 Hermosos y verdes lauros  
 La Posteridad le guarda :  
 ¡Lauros que arrancó á la gloria  
 Con la pluma y con la espada !  
 En el cielo de su vida  
 Todas las nubes son blancas,  
 Su amor en la paz fué el libro,

En la guerra la montaña,  
 En el poder la justicia,  
 La honra en su hogar en calma,  
 Y en todos sus pensamientos  
 La grandeza de la Patria!



## MAXIMILIANO

A MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

Maximiliano de Hapsburgo  
 Rige el Lombardo-Venetto,  
 Porque Austria impone á la Italia  
 Sus hombres en el gobierno.  
 Es gallardo el archiduque,  
 Joven y de gran talento,  
 Avezado á las borrascas  
 Del mar, que por mucho tiempo  
 Cruzó en todas direcciones  
 Visitando extraños pueblos.  
 Tiene los ojos azules,  
 Tan azules como el cielo,  
 Y es tan rubio que semejan  
 Rayos de sol sus cabellos.

Fina y espesa la barba  
 Se la parte por enmedio  
 Y le baja hasta los hombros  
 Libre dejándole el pecho.  
 Vástago de Carlos Quinto  
 Y agnado á su trono excelso,  
 Siempre lleva el toisón de oro  
 Ornando el erguido cuello,  
 Es con las damas galante  
 Y dadivoso en extremo,  
 Con sus iguales altivo  
 Y con los súbditos tierno;  
 Adora las bellas artes,  
 Y como amigos discretos  
 Le acompañan sabios libros,  
 Cuadros de grandes maestros  
 Y estatuas en que palpita  
 El alma del gusto griego.  
 Y cumplido y caballero,  
 Y juntos en su semblante  
 Brillan conquistando afecto,  
 La juventud, la nobleza  
 La majestad y el ingenio.

## II

En una tarde de mayo  
 Tranquilos el mar y el cielo.

Maximiliano va solo  
 En sus jardines amenos,  
 Cruzando por las callejas  
 De castaños y de almendros.  
 Lleva la cabeza baja  
 Absorto en mil pensamientos,  
 Y está su rostro tan pálido  
 Que se le creyera enfermo;  
 No ha recibido á ninguno  
 De los hombres del gobierno,  
 Ni ha de sus íntimas cartas  
 Los blancos sobres abierto.  
 Halla de pronto á su paso  
 Sentado en el césped fresco,  
 Sobre un banquillo de mimbres  
 Junto al tronco de un abeto,  
 Á un hombre de blanca barba  
 Y escaso y cano cabello,  
 Vestido con traje humilde  
 Pero limpio, alegre y nuevo.  
 Sonríe Maximiliano  
 Gustoso de tal encuentro,  
 Y brillan sus claros ojos  
 Con honda expresión de afecto.  
 — Señor, le dice el anciano  
 Con muy natural respeto;  
 ¿Vuestra Alteza viene triste?  
 — Tienes razón; triste vengo.  
 — Lo sé, que os conozco tanto

Como el que más.

— Bien lo creo,

No en vano mi augusta madre  
 Te nombró mi camarero  
 Siendo yo niño.

— Tenlais

Seis años ni más ni menos,  
 Y desde entonces, por nada,  
 Ni del mar en los riesgos,  
 Ni de la corte en las fiestas,  
 Ni estando en extraño suelo  
 Os he dejado, ni es fácil  
 Que os deje, señor; os quiero  
 Hasta donde más alcanza  
 Querer un honrado pecho.

— Me ves muy triste...

— Os lo he dicho.

— Pues ríe de lo que pienso.

— ¿Reír?

— Son cosas de risa.

— Todo en vos es de respeto.

— Óyeme y no me hagas caso.

— Señor, siempre os obedezco...

— Entre mil supersticiones

Una ridícula tengo...

¿No ves en estos jardines,

En el Palacio, en el templo,

En las salas de tertulia,

En el salón del Consejo,

En los anchos corredores,  
 En todo, en fin, lo que tengo  
 A mi alrededor, no encuentras  
*Emes* de mármol, de hierro,  
 De alabastro, de madera,  
 De granito?...  
 — Lo comprendo.

Es cifra de vuestro nombre,  
 Y cuanto miráis es vuestro,  
 Natural es que esté en todo.  
 — Es natural, pero pienso  
 Que tal letra es mi sentencia.  
 — Hablad, señor, no comprendo.  
 — Ni habrás de entenderme nunca.

¡Es un fatalismo necio!  
 Las *emes* me aterrorizan,  
 Sábelo, me causan miedo,  
 Y han de estar en todas partes  
 Mi espíritu entristeciendo.  
 ¡Moriré entre muchas *emes*!  
 — Perdón, señor, que no acierto  
 En qué podáis cuerdamente  
 Fundaros...

— ¡Presentimiento!  
 Sábelo y ríe, porque risa  
 Provocan y no respeto  
 Las vanas supersticiones  
 Cual ésta que te refiero...  
 ¡Moriré entre muchas *emes*!

Tú lo verás...

Bajó el viejo  
 Los ojos y hondo suspiro  
 Dejó escapar de su pecho,  
 Y siguió Maximiliano  
 Esa frase repitiendo  
 Por las alegres callejas  
 De castaños y de almendros.  
 Lleva inclinada la rente,  
 Pálido está como enfermo,  
 Y están húmedos sus ojos  
 Tan azules como el cielo.

### III

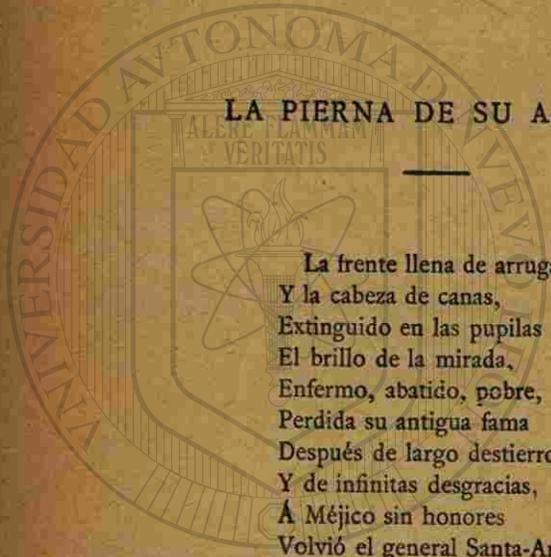
Pasáronse mucnos años,  
 Y una mañana de invierno  
 Llegó en una barca inglesa  
 Á Miramar un viajero.  
 El mar estaba agitado,  
 Estaba plumizo el cielo,  
 Menudos copos de nieve  
 Bajando en alas del viento  
 Posábanse en las cornisas,  
 En las torres, en los hierros,  
 En las gallardas almenas

Y en el rico pavimento  
 Del legendario castillo  
 Tan triste desde hace tiempo.  
 Pidió que le permitieran  
 El visitarlo por dentro,  
 Y acompañóle galante  
 Un hombre afable y discreto,  
 Blanca y poblada la barba,  
 Escaso y cano el cabello.  
 — ¿Vivís aquí desde cuándo?  
 Interrogóle el viajero.  
 — Vivo aquí... pero no vivo,  
 Que yo, señor, soy un muerto;  
 Me tienen aquí enterrado  
 Entre lágrimas y duelo,  
 Desde que por negra suerte  
 Mi noble señor no ha vuelto.  
 Su santa y augusta madre  
 Me nombró su camarero  
 Desde que cumplió en la vida  
 Seis años ni más ni menos.  
 Le acompañé á todas partes,  
 Me quiso con hondo afecto,  
 Y una vez en sus jardines,  
 Allá en Lombardo-Venetto...  
 Me dijo... Mas perdonadme  
 Que calle un rato, no puedo...  
 Las lágrimas me enmudecen...  
 Y de los ojos del viejo

Rodaron dos grandes gotas  
 Iguales á las que el viento  
 Arranca por las mañanas  
 En el rigor del invierno,  
 De los vetustos sabinos,  
 Coronados por el heno.  
 Habló después, refirióle  
 La historia del jardín regio,  
 Y así agregó conmovido  
 Al hablar estando trémulo :  
 — No eran supersticiones;  
 Lo que me dijo era cierto ;  
 Ha muerto entre muchas *emes*.  
 Fué de Miramar á Méjico,  
 Imperio de Moctezuma,  
 Que lo conquistó un guerrero  
 Á quien llamaron Malinche  
 Los indígenas del suelo.  
 Dos Mariscales de Francia  
 Le engañaran y vendieron ;  
 Á Querétaro marchóse  
 Reemplazándole en su puesto  
 Márquez, que según me dicen  
 Le olvidó en el mayor riesgo.  
 Jefe de los sitiadores  
 Era Mariano Escobedo,  
 Y cuando cayó la plaza,  
 De Miguel López dijeron  
 No sé que cosas extrañas

Que á darles fe no me atrevo.  
 Cayó con sus generales  
 En mayo, y al poco tiempo  
 Le fusilaron á Méndez  
 Que le tuvo tanto afecto...  
 Llamóse Manuel Azpiroz  
 El fiscal de su consejo,  
 Riva Palacio Mariano  
 Fué á la plaza á defenderlo  
 Con Martínez de la Torre,  
 Abogados muy expertos.  
 Con Miramón y Mejía  
 Fué á morir mi noble dueño,  
*Montemayor* se llamaba  
 Y bien su nombre recuerdo  
 El capitán que á su lado  
 Hizo la señal de fuego,  
 Y era un Mejía el Ministro  
 De Juárez, que en el gobierno  
 Firmó la fatal sentencia  
 Que me tiene en tanto duelo.  
 Ha muerto el principe en martes;  
 Ya veis, señor, si era cierto  
 Lo que me dijo muy triste  
 Allá en Lombardo-Venetto...  
 ¡Ha muerto entre muchas *emes*!  
 Y jamás olvidaremos  
 Que llamó cosas de risa  
 Á cosas de tanto duelo.

Después, sin decir palabra  
 El anciano y el viajero,  
 Siguiéron ambos del brazo  
 Por los salones desiertos  
 Del legendario Castillo,  
 Tan solo desde hace tiempo.


 LA PIERNA DE SU ALTEZA
 

---

La frente llena de arrugas  
 Y la cabeza de canas,  
 Extinguido en las pupilas  
 El brillo de la mirada,  
 Enfermo, abatido, pobre,  
 Perdida su antigua fama  
 Después de largo destierro  
 Y de infinitas desgracias,  
 A Méjico sin honores  
 Volvió el general Santa-Ana.  
 Todo lo mudan los tiempos,  
 Los hombres todo lo cambian  
 Y lo que eterno parece  
 Es lo que rápido pasa.  
 Aquel soldado animoso  
 Que frente al poder de Iguala  
 Levantóse tremolando  
 La enseña republicana;  
 Aquel guerrero indomable

A quien la nación premiaba  
 Cuando derrotó en Tampico  
 A los soldados de España;  
 Aquel adalid temible  
 Que en Veracruz humillara  
 A Joinville y sus soldados  
 Dando una lección á Francia;  
 Aquel león altanero  
 Vencedor en cien batallas  
 Que gastó lujos y pompas  
 De poderoso monarca,  
 Que como á rey le veían  
 Y « Su Alteza » le llamaban  
 Y era un sol en el gobierno,  
 En la historia y en la fama;  
 Que siempre pisó laureles  
 Y oyó aplausos y dianas  
 Porque tuvo entre sus manos  
 Los destinos de la patria,  
 Después de vivir proscrito  
 En una isla solitaria  
 Viendo transcurrir los años  
 Con decepciones amargas,  
 Recibiendo en vez de honores  
 Ingratitudes humanas,  
 Pidió volver á esta tierra,  
 Vivir en su antigua casa  
 Y dormir su postrer sueño  
 Sobre tierra mejicana;

A la sazón Presidente  
 Era Lerdo de Tejada  
 Y pronto otorgó el permiso  
 Que el héroe solicitaba.  
 No del Nacional Palacio  
 En las opulentas salas  
 Sino en una casa humilde  
 De la calle de Vergara,  
 El vencedor de Tampico  
 De esta manera les habla  
 A dos antiguos amigos  
 Que en su olvido le acompañan :  
 — Asaltaron los franceses  
 La tierra veracruzana,  
 Yo recibí la noticia  
 Medio dormido en mi cama  
 Porque llegaron de noche  
 Y sin producir alarma.  
 Cogi rápido mi ropa,  
 Me lanzo para la plaza,  
 Y encuentro a dos oficiales  
 Que de muerte me amenazan  
 Preguntándome rabiosos :  
 ¿ En dónde duerme Santa-Ana ?  
 Está arriba les respondo ;  
 Me dejan la puerta franca  
 Y mientras suben y encuentran  
 A Arista que allí quedaba,  
 Me dirijo a los cuarteles,

Digo a todos lo que pasa  
 Y ya con mis tropas listas  
 Doy principio a la batalla.  
 Caro me costó aquel triunfo  
 Pues me arrebató una bala,  
 Con peligro de la vida,  
 Esta pierna que me falta.  
 Premiaronme esa victoria  
 Dando como tumba santa  
 A los restos de esta pierna,  
 Noblemente mutilada,  
 Un monumento que estuvo  
 Mucho tiempo en Santa Paula ;  
 Mas como todo se olvida  
 Y todo en el mundo pasa,  
 Cuando en desgracia me vieron  
 Los que un tiempo me adoraran,  
 Aprovechando el desorden  
 De la primera asonada,  
 Azuzaron a la plebe  
 Que lo más santo profana,  
 Y que se mueve al impulso  
 De quien la adula ó la paga,  
 Y derribó el monumento  
 Y arrastró ciega de rabia  
 Mis huesos, gritando, « muera  
 El zancarrón de Santa-Ana. »  
 Ya veis, señores, que el mundo  
 Así premia las hazañas.

No voy completo á la tumba,  
 Pues la pierna que me falta  
 Yacerá en un basurero  
 De mil modos profanada,  
 Cuando hace ya tantos años  
 Que la perdi por la patria. —  
 Al punto que aquel anciano  
 Dijo triste estas palabras  
 Nueva visita anuncióles  
 El toque de una campana.  
 Era un hombre pobre y rudo,  
 Cano el cabello y la barba,  
 El que en aquellos instantes  
 Los corredores pisaba.  
 Con uniforme de inválido  
 Y conduciendo una caja.  
 Logró que le permitieran  
 Penetrar hasta la sala,  
 Y al ver á su antiguo jefe,  
 Con ojos llenos de lágrimas  
 Dijo así, con un acento  
 Que penetraba hasta el alma;  
 — Mi general, yo he servido  
 Con usted mucho á mi patria;  
 Fui su asistente en Tampico  
 Cuando derrotó á Barradas,  
 Luego en Veracruz estuve,  
 Fui á Palo Alto y la Resaca  
 Y herido en el brazo izquierdo

En la guerra americana.  
 Hoy ya inválido me tienen  
 Haciendo en el *Monte* guardia;  
 Cuando usted ya estaba ausente  
 Y fué su pierna arrastrada,  
 La recogí con cariño,  
 La fui esconder á mi casa  
 Y esperando su regreso  
 La conservé en esta caja.  
 Ya llevo más de veinte años  
 De tenérsela guardada,  
 Queriendo en sus propias manos  
 Venir yo mismo á entregarla,  
 No por ganar recompensa,  
 Pues no quiero ni las gracias;  
 Yo sé bien lo que usted hizo  
 En defensa de la patria;  
 Y ningún viejo soldado  
 En las épocas pasadas,  
 Se avergüenza ni se olvida  
 De su general Santa-Ana.  
 Reciba usted estos huesos  
 Que profanó la chinaca  
 Y que su viejo asistente  
 Guardó cual reliquia santa.  
 Levantóse don Antonio  
 Y en sus ojos sin mirada  
 Brillaron con luz muy viva  
 No las pupilas, las lágrimas,

Y con voz trémula y ronca  
 Comprimida en la garganta:  
 — Ven á mis brazos le dijo,  
 Nada soy, ni valgo nada.  
 No te voy á dar dinero  
 Ni voy á ceñirte banda,  
 Pero de tu acción en premio,  
 En vez de cruz ó medalla,  
 Quiere poner en tu frente  
 Su último beso Santa-Ana,  
 Que sólo así premiar puede  
 Á la lealtad la desgracia. —  
 Y cuentan los que lo vieron  
 Que aquella escena sagrada  
 Fué un bálsamo que dió vida,  
 Fortaleza y esperanza,  
 Al creador de la República,  
 Al noble hijo de Jalapa,  
 Á quien sorprendió la muerte  
 Pobre sin pompas ni galas,  
 Y hoy el Tepeyac lo abriga  
 En una tumba olvidada,  
 Frente á la cual, los testigos  
 De antiguos hechos exclaman:  
 Todo lo mudan los tiempos,  
 Los hombres todo lo cambian,  
 Y lo que eterno parece,  
 Es lo que rápido pasa.

### NI EL NOMBRE NI EL OFICIO (1)

Cuentan crónicas añejas  
 En nuestro tiempo olvidadas,  
 Que allá en un pueblo escondido  
 De la sierra queretana  
 Vivió un español anciano  
 Cuyos años delataban  
 En la frente las arrugas  
 Y en la cabeza las canas.  
 Era de carnes enjuto,  
 De penetrante mirada,  
 De generosas acciones  
 Y de muy pocas palabras.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del general Mejía, el coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á don Darío Bissarda y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y que rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J de D. P.

Y con voz trémula y ronca  
 Comprimida en la garganta:  
 — Ven á mis brazos le dijo,  
 Nada soy, ni valgo nada.  
 No te voy á dar dinero  
 Ni voy á ceñirte banda,  
 Pero de tu acción en premio,  
 En vez de cruz ó medalla,  
 Quiere poner en tu frente  
 Su último beso Santa-Ana,  
 Que sólo así premiar puede  
 Á la lealtad la desgracia. —  
 Y cuentan los que lo vieron  
 Que aquella escena sagrada  
 Fué un bálsamo que dió vida,  
 Fortaleza y esperanza,  
 Al creador de la República,  
 Al noble hijo de Jalapa,  
 Á quien sorprendió la muerte  
 Pobre sin pompas ni galas,  
 Y hoy el Tepeyac lo abriga  
 En una tumba olvidada,  
 Frente á la cual, los testigos  
 De antiguos hechos exclaman:  
 Todo lo mudan los tiempos,  
 Los hombres todo lo cambian,  
 Y lo que eterno parece,  
 Es lo que rápido pasa.

### NI EL NOMBRE NI EL OFICIO (1)

Cuentan crónicas añejas  
 En nuestro tiempo olvidadas,  
 Que allá en un pueblo escondido  
 De la sierra queretana  
 Vivió un español anciano  
 Cuyos años delataban  
 En la frente las arrugas  
 Y en la cabeza las canas.  
 Era de carnes enjuto,  
 De penetrante mirada,  
 De generosas acciones  
 Y de muy pocas palabras.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del general Mejía, el coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á don Darío Bissarda y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y que rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J de D. P.

Incansable en el trabajo,  
 Madrugaba con el alba  
 Y era en el vestir humilde  
 Y en discreción una estatua.  
 Por apodo « el ermitaño »  
 En la sierra le llamaban  
 Y era su oficio el comercio  
 De semillas y de mantas.  
 Eran su sola familia  
 Los criados de su casa  
 Y sólo por el acento  
 Revelaba ser de España,  
 Que nunca dijo su origen  
 Ni á nadie habló de su patria.  
 Tuvo un amigo, uno solo  
 Á quien, cual hijo trataba  
 Siendo diferente en años,  
 En ejercicio y en raza  
 Pues era un soldado joven  
 De tez cobriza y tostada,  
 Indígena de la sierra  
 Y tan dado á las batallas  
 Que del año algunos meses  
 Pasaba siempre en campaña.  
 El anciano comerciante  
 Llamóse *Darto Bissarda*  
 Y el joven *Tomás Mejía*  
 Que bien conoce la Fama.  
 Cuentan que al entrar la noche

Los dos amigos hablaban  
 De las cosas de la guerra,  
 De la estrategia y la táctica.  
 El joven indio atendía  
 Del anciano las palabras  
 Y escuchándolo sumiso  
 Fijaba en él sus miradas  
 Como diciendo « este viejo  
 Sabe manejar las armas ».  
 En cada vez que aquel joven  
 Iba á salir á campaña,  
 Sus más recatados planes  
 Al anciano revelaba.  
 Y triunfante ó derrotado,  
 En fortuna ó en desgracia  
 Era el primero á quien siempre  
 Á su regreso buscaba.  
 Por fin enfermóse el viejo,  
 Y escribió desde su cama  
 Á su cariñoso amigo  
 Para encomiendas sagradas.  
 Don Tomás estaba ausente  
 Pero al recibir la carta,  
 Buscó su mejor caballo,  
 Cruzó llanos y montañas  
 Y pronto estuvo en el sitio  
 Á do le llamó Bissarda.  
 Éste con la voz muy débil  
 Le dijo en pocas palabras,

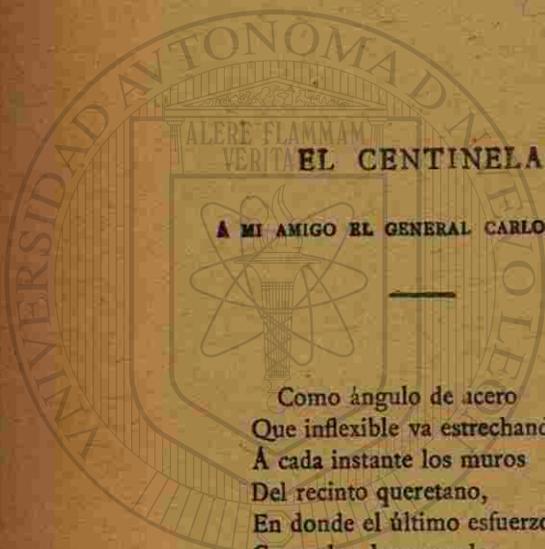
« Ochenta años he cumplido,  
 Es tiempo de que me vaya  
 Y aquí sobre el lecho espero  
 El tercer toque de marcha.  
 En este pliego cerrado  
 Que usted abrirá mañana  
 Están mis disposiciones  
 Últimas, testamentarias;  
 Sólo á usted, joven amigo  
 Le doy la misión sagrada,  
 De cumplirlas en la tierra  
 Y pedir á Dios por mi ánima. »

Murió el anciano esa tarde  
 Y fué su muerte llorada  
 Por los humildes y rudos  
 Hijos de aquellas montañas.  
 Abrió don Tomás Mejía  
 El pliego que le entregara  
 Y cuentan los que lo saben  
 Que se encontró estas palabras :

« Yo, que he tenido en la Sierra  
 Por nombre *Dario Bissarda*;  
 Con más de cuatro mil hombres  
 Arribé á la Nueva España  
 El año de veintinueve  
 Á rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico  
 Mier y Terán y Santa Ana,

Les entregué mis banderas  
 Que jamás tuvieron mancha  
 Y regresé con mis tropas  
 Desarmadas á la Habana.  
 Al regresar á mi tierra  
 Donde me formaron causa,  
 Calificaron de crimen  
 Lo que sólo fué desgracia,  
 Y ofendido de tal juicio  
 Dejé para siempre España,  
 Y á vivir vine ignorado  
 Sin nombre, pompas ni galas,  
 En los escondidos pueblos  
 Que escudan estas montañas.  
 » Ruego á don Tomás Mejía,  
 Mi amigo de más confianza,  
 Dé cuanto tengo á los pobres  
 Y á Dios encomiende mi ánima,  
 Ni mi oficio es comerciante,  
 Ni me apellido Bissarda;  
 Fui brigadier y mi nombre  
 Ha sido « Isidro Barradas ».



EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GENERAL CARLOS FUERO

Como ángulo de acero  
 Que inflexible va estrechando,  
 A cada instante los muros  
 Del recinto queretano,  
 En donde el último esfuerzo  
 Con valor desesperado,  
 Los defensores del trono  
 Hacen en el mes de mayo;  
 Tal se ven los batallones  
 Que sin abrigo en el campo,  
 En ruda y tenaz vigilia  
 Están la ciudad sitiando.  
 En Queretaro es el Jefe  
 Supremo, Maximiliano,  
 Que más que trono y corona  
 Defiende allí sin descanso,

Su fama que ve muy limpia,  
 Su nombre que ve muy alto.

Le acompañan en la lucha  
 Los que son más esforzados  
 De todos los generales  
 En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez,  
 Como buenos han luchado;  
 Allí Castillo y Mejía  
 Que tienen fama de bravos,  
 Sin desmentir esa fama  
 Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe  
 Y cada humilde soldado,  
 Se baten como acostumbran  
 Batirse los mejicanos,  
 Sin medir nunca el peligro  
 Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte  
 Exige fuerte adversario,  
 Y atrevidos sitiadores  
 A tan valientes sitiados.

## II

El general Escobedo  
 Es de los republicanos  
 El primer jefe y le siguen :  
 Corona, que tiene el mando  
 De las tropas de occidente;  
 Treviño y con el Naranja  
 Con las del Norte que llegan  
 Desde la margen del Bravo;  
 Con las del Centro y Guerrero  
 Que manda Riva Palacio  
 Vienen Jiménez y Vélez;  
 La reserva queda á cargo  
 De Rocha, que presuroso  
 Y oportuno, acude al campo  
 En donde el fiero combate  
 Se desata encarnizado.

Manda la caballería  
 Guadarrama, con los bravos  
 Martínez Pedro y Juan Doría  
 Que en la acción del Cimatarío  
 Cargó con tan fiero arrojo  
 Que dió asombro á los contrarios.

## III

Una tarde y á la hora  
 En que estaban relevando  
 El servicio entre la tropa  
 Del cuartel republicano,  
 Y era de San Luis el sexto  
 Batallón, que estaba al mando  
 De Carlos Fuero y se hallaba  
 En San Sebastián formado,

Un proyectil enemigo,  
 Curva invisible trazando,  
 Á los pies del centinela  
 Llega y moviéndose en raudos  
 Y espantoso torbellino,  
 Estalla, sin que el soldado  
 Ni muestre en la faz asombro,  
 Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte  
 Los fragmentos inflamados  
 Del bronce, entre nubes densas  
 De polvo y humo, y del brazo  
 Del centinela arrebatan  
 El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,  
 En su puesto, sin que un paso

Atrás ni adelante diera,  
 Sin una señal de pasmo,  
 El centinela aparece  
 Que grita : — ¡Cabo de cuarto!  
 — ¡Qué ocurre? se le pregunta;  
 Y agrega : — ¡Estoy desarmado!  
 Otro fusil se le entrega,  
 Lo recibe y muy ufano  
 Sigue tranquilo en su puesto  
 Sin hacer á nadie caso.

## IV

El nombre de aquel valiente  
 La fama llevó en su canto  
 Y habló de *Damián Carmona*  
 Á los hijos del Estado  
 De San Luis, á quienes hizo  
 Este sencillo relato :

« Nació Carmona en el pueblo  
 De Mexquitic y premiaron  
 Con un ascenso su arrojo  
 Aquella tarde en el campo.  
 Ciñeron los potosinos  
 Su frente con verde lauro  
 Y guardan como reliquia

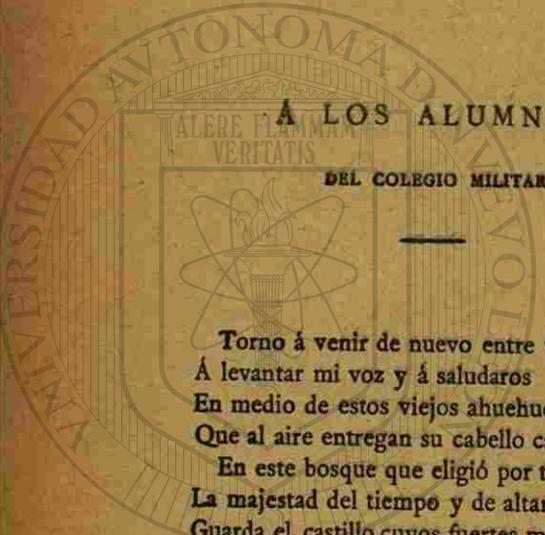
Su fusil hecho pedazos (1).

» La suerte premiarlo quiso,  
 Fin á su existencia dando  
 Entre el fragor de un combate  
 Y á la luz del sol de mayo. »

El pueblo en *Damián Carmona*  
 Verá un ejemplo preclaro  
 De que, para entrar al templo  
 De la Fama, es necesario,  
 No el timbre de la nobleza  
 Ni de la opulencia el fausto,  
 Sino el corazón ardiendo  
 En un patriotismo santo  
 Que haga despreciar la muerte  
 Y ofrecer en holocausto,  
 Del deber ante las aras  
 Lo más amante y amado,  
 Que así no se necesita  
 Para vencer á los años,  
 Ni estatua tallada en bronce  
 Ni templo erigido en mármol.

(1) El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del congreso de San Luis Potosí.





## A LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,  
 Á levantar mi voz y á saludaros  
 En medio de estos viejos ahuehuetes  
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono  
 La majestad del tiempo y de altar sacro  
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros  
 Están de heroica sangre salpicados;  
 Aquí, donde palpitan los recuerdos  
 De aztecas reyes y de heroicos años,  
 Torno de nuevo á veros y mi lira  
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

¡ Hijos del porvenir! ¡ La Patria os pone  
 Con maternal amor el arma al brazo,  
 Para que siempre defendáis sus fueros  
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro  
 De la victoria el talismán sagrado,  
 Que no hay arma que alcance cual la ciencia  
 Á la región ignota de los astros  
 Y allí siga su marcha, los explore  
 Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande  
 Que el del guerrero valeroso y sabio,  
 Que el talento es el arma de este siglo  
 Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,  
 Siempre defiende el hijo al padre amado  
 Y el cielo en que mecióse nuestra cuna  
 Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha  
 Vivirán y han vivido los humanos  
 Y hay que esperar en el violento ataque  
 Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego,  
 Mientras el uno nos alumbra el campo,  
 El arma en semidiós convierte al hombre  
 Que puede altivo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas  
 La vencerá en su empuje el espartano,  
 Y si sólo á gozar se entrega Roma  
 Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,  
 Que siempre el enemigo está velando

Y cual nueva Judith llega á la tienda  
 Cuando ninguno le detiene el paso.  
 Hoy la Patria está en paz, su limpio nombre  
 Respetan y consagran los extraños,  
 Pero en el viaje por el mar del mundo,  
 En este mar tan hondo y tan amargo,  
 Hay que fijarse hasta en la blanca nube  
 No engendre tempestad y brote rayos;  
 Y hay que velar el suelo en que nacimos  
 Con fe en el alma y con el arma al brazo.

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos  
 Brillaron en valor vuestros hermanos,  
 Guarda sus nombres con amor la historia  
 Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron  
 Combatir sin temor y sin descanso;  
 Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,  
 Escutia, Márquez... ellos demostraron  
 Que en las horas de lucha, en los instantes  
 De combatir sin tregua á los extraños,  
 « Muere el Colegio, pero no se rinde »  
 Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo  
 Los que gozosos recogéis ufanos  
 El premio que alcanzasteis en la lucha  
 Serena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vuestras almas  
 La fe que alienta los primeros años,  
 Y en esa hermosa edad todo se mira  
 Como un amanecer radiante y claro.  
 El tiempo correrá, vendrá la tarde,  
 Con ella la tristeza y el cansancio  
 Y los arbustos, hoy de verdes hojas  
 Serán cual éstos árboles sagrados  
 Vigorosos y erguidos, manteniendo  
 Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura  
 La majestad solemne de estos actos,  
 La diana que os despierta cuando el sueño  
 Es el más dulce sobre el lecho blando;  
 Las largas horas que en helada noche  
 Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,  
 Pasáis de centinelas y os parece  
 Que dura un siglo inmenso cada cuarto.

Recordaréis las cátedras severas  
 Tan animadas al nacer el año,  
 Las ansias del examen, la victoria  
 Del más inteligente y del más apto.  
 Recordaréis al predilecto amigo  
 Que os quiso en el colegio como hermano,  
 Y que más tarde le abatió la suerte,  
 Ó murió en la campaña á vuestro lado.  
 Y si tenéis hogar y tenéis hijos,  
 Ellos escucharán de vuestros labios,

Las dulces aventuras de esta vida  
 En que sois estudiantes y soldados.  
 Les pintaréis la augusta ceremonia  
 En que llenos de gozo y de entusiasmo,  
 Mirabais al que hoy rige con acierto  
 El destino inmortal del suelo patrio,  
 Grande en la guerra y en la paz más grande  
 Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque  
 Y miráis estos árboles sagrados  
 Y las blancas paredes del castillo  
 Que está de heroica sangre salpicado,  
 Sentiréis que humedece vuestros ojos  
 El más dulce y hermoso de los llantos,  
 Y que renace en vuestros nobles pechos  
 La viva fe de los primeros años,  
 Y sentiréis á solas, satisfechos,  
 Hondo amor á los tiempos ya pasados,  
 Orgullo de haber sido del Colegio  
 ¡Y orgullo de llamaros mejicanos!

10. de diciembre de 1889.

## LA CORTE MARCIAL

A MI QUERIDO AMIGO MACARIO BIVERO

Ancho sombrero tejido  
 Con tule de nuestros lagos,  
 Al que adornan dos pequeñas  
 Hachas de plata en los lados.  
 Al cuello suelta corbata  
 Roja y tejida de gancho;  
 Tejida según se sabe  
 Por dos diminutas manos,  
 Que juntas semejan lirios  
 Y sueltas parecen ampos.  
 Amplia blusa también roja  
 Con grandes botones blancos;  
 Calzonera de velludo

Y ceñidor de burato.  
 Frente por el sol tostada,  
 Grandes los ojos y pardos;  
 La barba escasa y oscura,  
 Pelo abundoso y castaño;  
 Ágil en sus movimientos;  
 Carácter resuelto y franco,  
 Y diestro como ninguno  
 En manejar el caballo;  
 Durmiendo igual en las rocas  
 Que en lecho mullido y blando,  
 Y sin resentir los rudos  
 Embates del tiempo vario;  
 Decidor con las mujeres,  
 Afable con los soldados,  
 Provocativo y terrible  
 Con los del opuesto bando,  
 Y fuerte y ágil teniendo  
 La edad viril de treinta años  
 De los cuales más de nueve  
 Á la patria ha consagrado:  
 Tal es Benito Ramirez,  
 Nata y flor de los chinacos,  
 Honra y prez de los jinetes,  
 De los valientes ornato,  
 Capitán de exploradores  
 De un cuerpo republicano.  
 Siempre con buena fortuna  
 En los lances que ha tratado,

De no salir victorioso  
 Escapó por un milagro.  
 Nunca sorprenderle pudo  
 El enemigo en su campo,  
 Pues llevaba como regla  
 Invariable del soldado,  
 Que en la guerra ha de dormirse  
 Cual las liebres, conservando  
 Siempre los ojos abiertos  
 Por lo que viniere al caso.  
 Pero á pesar de esta regla  
 La suerte en su giro vago,  
 Las horas del infortunio  
 Sobre el guerrillero trajo,  
 Y una tarde en un combate  
 Y por su arrojo llevado,  
 Entre huestes enemigas  
 Tanto adelantó su paso,  
 Que al fin cayó prisionero  
 Cuando murió su caballo  
 Y á la ciudad de Morelia  
 Entre filas le llevaron.

II

En una desnuda sala  
 De las muchas de Palacio,

Se instalan con gran premura  
 Y con lúgubre aparato,  
 Los oficiales que forman  
 Un tribunal que da espanto.  
 La corte marcial se llama,  
 Su solo nombre da pasmo,  
 Que de sangrienta y terrible  
 Tan grande fama ha alcanzado,  
 Que á cuantos juzga sentencia  
 Sin remisión al cadalso.  
 Ni allí la inocencia vale,  
 Ni se cuenta un solo caso  
 De que saliera con vida  
 Hombre que cayó en sus manos.  
 Los trámites y defensas,  
 Peticiones y alegatos,  
 Son fórmulas que no engañan  
 Ni á los mismos acusados.  
 Pocas horas son bastantes  
 Para preparar el fallo  
 Y fallo y muerte es lo mismo  
 En los terribles estrados,  
 ¡Que á la sentencia se sigue  
 La ejecución en el acto!  
 A tribunal tan sangriento  
 El capitán fué llevado.  
 Era una mañana alegre  
 Del alegre mes de mayo.  
 El cielo estaba en Morelia

Limpio, azul, brillante y diáfano.  
 Llegó Ramírez en medio  
 De dos filas de zuavos,  
 Tan altivo y tan airoso  
 Que interesaba mirarlo;  
 Clavó los soberbios ojos  
 En los jueces con descaro,  
 Ocupó, cual todo reo,  
 El tosco, incómodo banco,  
 Cruzó la pierna altanero,  
 Dejó el sombrero calado  
 Y una irónica sonrisa  
 Escapóse de sus labios.  
 Después de breves instantes  
 Se dió comienzo al sumario,  
 Que copio letra por letra  
 Tal como existe en los autos:  
 — ¿Confiesas que perteneces  
 Al cuartel republicano?

• • • • •  
 Siguióse un largo silencio,  
 Y los jueces agregaron:  
 — ¿Confiesas que muchas veces  
 Has podido, disfrazado,  
 Explorar el campamento  
 Del cuerpo expedicionario?  
 ¿Confiesas que has perseguido  
 Sin dar tregua ni descanso  
 A las tropas del Imperio

Que están Michoacán guardando?

¿Confesas que á ti se deben

Mil asonadas y escándalos,

Que sirves á los bandidos

En la montaña acampados,

Que al que coges no perdonas,

Ni mides virtud ni rango,

Pues por servir al Imperio

Ya lo declaras malvado? —

A cada nueva pregunta

Ramírez en aquel banco

Tomaba actitud distinta

De indiferente descaro;

Pero al fin le hicieron tantas

Y en ellas dijeron tantos

Insultos, que en ira ardiendo

De callar cansóse al cabo,

Y así dijo, con palabras

Que tronaban como rayos :

— ¿Para qué perder el tiempo

Y estarme aquí preguntando,

Cuando el francés me ha cogido

Con las armas en la mano?

Cuando saben que soy libre

Y que siempre fui chinaco,

Y no doy cuartel ni pido

Que me lo den los contrarios.

Si ya está la sepultura

Mi cadáver esperando,

¿Para qué tantas preguntas

Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cuál es mi suerte,

Ni me importa ni hago caso,

Me matan de puro miedo,

Mas me llevo al otro lado

El gusto de haberlos visto

Correr como perros galgos.

Así pues, pocas palabras

Y que me lleven abajo,

Ya verán cómo se mueren

Los buenos republicanos

Y eso tengo que enseñarles :

No pregunten más y vámonos.

Solamente les advierto

Que muchos hay en mi campo,

Que seguirán dando guerra,

Mejores que yo, más bravos

Y que ni les hago falta

Ni ustedes les dan abasto. —

Alzóse luego Ramírez

Seguido de los soldados;

Á poco tiempo se oyeron

Unos tiros en el patio

Y un nuevo nombre la historia

Pudo escribir en sus fastos.

## XOCHIAPULCO

AL GENERAL DON JUAN N. MÉNDEZ

¿Por qué tan precipitado,  
 Se escucha el toque de alarma,  
 En los humildes cuarteles  
 De un pueblo de la montaña?  
 ¿Por qué llegan tan veloces  
 Dejando sus pobres casas,  
 Los hijos de Xochiapulco,  
 Adonde fiero les llama,  
 Con sus marciales acentos  
 El clarín de las batallas?  
 ¿Por qué se pinta en los rostros,  
 Esa expresión soberana,  
 Que ilumina los semblantes

Con el fulgor de las almas;  
 Esa expresión, que en el mundo  
 El hombre á tener alcanza,  
 En los instantes supremos  
 En que, cuanto tiene y ama,  
 Ofrece como holocausto  
 En el altar de la Patria?  
 ¿Por qué los antes tranquilos,  
 Hijos de aquella comarca,  
 Con tan marcial continente  
 Empuñan las duras armas?  
 ¿Quién se atreve de la guerra  
 La bandera ensangrentada  
 Á clavar de aquellos montes  
 Sobre las cimas más altas?  
 ¿Quién pretende en esas rocas  
 Adonde anidan las águilas,  
 Profanar los patrios lares  
 Llevando muerte y venganza?  
 El invasor extranjero,  
 El que tras lenta campaña,  
 Hasta el mismo Xochiapulco  
 Tiende la pujante garra.  
 Con austriacos y franceses  
 El conde de Thun avanza;  
 Cuatro columnas caminan  
 Para combatir la plaza;  
 Son muchos los que se acercan  
 Y son pocos los que aguardan,

Mas si se cuentan los muchos  
 Los que son menos se bastan  
 Y su arrojo no alimenta  
 Ilusiones, ni esperanzas.  
 Por eso cuando resuelto  
 Al sacrificio, les llama  
 El general Juan Francisco,  
 Que á los cuatrocientos manda.  
 Y tiene como segundo  
 En tan terrible jornada  
 Al general Juan Bonilla  
 Que un espartano envidiara  
 Por su modestia, su arrojo,  
 Su saber y su constancia,  
 Acuden todos ligeros  
 Y tomando la palabra  
 Juan Francisco, con voz firme  
 De esta manera les habla :

## II

— Tantos son los enemigos  
 Que sobre nosotros cargan,  
 En cuatro grandes columnas  
 Y todas de las tres armas,

Que imposible es que resista  
 La guarnición de la plaza.  
 Y aunque el deber nos impone  
 Y el patriotismo nos manda  
 Morir antes que rendirnos  
 Defendiendo nuestra causa,  
 Fuera sacrificio inútil  
 Presentar una batalla  
 Que dará triunfo seguro  
 Al enemigo que avanza,  
 Y no es valor ni prudencia  
 De un jefe, que siempre trata  
 De utilizar el arrojo  
 De gente tan denodada,  
 Lanzarlos en lucha estéril  
 Á una segura matanza.  
 Mas no quiero que tacharme  
 Pudieran tal vez mañana,  
 De que entrego al enemigo  
 La población desarmada.  
 Por eso, saber pretendo,  
 De todos la opinión franca.  
 — No nos consultes, responden  
 Más de cien voces, nos basta  
 Que tú mandes, y contentos  
 Obedecer tus palabras.  
 — Pues bien, dice Juan Francisco,  
 Antes que con torpe planta,  
 El invasor extranjero

Mancille aquí nuestras casas,  
 Y llegue á nuestros hogares  
 A descenirse la espada ;  
 Supuesto que no podemos  
 En número y no en audacia  
 Competir con los que vienen  
 Y que han de tomar la plaza;  
 No busquemos muerte inútil :  
 Nos necesita la patria  
 Fuera de aquí, en nuestros bosques  
 Y en los montes y cañadas,  
 Aunque pocos, con astucia  
 Podremos tener ventaja  
 Y proseguir sin descanso  
 Hasta que triunfe la causa.  
 Pero el invasor no debe,  
 Encontrando puerta franca,  
 Llegar orgulloso al sitio  
 Que su presencia profana.  
 ¡Soldados! ¡hoy en cenizas  
 Se conviertan nuestras casas,  
 Llegue el invasor al pueblo  
 Alumbrado por las llamas  
 Y contemple en Xochiapulco  
 La prueba patente y clara  
 De que no consienten yugo  
 Los hijos de la montaña! —

## III

Aquel discurso escuchando  
 Los soldados, se entusiasman,  
 Á sus jefes vitorean  
 Y á la Libertad aclaman.  
 En esos instantes mismos  
 Se sabe que ya cercanas  
 Están las gruesas columnas  
 De la legión franco-austriaca.  
 Comienzan á verse entonces  
 Ligeras nubes que empañan  
 Sobre los frágiles techos  
 Al flotar grises y blancas  
 Desde el más grande edificio  
 Á la más pobre cabaña.  
 Se va el humo condensando  
 Y en mil lenguas desatadas  
 De fuego, puebla el incendio  
 Toda la extensa comarca.  
 Los soldados, las mujeres,  
 Los niños, nadie descansa  
 En la terrible tarea  
 De quemar sus propias casas;  
 Y cuando el fuego está en todo,

En revuelta caravana  
 Emigran los moradores :  
 Los ancianos á vanguardia  
 Y hombres, mujeres y niños,  
 En agrupación compacta,  
 Se ven del Cuautecomaco  
 Sobre la vistosa falda,  
 Semejando en el ascenso  
 Á las perseguidas águilas.  
 Después... después... ¡ con orgullo  
 Miran surgir de las llamas  
 El humo, como el incienso  
 Que ofrecen ante las aras  
 Del más sagrado y augusto  
 Altar de la madre Patria!

## IV

Aquel montón de cenizas  
 Leves, sutiles y blancas,  
 Que el viento arrastró en su giro,  
 Sembrándolo con sus alas  
 Como un bautismo de gloria  
 De Tetela á Zacapoaxtla,

Volvió á levantarse luego  
 Como el fénix de la Arabia,  
 Cuando la paz bienhechora  
 Le prestó su sombra grata.  
 Pero queda en sus campiñas  
 Que el Xochitonal resguarda,  
 El recuerdo de sus hechos,  
 La alteza de sus hazañas,  
 Que los laureles no envidian  
 De Sagunto y de Numancia,  
 Y que en Méjico repite  
 Con noble orgullo la Fama.

HEROÍSMO MEXICANO<sup>(1)</sup>

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMÓN GUERRERO

Las armas republicanas  
 En Querétaro han vencido;  
 Presos con Maximiliano  
 Fueron soldados y adictos,  
 En la guerra sin fortuna  
 Y en el intortuno altivos.  
 El vástago de cien reyes  
 Perdió con pompas y títulos  
 La cabeza, y la corona,  
 Que ante el honor son lo mismo.

(1) El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado. Esas cartas y otras muchas, relativas á diversos actos cantados en igual forma, serán en su oportunidad las notas que agregaré á mi romancero de la « Guerra del Imperio ».

Han los antiguos conventos  
 En prisiones convertido,  
 Y jefes y subalternos  
 Ni tristes ni pensativos,  
 El fin de su causa esperan  
 Con los ánimos tranquilos.

Queda entre los generales  
 Uno anciano y aguerrido,  
 De la bandera triunfante,  
 Duro y tenaz enemigo,  
 Arrojado en la campaña,  
 Inteligente, instruido,  
 Incansable conspirando,  
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,  
 Le han su sentencia leído,  
 Y después de que la escucha  
 No queda turbado y livido,  
 Sino que amable y sereno  
 De su triste fin convicto,  
 Llama al jefe que custodia  
 La prisión do está cautivo (1)  
 Y con voz firme le dice:

— Coronel, yo necesito  
 Mi conciencia y mis negocios  
 De prisa arreglar hoy mismo;  
 Podéis para tal objeto  
 Llamar aquí, y os lo pido,

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Un abogado y un cura  
 Para dejar todo listo. —  
 Era el coronel un joven  
 De antecedentes muy limpios;  
 Tan bravo como arrogante,  
 Tan discreto como altivo,  
 Vástago de ilustre jefe  
 En ruda campaña herido;  
 Lo conoció el prisionero  
 Años atrás, siendo niño,  
 Y allí, su acento escuchando  
 En aquel instante crítico,  
 Fija serenos sus ojos  
 En el general cautivo,  
 Y de esta suerte responde:  
 — Sin ser de vuestro partido  
 Os conozco y os respeto  
 Por pundonoroso y digno.  
 Yo venero en todas partes  
 A los soldados antiguos,  
 Y si son de vuestro temple  
 En su palabra confío.  
 Sabéis que os han sentenciado  
 A muerte; lo habéis oído,  
 Y necesitáis dos hombres  
 Para dejar todo listo.  
 No seré yo quien los llame;  
 Id á buscarlos vos mismo,  
 Y volved, que aquí os espero;

Libre estáis, yo lo permito. —  
 Quedó el prisionero atónito,  
 Y de sus ojos el brillo  
 Aumentóse con dos lágrimas  
 Brotadas de lo más íntimo.  
 Salió después, con asombro  
 De centinelas y esbirros,  
 Y cuantos salir le vieron  
 Murmuraron del permiso.  
 Pasáronse muchas horas,  
 Horas largas como siglos,  
 Y por fin con voz sonora,  
 El campanario vecino  
 Anunció la media noche:  
 — Ya no vuelve — alguno dijo,  
 Y el coronel respondióle:  
 — Volverá, que yo lo fio,  
 Y si no vuelve yo quedo  
 En su lugar, y es lo mismo. —  
 A poco suenan tres golpes,  
 Tras ellos ressuena el grito  
 Del « ¿ Quién vive? » al que contestan  
 « Yo, Severo del Castillo ».  
 Era el Jefe prisionero  
 Que siempre valiente y digno,  
 Esclavo de su palabra  
 Iba á esperar el patíbulo. (1)

(1) El general Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte, y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Estrechó la franca mano  
 Del coronel, conmovido,  
 Y retiróse á su celda  
 Ni consternado ni tímido.  
 ¿Cuál de los dos es más grande?  
 ¿Cuál de los dos? No lo digo;  
 Digalo aquel que conozca,  
 Que rasgos como el que pinto,  
 Puede envidiarlos Esparta  
 Y otro Homero describirlos.  
 Vive el que joven entonces  
 Dió al prisionero permiso,  
 Aun le sirve á la bandera  
 Á que Juárez le dió brillo,  
 Y como entonces mantiene  
 Su modesto nombre limpio:  
 El general Carlos Fuero,  
 Honrado, valiente y digno.  
 No me culpéis, si viviendo  
 Tan altos hechos publico;  
 Es por gloria de esta tierra  
 Que adoro amante y rendido,  
 Es por gloria de las armas,  
 Que á la libertad dan brillo,  
 Y es por honrar á los muertos  
 Enaltecendo á los vivos.

## LOS MÁRTIRES DE URUÁPAM

(21 de octubre de 1865)

A MI EXCELENTE Y MUY QUERIDO AMIGO

MANUEL A. MERCADO

Hay un verjel escondido  
 En pintorescas montañas,  
 Que lo coronan las flores  
 Y lo acarician las auras;  
 Dando al collado en que cruza  
 Del Cupatitzio las aguas,  
 Aromosa y fresca sombra  
 Las retorcidas zirandas.  
 Del fragante chirimoyo  
 La nivea flor embalsama  
 Al viento que manso gime

En la hojas esmaltadas  
 De los cafetos que ostentan  
 Sus dulces frutos de grana.  
 En alegres *callejones*  
 De doble y florida valla,  
 Se cruzan entretrejiendo  
 Sus verdes flexibles ramas  
 Árboles de opuestos climas  
 Que dan frutas sazonadas.  
 Y entre los bosques de flores,  
 Y como música grata,  
 Susurran los arroyuelos  
 Y murmuran las cascadas,  
 Y zumban los chupamirtos,  
 Alegres *sanates* cantan  
 Y se plañen las palomas  
 Y se duelen las calandrias.  
 En las casitas ocultas  
 Entre la verde enramada,  
 Lucen las *guaris* hermosas  
 Su gentileza y su gracia.  
 Su color envidia el trigo,  
 La mar sus dientes reclama,  
 Que son perlas escondidas  
 En un estuche de grana.  
 Fulgura en su bello rostro  
 El fuego y la luz del alba,  
 Y su negra cabellera  
 Es la noche aprisionada

Sobre una morena frente  
 Con una cinta escarlata.  
 El sol desde el limpio cielo,  
 Templá su fuego y derrama  
 Calor, vida y regocijo  
 Sobre la hermosa comarca.  
 Todo es alegre y risueño,  
 La pradera dilatada,  
 La cordillera fragosa  
 Que en su torno se levanta,  
 El torrente que á lo lejos  
 Suelta la lluvia encantada  
 En que convierte sus ondas  
 La sonora catarata  
 Que á sus rocas debe el nombre  
 Popular de la *saráracua*.  
 Son los collados alegres  
 Y son alegres las casas  
 Que entre bosques de naranjos  
 Rojizos techos levantan.  
 Pródiga Naturaleza  
 Allí en todo se retrata,  
 Y no en vano le llamaron  
 De toda la Nueva España  
 El *paratso escondido*  
 En la tierra michoacana:  
 No hay pincel que lo retrate;  
 Ese verjel es Uruápam.

## II

Una tarde, los vecinos  
De Uruápam, ven asombrados,  
A las tropas imperiales  
Por el occidente entrando,  
Y la noticia circula  
De que fueron derrotados  
En Amatlán los valientes  
Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo  
No comprende, abrióle paso  
Al ejército de Méndez  
Hasta llegar sin obstáculo,  
Sin encontrar resistencia  
Al lugar donde alojados  
Estaban los generales  
Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,  
Y Salazar que á su lado,  
Fueron por el enemigo  
Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa  
Las tropas se dispersaron,  
Mas un número crecido  
De oficiales y soldados,  
Heridos ó prisioneros  
Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam  
Que tras aquel descalabro,  
Fué para los generales  
El camino del Calvario,  
El que entre cerradas filas  
A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre  
De hercúlea talla, extremado  
En las corporales fuerzas,  
De carácter espartano;  
Pronto al encenderse en ira  
Y con los débiles manso;  
Terrible para el combate,  
Risueño para el estrado.

Arteaga corpulento,  
No nervudo ni gallardo;  
Con la cutis tersa y fina,  
De color apiñonado;  
Sobre la pequeña boca  
El bigote negro y lacio;  
Vivos y ardientes los ojos,  
Sedoso el pelo castaño.

Una fiera en la batalla,  
Siempre festivo en el trato,  
Y de carnes muy obeso,  
Perpetuas huellas llevando  
En ambas piernas, de heridas  
Que á sanar nunca llegaron.  
Con gran pesadez camina,

Que andar le cuesta trabajo,  
Y sufre agudos dolores  
Con el trote del caballo.  
Mas si el clarín al combate  
Le llama, fiero y osado,  
Ni sus dolores recuerda  
Ni es su obesidad obstáculo  
Para arrostrar el peligro  
A los suyos animando,  
Porque en tan graves momentos  
Se siente regenerado.

Con ellos, presos caminan,  
Al general ayudando,  
Villagómez y Villada  
Y Díaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda  
Serenos y resignados.  
Arteaga apenas puede  
Por sus heridas dar paso  
Y es Villada quien le deja  
El triste, endeble caballo  
Que en prueba de gran estima  
El enemigo le ha dado.

Sube el General, mas luego  
Sufre mayores trabajos;  
La montura por estrecha  
Da martirio y no descanso  
Y el animal es tan débil  
Que camina tropezando

Y junto con el jinete  
Da en tierra entre los peñascos.  
Se multiplican los golpes  
Pero no abaten el ánimo  
De aquel héroe que prosigue  
Sin un reproche en sus labios  
Por la trabajosa vía  
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento  
El triste recuerdo ingrato,  
De que en aquella jornada  
Quizá pudieran culparlo,  
Porque, cuando en Uruápam  
Se presentó el emisario,  
A decir que el enemigo  
Había salido de Pátzcuaro;  
En una junta de guerra  
Sostuvo Riva Palacio  
Que era oportuno el combate  
Y era preciso librarlo.

Arteaga por desgracia  
Tuvo parecer contrario,  
Salazar pensó lo mismo  
Y entonces quedó acordado  
Entre los tres generales,  
Que se retiraran ambos  
Y que al instante saliendo  
De Uruápam Riva Palacio  
Marchase á atacar Morelia

Sin demora ni descanso.

Por eso va el prisionero  
Pensativo, y anhelando  
Villada, saber la causa  
De aquel repentino cambio,  
Al Jefe se la pregunta  
Que le responde en el acto :

« La reflexión que me apena  
Y me trae contrariado,  
Es pensar en cuán distinta  
Fuera la suerte, si acaso  
Seguido hubiera el consejo  
Que en Uruápam desechamos;  
Ya tal vez hubiera muerto  
Como merezco, en el campo,  
No con tan grandes ultrajes  
Para llevarme al cadalso. »

Y al decir esas palabras  
En sus miradas brillaron  
Por la cólera encendidos  
Destumbradores relámpagos.

### III

Como si tranquilas horas  
Del nuevo sol esperaran,

Ya sentenciados á muerte  
Y en capilla, quietos pasan  
Su tiempo los prisioneros  
Díaz, Salazar, Arteaga,  
González y Villagómez,  
Que á la siguiente mañana  
Van las tropas imperiales  
Á pasarlos por las armas.

La última noche de un reo  
Que horribles crímenes paga  
Y á patíbulo afrentoso  
Lleva la justicia humana,  
Está llena de terrores,  
La velan negros fantasmas  
Y parece que á la vida  
Las víctimas inmoladas  
Vuelven en aquellas horas  
Que son como siglos, largas.

Pero la postrera noche  
Del que muere por la patria,  
Es limpia cual la conciencia  
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,  
Ni sofocan torpes ansias,  
Huye el terror y una fuerza  
Siente misteriosa el alma,  
Que la eleva y la sostiene,  
La diviniza y la ensancha.  
Por eso ven el cadalso

Como el solio que prepara  
 La Gloria á los que sucumben  
 Y el triunfo á los que batallan.  
 Ninguno está amedrentado,  
 Todos en sentidas cartas,  
 Que escriben con mano firme  
 Y piensan con mente sana  
 Se despiden cariñosos  
 De los seres que más aman.  
 Comienza á lucir el día,  
 Y el redoble de las cajas,  
 Les anuncia que ha llegado  
 El momento y que no tardan  
 Los jefes que han de llevarles  
 A morir — Está en la plaza  
 Formado el cuadro; los héroes  
 Recorren con la mirada  
 Á las tropas, y serenos,  
 Sin vacilar, sin que nada,  
 Temor revele en sus rostros  
 Ni turbación en sus almas,  
 Se colocan, vitorean  
 Con entusiasmo su causa;  
 Se yerguen mirando al cielo,  
 Escúchanse las descargas  
 Y de los frágiles cuerpos  
 Salen las gigantes almas,  
 Llevando de aquellas frentes  
 Por el plomo destrozadas,

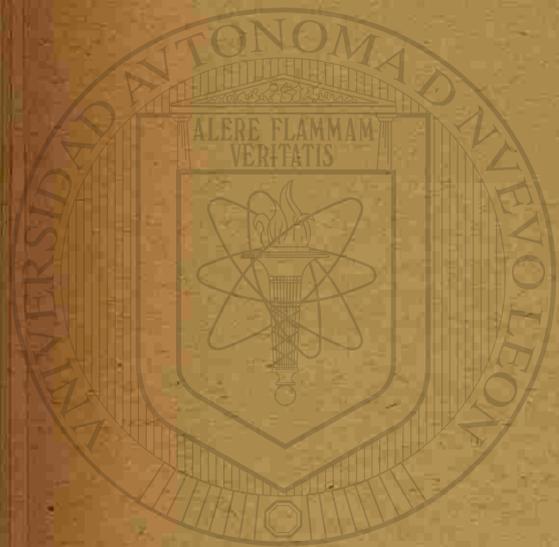
Como postrar pensamiento  
 La libertad ó la patria.

## IV

Uruápam, están tus calles,  
 Tus jardines y tus plazas,  
 De aquellos héroes augustos  
 Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes  
 Que de tus flores se exhalan  
 El susurro de tus brisas;  
 El murmurio de tus aguas,  
 El canto de tus palomas,  
 Y el rugir de tus cascadas,  
 Son el himno que la Gloria  
 En homenaje levanta  
 De los que dieron la vida  
 Del patriotismo en las aras,

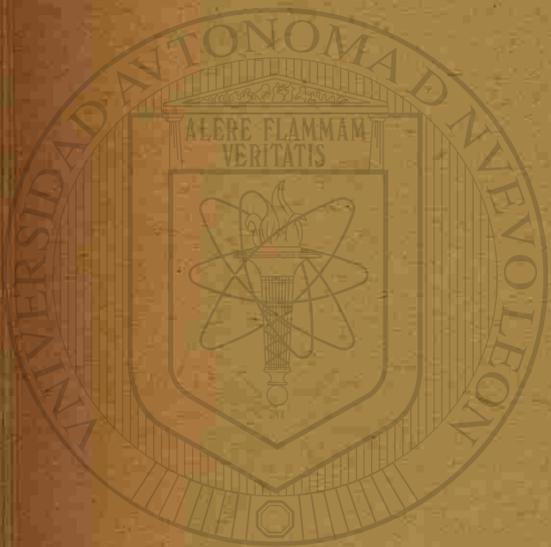
Los árboles que flexibles  
 Les prestaron sombra grata,  
 Renovado han veinte veces  
 Sus túnicas de esmeralda,  
 Y viva está la memoria,  
 Viva, que el pueblo la guarda,  
 Del sublime apoteosis  
 De los mártires de Uruápam.



MONÓLOGOS  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## TIRAR LA LLAVE

Escrito para la inspirada actriz, Srta. Luisa Martínez Casado, como un testimonio del afecto que le profesa su sincero amigo.

EL AUTOR

PERSONA : *CONSUELO*, frente a un armario del que saca un cajón con varias prendas expresadas en el monólogo

Abri al fin este cajón  
Que un año tuve cerrado  
Y parece que he violado  
La tumba del corazón.  
Siento miedo, siento horror  
Y toda la calma pierdo,  
Cada prenda es un recuerdo,  
Cada recuerdo un dolor.  
Con este humilde collar  
Me encontró la noche aquella  
Y le parecí tan bella  
Que lo pude deslumbrar.

Lo comparó á un gran joyel  
 Que ricas piedras sustentá  
 Y me dió por cada cuenta  
 Una palabra de miel.  
 Esta rosa ya marchita  
 Que los años han deshecho,  
 Cuando la miró en mi pecho  
 Le pareció muy bonita ;  
 Rendido me la pidió,  
 Cautivada se la di...  
 ¡Esta rosa llevó el sí  
 Que su amor correspondió !  
 Esta pulsera, quisiera  
 Aunque entonces me espantara,  
 Que aquí por magia me hablara  
 Cuanto sabe esta pulsera.  
 Estaba á mis pies ufano ;  
 « Te idolatro » me decía,  
 Suspiraba, sonreía  
 Y me besaba la mano.  
 Sus acentos expresivos  
 Al besarme sofocaba  
 Y la pulsera temblaba  
 Con tantos besos furtivos.  
 Este azul lazo de tul  
 Lo robó á mi traje al vuelo,  
 Diciéndome : « De tu cielo  
 Me llevo un jirón azul. »  
 ¿Y este anillo? ¡qué tormento!

Ni al dormir lo abandonaba,  
 Fué el único que llevaba  
 El día del casamiento.  
 Del templo salió dichoso  
 Y con dulce regocijo  
 Miró este anillo y me dijo :  
 « ¡Ahora sí, ya soy tu esposo!  
 ¡Ya uní tu suerte á mi suerte,  
 Te di mi nombre y mi hogar,  
 No nos han de separar  
 Ni el olvido ni la muerte !  
 No temas rencor ni dolos ;  
 ¿ Quién la ventura te roba? »  
 Y en la puerta de mi alcoba  
 Me besó y dijo : « ¡Al fin solos ! »  
 De su brazo, alegre, ufana,  
 Salíme al siguiente día ;  
 ¡A rosas nuevas olía  
 El campo aquella mañana !  
 Buscamos los dos la sombra  
 Sobre el césped fresco y blando,  
 Que dos que se están amando  
 Suspiran por esa alfombra.  
 ¡Qué alegre cada cabaña!  
 ¡Qué pintoresco el bosque!  
 ¡Qué misterioso el ramaje!  
 ¡Qué altiva cada montaña!  
 Volvimos á la ciudad  
 Cuando la luna brillaba

¡Y hasta en la luna encontraba  
 Rayos de felicidad !...  
 ¿Por qué tan triste concilio  
 Tanta memoria querida?  
 ¿Por qué recuerdo esa vida,  
 Que comenzó en un idilio?  
 Testigos son estas flores;  
 ¿Qué importa que estén marchitas?  
 Margaritas; margaritas;  
 ¿Qué decis de mis amores?  
 Él con su mano os cortó  
 Y hallando mi rostro bello,  
 Los rizos de mi cabello  
 Con vosotras adornó.  
 Pero ésta que yace aquí  
 Con un pétalo olvidado...  
 ¡Fué el intérprete adorado  
 Que elocuente habló por mí!  
 Cogió con inmenso amor  
 Esta flor sin miedo alguno,  
 Luego arrancó uno por uno,  
 Los pétalos de la flor...  
 « Me ama », « no me ama » decía  
 De verme á su lado ufano  
 Y rodando por su mano  
 Cada pétalo cala...  
 Yo, segura de la llama  
 Guardé un recato severo,  
 Quedó el pétalo postrero

Y éste le dijo « ¡Te ama! »  
 Ese pétalo aquí está  
 Y como un dardo me hiere...

. . . . .  
 ¿Por qué todo se nos muere?  
 ¿Por qué todo se nos va?  
 Cuando está el cielo teñido  
 De violeta, ópalo y grana  
 Nos anuncia la mañana  
 Un concierto en cada nido.  
 Un dosel de nubes rojas  
 Se extiende por el espacio;  
 Cada nido es un palacio  
 Oculto entre verdes hojas.  
 La tierna y alada grey  
 Que amor cantando reclama,  
 Desde la pintada rama  
 Saluda al sol como á un rey.  
 No hay en el mundo esplendores  
 Como los del nuevo día  
 Porque la aurora es la orgía  
 De las aves y las flores.  
 Mas pasa la claridad,  
 El ave tiembla cobarde  
 Y las sombras de la tarde  
 Desatan la tempestad.  
 Retumba el rayo imponente,  
 Roto el árbol cruje herido  
 Y ya no busquéis el nido

Á la mañana siguiente,  
 Que al despuntar en el cielo  
 El nuevo sol esperado,  
 El nido despedazado  
 Encontraréis en el suelo.  
 Así el rayo aleve, impío,  
 De la muerte en su furor,  
 Rompió el nido de mi amor...  
 ¡Así acabó el nido mío!  
 ¡Todo muere ó se derrumba  
 Tras la dicha y los placeres!...  
 ¡Yo soy de aquellas mujeres  
 Que llevan dentro una tumba!...  
 ¿Por qué he abierto este cajón  
 Que un año duró cerrado?  
 ¡Qué triste es haber violado  
 La tumba del corazón!  
 Lloro mi dolor profundo  
 Cruzando campos desiertos...  
 ¡Cuántos vivos andan muertos  
 En el carnaval del mundo!  
 Pero cerremos, cerremos,  
 Y reine el silencio grave...  
 ¡No hay que mover esta llave  
 Y en algo mejor pensemos!  
 Lo dicho, en algo mejor,  
 Porque es muy bueno, de prisa  
 Pasar del duelo á la risa  
 Como dice Campoamor.

No hay que pisar sobre abrojos  
 Ni volver gemido el canto...  
 Á las mujeres el llanto  
 Les descompone los ojos  
 Y no agradan en verdad  
 Esas gentes gemidoras  
 Cuyo rostro á todas horas  
 Está diciendo : ¡piedad!  
 El extraño se divierte  
 Y malo juzga lo bueno  
 Y además el mal ajeno  
 Á nadie le da la muerte.  
 Van dos años de sufrir,  
 Van dos años de llorar,  
 Las lágrimas van al mar  
 Dijo quien supo sentir...  
 Fui feliz, no lo discuto;  
 Ayer tuve un paraíso...  
 ¿Porque lo perdí, es preciso  
 Que vista siempre de luto?  
 El luto es la lobreguez  
 De las muertas ilusiones,  
 Se visten con sus crespones  
 El cansancio y la vejez.  
 Mi corazón no es anciano  
 Pues guarda ilusiones gratas...  
 Vistan luto las baetas  
 Que van á misa temprano.  
 Las monjas es natural

Que se enluten... claro... sí...  
 Pero el luto para mí  
 Francamente, sienta mal.  
 Yo he llorado... y no se infiere  
 De aquí, que todo ha acabado...  
 ¿Donde está el que no ha llorado  
 Cuando alguno se le muere?  
 ¿Y es eterno ese pesar?  
 Afirmarlo es pesimismo;  
 La humanidad es lo mismo  
 Que el firmamento y el mar.  
 Cielo y mar volubles son  
 Y Dios ha puesto de intento  
 El mar en el pensamiento  
 Y el cielo en el corazón.  
 Dicha, amor, celos y afán  
 Que nos consumen y abrasan  
 Son nubes... por eso pasan;  
 Olas... por eso se van.  
 Guardo el luto à mi marido  
 Pues lo quise sin engaños,  
 Pero llevo ya dos años  
 De cargar este vestido.  
 Y aunque de mucho me escuda  
 Y à guardar respeto obliga...  
 No me gusta que se diga  
 Al ver mi luto : ¡Es viuda!  
 Yo lo digo con franqueza :  
 Todo pasa, hasta el dolor ;

À una flor sigue otra flor,  
 ¡Tal es la naturaleza!  
 Me dió una flor dicha y calma  
 Y murió entre mis arrullos...  
 Hoy brotan nuevos capullos  
 En los jardines del alma.  
 No es ilusión, es verdad,  
 Ya me cansan, ya me afligen  
 Los dardos que me dirigen  
 Cuando estoy en sociedad :  
 « ¿ No se casa usted Consuelo ? »  
 « ¿ Cómo la vida se pasa  
 Una mujer en su casa  
 Con el marido en el cielo ? »  
 « ¿ Sufre usted ? ¡ ni quien la crea ! »  
 « ¿ Cómo vive usted solita ? »  
 « ¡ Sin novio y es tan bonita ! »  
 « ¡ Retraída sin ser fea ! »  
 Y no trata de otro asunto  
 El que de cerca me mira,  
 Suspiro y dicen : « Suspira  
 Pero no por el difunto ».  
 Fui en familia una ocasión  
 À un concierto y me dijeron  
 Cuantos de luto me vieron :  
 « ¿ Viene usted del Panteón ? »  
 ¿ Viene usted llorando al muerto ?  
 ¡ Si no está en el Purgatorio !  
 De negro se va à un velorio

Y aquí estamos de concierto.  
 ¡ Qué Artemisa plañidera!  
 ¡ Qué monja tan recatada!  
 ¡ Veremos si una enlutada,  
 Baila bien una habatera! »  
 Y alguna que yo me sé,  
 Que mi esposo desdeñó,  
 Me dijo: « Mirame, yo  
 Por eso no me casé.  
 Él me ofreció un porvenir  
 Y quiso que lo aceptara  
 Pero adiviné en su cara  
 Que muy pronto iba a morir.  
 Sólo tú que no tenías  
 Entonces quien te dijera...  
 Y ya lo ves... ¿quién creyera  
 Que sola te quedarías? »  
 Y yo respondí hecha un ascua  
 « Pues mal el augurio anduvo  
 Que mi esposo siempre tuvo  
 El rostro como una Pascua. »  
 Y otras veinte mil sandeces  
 Que me dan muy malos ratos  
 Y que cuarenta insensatos  
 Repitan cuarenta veces.  
 Si no, sale algún moscón  
 De los que entre copa y copa  
 Disparan a quema ropa  
 Alguna declaración.

Esto ya no puede ser  
 Y hoy lo termino sin duda,  
 Yo seguiré de viuda  
 Pero vuelvo a ser mujer.  
 Las que quedamos cesantes  
 Con cuerpo y rostro no feos,  
 Somos de aquellos empleos  
 Que nunca duran vacantes.  
 Yo tengo mi juventud  
 Y algo que me la sostenga,  
 No es muy remoto que venga  
 La primer solicitud.  
 Anda mucho por allí  
 Un joven guapo y discreto  
 Que me tiene tal respeto  
 Que no se ha acercado a mí.  
 Sólo en misa una ocasión  
 Me dijo quedo, al oído:  
 « Si aclara usted su vestido  
 Es que acepta mi pasión. »  
 Por honrado lo reputo  
 Y no debo vacilar,  
 A ver, me voy a probar  
 Algo que interrumpa el luto.  
 (Se pone un fichú azul.)  
 Así, la flor en el pelo,  
 Aquí flotando este tul.  
 ¡ Qué bonito es el azul!  
 ¡ Si el azul retrata el cielo!

Esto me rejuvenece;  
 Ya soy otra... ¡hermosa flor! (*Viéndose el peinado.*)  
 Algo pasa en mi interior,  
 Siento como que amanece...  
 ¿Pero ese triste cajón?  
 ¡Bien está! nadie lo sabe...  
 Requiem eternam... la llave  
 La tiro por el balcón.  
 Y me quedo así expedita,  
 Ni triste, ni misteriosa...  
 Este fichú y esta rosa...  
 ¡Qué elegante! ¡qué bonita!...  
 Gasas claras, no crespones;  
 Alegría y no dolor,  
 Tiene este fichú el color  
 De las nuevas ilusiones.  
 Su azulada claridad  
 Dice: ¡Te quiero! ¿lo dudas?  
 ¡Esto mismo harán las viudas  
 De toda la humanidad!  
 Por ir de este ensueño en pos  
 Metiéndome en nuevas redes  
 Ya no hablo más con ustedes:  
 Muy buenas noches y adiós.  
 Si este amor me da un Edén,  
 Que el cielo os dé igual encanto...  
 Voy á esperarle... entre tanto  
 ¡Que ustedes lo pasen bien!

## RECUERDOS DE UN VETERANO

PARA EL DISTINGUIDO ACTOR LEOPOLDO BURÓN

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mejicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris ó azul oscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad;  
 Sopla afuera el cierzo impio;  
 Algo hay más negro y más frío;  
 ¡Mi espantosa soledad!  
 Nunca como en esta vez  
 Me sentí más abatido;  
 De los mares del olvido  
 Es un puerto la vejez.  
 ¡Ochenta años! qué de engaños,  
 De luchas, de desventuras,

De ágrimas y amarguras,  
 Caben en tan largos años.  
 Nacl antes del siglo; fué  
 Mi padre un labriego honrado,  
 Que, ignorante é ignorado,  
 Vivió en brazos de la fe.  
 Hizo el bien, ignoró el mal,  
 Y su música más sana  
 Fué la voz de la campana  
 De su parroquia natal.  
 Sin deudas ni sinsabores  
 Dejó el mundo el mismo día  
 Que con Hidalgo nacía  
 La Independencia en Dolores.  
 Mi edad, de glorias avara  
 Vió en esa causa una aurora:  
 Pasó Hidalgo por Zamora  
 Con rumbo á Guadalajara.  
 Yo con doce primaveras  
 Fui á presentármele ufano:  
 ¿ « Quieres, me dijo el anciano,  
 Ser un soldado de veras?  
 » Si no puedes chiquitín  
 Con arcabuz ni escopeta! »  
 « Señor, dadme una corneta.  
 Comenzaré de clarín. »  
 ¡ Oh recuerdo que seduces!  
 Fui su clarín, ¿ qué más gloria?  
 ¡ Yo di el toque de victoria

Sobre el Monte de las Cruces!  
 Yo en mi hermosa juventud  
 Vi aquella cabeza cana  
 Fulgurar en la mañana  
 Que abolió la esclavitud.  
 Yo anuncié la dispersión  
 Que tristes memorias deja,  
 Cuando nos tomó Calleja  
 El puente de Calderón.  
 Y después que por malditas  
 Rencillas lo traicionaron,  
 Yo vi cómo se llevaron  
 Su cabeza a Granaditas.  
 Entre penurias y duelos  
 Que venció mi ardiente fe,  
 Seis meses después logré  
 Incorporarme á Morelos.  
 ¡ Nadie á este genio conoce!  
 Era de la guerra el rayo,  
 Digalo aquel dos de mayo  
 De mil ochocientos doce,  
 En que con heroico pecho  
 Al despuntar la mañana  
 Seguido de Galeana  
 Que fué su brazo derecho.  
 En Cuautla, con férrea mano,  
 Rompió sin temer reveses,  
 El sitio que por tres meses  
 Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril  
Hace ¡oh mundo! que te asombres;  
Con Morelos tres mil hombres  
Vencimos á doce mil.

Lleva el indomable Aquiles  
Á Huajuapam sus legiones,  
Toma catorce cañones  
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,  
Y nunca de aliento falto,  
Como un león por asalto  
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidió de nuestra historia!  
Firme le seguí hasta el fin,  
Pues con él fué mi clarín  
El clarín de la victoria. (*Saca un clarín*)

Aquí estás viejo instrumento,  
¿Quién al verte te respeta?  
Dirán: « Es una corneta ».  
¡Mienten! ¡es un monumento!

Contigo siempre fui en pos  
De los héroes á la guerra;  
¡Los héroes son en la tierra  
Los elegidos de Dios!

¡Tus breves toques sonoros  
Fuego anunciando ó diana,  
Oyeron Bravo, Galeana,  
Sesma, Mier y Matamoros!  
Cuando á sargento ascendí

Pude haberte abandonado,  
Pero al mirar tu pasado  
No te entregué; ¡te escondí!  
Reliquia de mi existencia,  
Todos tus toques benditos  
Se apagaban á los gritos  
De « ¡Muerte ó Independencia! »  
Te guardé... después los cielos

Su protección nos negaron,  
Y de rubor se nublaron  
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español  
Á aquel atleta entre atletas,  
Quedaron varios planetas  
¡Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero  
Seguir quise la campaña,  
Y fui al Sur, á la montaña,  
Con el general Guerrero.

En las Mistecas con él  
Burlamos la adversa suerte...

¡Qué valeroso y qué fuerte  
Era el insurgente aquéll!  
Debajo de la ceniza

Que mi cabeza emblanquece,  
Lo busco y se me aparece  
Pelo crespo, tez cobriza,  
Ojos negros y profundos,  
Gran talla, frente serena,

Su afán romper la cadena  
 Que ligaba los dos mundos.  
 Fué el firme entre los soldados:  
 Todos desmayado habían;  
 Con Calleja unos morían,  
 Otros iban desterrados.  
 Sólo Guerrero en su ley  
 Con su esfuerzo inquebrantable,  
 Llegó á ser el indomable  
 Que diera espanto al Virrey.  
 Nada torció sus anhelos,  
 Que aquel corazón de bronce,  
 Desde el ochocientos once  
 Entró á servir con Morelos.  
 Después solo, en las montañas,  
 Tenaz la causa sostuvo  
 Y veinte triunfos obtuvo  
 En veinte heroicas campañas.  
 En todas ellas venció;  
 Recordarlas me conmueve,  
 Desde el once al diez y nueve  
 Á todas asistí yo. (*Saca un machete suriano.*)  
 Aquí está; su augusta mano  
 Me dió en Cuautla este machete  
 Diciendo: « Sargento, vete  
 Por la cabeza de Llano ».  
 Veloz como un huracán,  
 En mil lances renombrados,  
 Temblar hizo á los soldados

De Luaces y de Liñán.  
 Entre nosotros ninguno  
 Dejó jamás á Guerrero,  
 Vino al fin el diez de enero  
 Del ochocientos veintiuno.  
 Fecha que el triunfo decide,  
 Á Acatempan nos llevó,  
 Donde á Guerrero esperó  
 Don Agustín de Iturbide.  
 No es mi memoria tan mala  
 Y vivo guarda el recuerdo,  
 Pusieronse ambos de acuerdo  
 Y se fraguó el plan de Iguala.  
 Publicado al mes siguiente  
 Á Valladolid rendimos,  
 Luego á Querétaro y fuimos  
 Á Puebla directamente.  
 Renace aquí todavía  
 La emoción santa y sincera,  
 Que tuve al ver la bandera  
 De la amada patria mía.  
 No me pasa la impresión;  
 Nunca senti más respeto  
 Que al escuchar el decreto  
 Que dió vida al pabellón.  
 ¡Qué augustos! ¡qué hermosos días!  
 Con qué fe nos aclamaban,  
 Con cuánto amor nos llamaban  
 « Los de las tres garantías ».

El verde : la religión,  
 (Fué primero la conciencia)  
 El blanco : la independencía  
 Y el encarnado la unión.  
 Y por símbolo inmortal  
 Erguida el águila indiana,  
 Desgarrando soberana  
 La serpiente en un nopal.  
 Nunca, lo digo en verdad,  
 He visto más alegría  
 Ni más llanto que en el día  
 Que entramos a esta ciudad.  
 Ni pormenores ni nombres  
 Recuerdo y es natural,  
 Entramos en son triunfal  
 Como diez y seis mil hombres.  
 Trescientos años después  
 De que asombrando estos valles  
 Entraron por nuestras calles  
 Las tropas de Hernán Cortés.  
 Iturbide por delante  
 Resplandeciente de brillo,  
 Sobre un caballo tordillo  
 Nervudo, altivo y pujante.  
 « Vencedor, hijo del cielo,  
 Gritaban, ¡ Viva la paz ! »  
 Regando al mirar su faz  
 De frescos lauros el suelo.  
 Todos con gozo atronaban

De amor la ciudad entera  
 Y al mirar nuestra bandera  
 Las gentes se arrodillaban.  
 Bajo toldos de pendones  
 Verde, blanco y escarlata,  
 Con las vajillas de plata  
 Reluciendo en los balcones;  
 Con arcos de armiño y tul  
 En conjunto hermoso y raro,  
 El sol estando muy claro  
 Y el espacio muy azul.  
 Al sonoro retumbar  
 De la hermosa artillería,  
 Y á los gritos de alegría  
 Lanzados en cada hogar,  
 Las madres con santo amor  
 Y entre dulces regocijos  
 Acercaban á sus hijos  
 Al pabellón tricolor.  
 Tras Iturbide, marciales,  
 Séquito altivo y hermoso,  
 Iban en grupo vistoso  
 Nuestros viejos generales.  
 ¡ Qué vanguardia tan brillante !  
 Tras ella, airoso marchaba  
 Todo lo que se llamaba  
 Ejército trigarante.  
 Atronaban el espacio  
 Gritos de entusiasmo fieles;

Fué un camino de laureles  
 Hasta llegar á Palacio.  
 Allí Iturbide quedó  
 Y á varios nos repartieron  
 Un recuerdo... el que me dieron  
 Intacto lo guardo yo.  
 Es un recuerdo sin par  
 Que duplica su valla  
 Haberlo obtenido el día,  
 Que nadie podrá olvidar.  
 Una pequeña bandera;  
 Aquí está... ¡prenda bendita!  
 Entre tus pliegues palpita  
 ¡Oh Patria!... tu historia entera.  
 Me la dió el Libertador  
 Cuando en su afán tuve fe...  
 De él contigo me alejé  
 Cuando se hizo emperador.  
 No guardo rencor ni encono;  
 ¡Bien sabe el Omnipotente  
 Que ni tú ni este insurgente  
 Saludaron aquel trono!  
 Santa insignia mejicana  
 ¡Con qué afán te saqué yo  
 La vez en que proclamó  
 La república Santa-Ana!  
 Cómo en tradiciones rico  
 Por los años consagradas,  
 Surgiste cuando á Barradas

Derrotamos en Tampico...  
 ¡Cómo viste á sus soldados  
 Al mandato de Santa-Ana,  
 Volverse para la Habana  
 Vencidos y desarmados!  
 ¡Cómo te bañaste en luz  
 Cuando expuesto á mil reveses,  
 Santa-Ana echó á los franceses  
 Del puerto de Veracruz!...  
 Y ¡cómo limpio has venido  
 Sin dejarme ni un momento,  
 Para ser el ornamento  
 De los años que he vivido!  
 . . . . .  
 ¡Qué fría es la ancianidad  
 Bajo el sol de la razón,  
 Se ve desde un panteón  
 Á toda la humanidad!  
 ¿Todo ha sido lumbre fatua?  
 ¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?  
 Dudo á veces si ya he muerto  
 Y estoy viviendo en estatua.  
 Se hielan los pensamientos  
 De la experiencia á la luz...  
 . . . . .  
 Aquí... ¿qué brilla?... mi cruz.  
 (La toma y lee el anverso.)  
 « Treinta contra cuatrocientos »  
 Acción memorable, sí;

En que fuimos campeones  
Con Meoti, treinta dragones  
De « fieles del Potosí ».

Han muerto ya; con razón;  
Sólo á mí, Dios me sostiene;  
Soy ya el único que tiene  
Esta condecoración.

*(Abre el álbum de retratos.)*

¡Oh! alevé destino impio  
Para mí, duro é ingrato;  
Tiemblo al ver este retrato;  
¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!  
Perdió á la madre al nacer  
Y quedó solo conmigo.  
Tuvo el vivac por abrigo,  
La bandera por mujer,  
El rancho por alimento  
Y por arrullos amados,  
Los cantos de los soldados  
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones  
En sus primeros abriles,  
Se las dieron los fusiles,  
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par  
Y ya joven y valiente,  
Habiendo sido teniente  
Del Colegio Militar.

Á la Angostura marchó  
Contra la invasión tirana,  
Y una bala americana  
La vida le arrebató...

Años hace y todavía  
De luto está mi alma entera;  
Si Dios ocasión me diera  
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores  
Por el mejicano amada;  
Santa bandera soñada  
Por el cura de Dolores;

Bandera que has tremolado  
Desde el año veintiuno  
Sin que ninguno, ninguno  
Te haya abatido ó manchado.

Mi Luis voló en pos de ti,  
Pues eras su fe, su egida  
Y por ti perdió una vida  
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;  
De otra suerte si viviera,  
Vamos... lo sé bien... ya fuera  
Un bizarro general...

Murió cubierto de gloria  
Y hoy lo miro solamente,  
Pasar lista de presente  
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser

Toca el dintel de la muerte;  
Pronto, muy pronto he de verte;  
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,  
Eras mi sola alegría,  
Moriste y desde aquel día  
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran,  
Te lloro constantemente...

Vamos José... sé valiente  
Los insurgentes no lloran...

Cuando el alma duele tanto  
La pena á los ojos sube,  
Busca espacio... forma nube,  
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión  
Nuestros hogares asaltan,  
Las fuerzas que aqui me faltan  
Las tengo en el corazón.

Tiemblo... mas no retrocedo  
Y al defender el honor,  
Tengo brazos sin vigor,  
Pero corazón sin miedo.

¡Cuánto heroico amigo ausente!  
Guerrero, Hidalgo, Morelos,  
Si vivís allá en los cielos  
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió  
Y pronto á morir en calma

Adora con toda el alma  
El suelo donde nació.  
Por este suelo velad  
Y en él vuestros ojos hijos,  
Mantened sobre sus hijos  
El sol de la libertad...

Que el mar se lo trague fiero  
Y sus montañas allane  
Antes de que lo profane  
La planta del extranjero.  
Al salvar su honor y prez  
Me siento joven y fuerte

Pero si ya soy la muerte,  
Nada puede la vejez...

Ya mis delirios son vanos,  
É inútiles mis arrojós;  
Ya no tienen luz los ojos,  
Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores  
Y ellos lucharán mejor...  
Tú serás mi último amor  
Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir,  
Regó mi sangre tu alfombra  
Y hoy sólo anhelo tu sombra,  
¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver  
Que alumbras con tus reflejos,

Las tumbas de aquellos viejos  
 Que te salvaron ayer.  
 ¡Mundo! las dichas que das  
 El llanto al fin las resuelve:  
 El sol que se ausenta, vuelve;  
 La vida que huye, jamás.  
 Pero mi gloria mayor  
 Será ver cuando me muera,  
 Libre, respetada, entera,  
 Mi bandera tricolor.

## EN VÍSPERAS DE LA BODA

MONÓLOGO PARA EL BENEFICIO DEL ACTOR SÁNCHEZ POZO

*Estrenado la noche del 17 de agosto en el Gran Teatro Nacional de México*

Personaje : JUAN

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

¡Pero si no puede ser! *(Mirando su reloj.)*  
 Mi reloj va adelantado...  
 ¡Las cuatro! estoy engañado,  
 ¿Tan pronto va á amanecer?

¡Aquí está mi frac! ¡flamante!  
 El chaleco, sin pasión;  
 Muy bien... y este pantalón;  
 Correcto... ¡muy elegante!

Las tumbas de aquellos viejos  
 Que te salvaron ayer.  
 ¡Mundo! las dichas que das  
 El llanto al fin las resuelve:  
 El sol que se ausenta, vuelve;  
 La vida que huye, jamás.  
 Pero mi gloria mayor  
 Será ver cuando me muera,  
 Libre, respetada, entera,  
 Mi bandera tricolor.

## EN VÍSPERAS DE LA BODA

MONÓLOGO PARA EL BENEFICIO DEL ACTOR SÁNCHEZ POZO

*Estrenado la noche del 17 de agosto en el Gran Teatro Nacional de México*

Personaje : JUAN

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

¡Pero si no puede ser! *(Mirando su reloj.)*  
 Mi reloj va adelantado...  
 ¡Las cuatro! estoy engañado,  
 ¿Tan pronto va á amanecer?

¡Aquí está mi frac! ¡flamante!  
 El chaleco, sin pasión;  
 Muy bien... y este pantalón;  
 Correcto... ¡muy elegante!

Los choclos... ¡que buen charol!  
 El clac... ¡de forma severa!  
 Y aquí para la pechera  
 ¡Un diamante como un sol!

—  
 Qué ¿nada me falta ya?  
 Un pañuelo... le pondremos  
 Esencia y lo guardaremos...  
 ¿Y mi corbata? Aquí está.

—  
 Ahora sí; todo está listo;  
 Dentro de un breve momento  
 Cumpló con un sacramento  
 Que instituyó Jesucristo.

—  
 Si lo pienso, me confundo,  
 Esto no se ha de pensar :  
 ¿Por qué me voy á casar?  
 Porque lo hace todo el mundo.

—  
 Tengo una novia muy bella  
 Y muy joven y muy rica...  
 Siendo así, ¿quién no se explica  
 Por qué me caso con ella?  
 Á las cinco vendrá el coche  
 Y en él vendrá mi padrino...  
 Mas suena el reloj vecino...

Cinco... seis... es media noche.  
 Y yo que no fui al teatro  
 Ni á visitas... me dormí,  
 Y al ver mi reloj creí  
 Que estábamos en las cuatro.

—  
 ¡ La media noche! es decir  
 Que bien me puedo acostar :  
 Pero al que se va á casar,  
 ¿Le será fácil dormir ?

—  
 ¡Ah! ¡se me ocurre una idea!  
 Y cuidado que no es mala.  
 Tengo una caja en la sala  
 Que en su exterior es muy fea,  
 Pero que guarda escondida  
 Una historia de placeres ;  
 ¡Las cartas de las mujeres  
 Que me han amado en la vida!  
 Es depositaria fiel  
 De prendas de amor eterno  
 En el cual, por ser moderno,  
 Abunda mucho el papel.  
 Y ya que al hogar me entrego,  
 Y á sus ternuras dichosas,  
 Daré todas esas cosas  
 Á la basura y al fuego.  
 ¡Venga la caja... tendré  
 Para abrirla, gran valor...

Me siento un inquisidor!...  
Capaz de un auto de fe!...

(Se va y vuelve con la caja.)

Aquí está... me he trastornado  
Al tomarla, claro, sí,  
Como que palpita aquí  
La historia de mi pasado.  
¡Valor, Juan! ¡mucho valor!  
La abrí... y el alma me duele,  
Pero, ¡qué bonito huele!  
¡Huele a juventud y amor!

¡Qué cinta! ¡color de cielo!  
Ésta me la dió María...  
¿Y este rizo? es de Lucía...  
Este moño de Consuelo...  
Esta pulsera de Elena...  
¿Trenza rubia? de Belén,  
¡Un broche! no sé de quien...  
¿Y esta flor?... de Magdalena.  
¡Una liga!... ¡Qué demonio!  
Se cayó... la recogí,  
Y por esta liga di  
Palabra de matrimonio.

¿Si será un impedimento  
Que me causará querellas?  
Fué una palabra de aquellas  
Que pronto se lleva el viento.  
¿Y esto?... ¿qué es esto, buen Juan?

Y dice muy claro : Inés.  
¡Ah! ya recuerdo, esto es  
Un pedacito de pan.  
Ardiendo en dulce pasión  
Lo quité de su boquita,  
Pues le dije : « Palomita,  
Dale pan á tu pichón ».

¿Y este papel tan doblado  
Y tan pequeño á la par?  
Vamos... debe de guardar  
Algún tesoro sagrado.  
¡Jesús! ¡qué barbaridad!  
¡Qué cosas hay en la tierra!  
Este papelito encierra  
Las uñas de Soledad.  
Una vez se las cortó  
Estando junto de mí.  
« ¿Me das los recortes? » — « Sí »,  
Y vamos... que me los dió.  
Y esto lo grave no fué,  
Que en amores no hay reproche.  
Lo grave fué que esa noche  
Estos recortes besé;  
Les llamé ¡prenda sagrada!  
Los oprimí sobre el pecho  
Y al estar solo en mi lecho  
Los puse bajo la almohada.  
¿Cómo se pueden hacer

Ciertas cosas? ¡Yo lo ignoro!  
 ¡Quién guarda como tesoro  
 Las niñas de una mujer!  
 Aquí hay otra prenda ¡horror!  
 No me atrevo ni a mirarla...  
 Pero es justo disculparla.  
 ¡Qué historias tiene el amor!  
 Tuve en mi mejor edad  
 Una novia... y va de cuento...  
 Imbécil de nacimiento  
 Y cursi de calidad.  
 Para pintarla diré,  
 Que escribió (¡por Belcebú!)  
 Corazón siempre con *q*  
 Y Juan ¡qué dolor! con *g*.  
 De su amor en el afán  
 Teniéndolo por buen uso,  
 « Mi cuerudo Guan », me puso,  
 For poner: « Querido Juan ».  
 Tenia unos pies la hermosa  
 Tan pequeños á mi ver,  
 Que los podía esconder  
 En el cáliz de una rosa.  
 No eran pies, eran jazmines,  
 Y yo, su amante serviente,  
 Quise darle por presente  
 Un par de ricos botines.  
 La medida le pedí;  
 Al oírme se asustó,

Cien veces dijo que no,  
 Pero al fin dijo que sí.  
 « Mi cielo, mi amor, mi vida  
 La dije, yo era un bendito,  
 Escucha, yo necesito  
 Que tú me des la medida. »  
 Y dejándome perplejo  
 El ángel de mi ilusión,  
 Me arrojó por el balcón  
 Por muestra ¡ un zapato viejo!  
 Juzgando el presente, grato,  
 Con amor lo levanté  
 Y... ¡qué digo!... hasta besé  
 Aquel maldito zapato.  
 Ella me lo entregó ya  
 Roto, horrible, desmembrado...  
 Pero es cierto... lo he besado  
 Y fué un crimen... Aquí está.  
 ¡Un guante color marrón!  
 El hecho no está distante,  
 Es una historia este guante  
 De cierta equivocación.  
 Lola, una fresca amapola,  
 Que del mundo en los horrores  
 Nunca quiso ser Dolores  
 Y gozaba con ser Lola,  
 Llena de gracia y dinero  
 Iba en un landó imperial  
 Con su mamá, que era igna!

A un rudo carabinero.  
 Siempre al despuntar la noche  
 En aquel coche salía  
 Y á su puerta me ponía  
 Para ver salir el coche.  
 Así esperándola ufano,  
 Al pasar cerca de mi  
 Sacaba la mano... así...  
 Y yo besaba su mano.  
 La madre al fin lo notó  
 Causándole gran disgusto;  
 Se propuso darme un susto  
 Y los lugares cambió.  
 « Ahora aquí te has de sentar »,  
 « No, mamá, voy de este lado ».  
 « ¡No, niña, te lo he mandado!  
 ¡Qué no! cambia de lugar ».  
 Y cuádrele ó no le cuadre  
 La niña el lugar cambió,  
 Y sin chistar ocupó  
 El asiento de la madre.  
 Ésta, ¡proceder villano!  
 Abusó de mi inocencia  
 Y sacó con indolencia  
 Al verme su antigua mano.  
 Yo, juzgando regla fija  
 Lo que estuve obedeciendo,  
 Besé la mano creyendo,  
 La verdad... que era la hija.

Mas la beso — y ¡oh dolor!  
 Esa mano perfumada,  
 Me larga una bofetada  
 Con tal fuerza y tal rencor  
 Que yo que amante y sencillo  
 Busqué un placer, no un agravio,  
 Sentí desgarrado un labio  
 Y fracturado un colmillo.  
 « ¿Conque así me pagas ya  
 El amor que te ofrecí? »  
 Y me dijo : « Yo no fui,  
 Pregúntalo á mi mamá ».  
 Después perdonó el amante  
 La ofensa que recibió;  
 Y ella turbada me dió  
 Como recuerdo, este guante.  
 El mirarlo no me alegra.  
 ¡Es una memoria impura!  
 ¡Cómo que fué la armadura  
 De la mano de mi suegra!  
 ¿Y este clavel? fué Raquel  
 Una Raquel casquivana  
 La que me dió una mañana  
 Este precioso clavel.  
 Ya está seco y sin perfume  
 Como el alma de esa ingrata;  
 ¡El tiempo todo lo mata,  
 Lo deshace y lo consume!  
 Pero el recuerdo está impreso;

Muy cara esta flor pagué,  
Cada pétalo cambié...  
No lo digáis .. ¡ por un beso!  
Ella que casada está,  
Cuando me encuentra en la vida  
Se hace la desentendida  
Y no me conoce ya.

Y yo le digo : Raquel,  
Todo muere en el olvido...  
¡ Si supiera su marido  
La historia de este clavel!  
Aquí hay violetas, poetas;  
¡ Quién su simbolo no explica!  
¿ Al fuego?... no; á la botica,  
Para infusión de violetas.

Esta cruz me la d ó Luz  
Cuando yo en amor deshecho  
La dije : Quiero en tu pecho  
Besar devoto esa cruz.

Y con gran franqueza os hablo,  
Mientras mi amor se mantuvo,  
Os lo juro : siempre estuvo  
Detrás de esta cruz el diablo.

Luz era joven y bella,  
Mucho la quise y me amó,  
Ella al diablo se entregó  
Y otro ¡ se casó con ella!

¿ Y esto?... duerme corazón  
Sobre tan frescos laureles,

Prendas, cabellos, papeles,  
¡ Yo soy vuestro Salomón!  
Hay mil cartas y á se mía  
Lo juro sobre mi honor,  
Que todas sienten amor  
Y ninguna ortografía.

En mi edad ardiente y loca  
Avida de mil placeres,  
Yo buscaba en las mujeres  
Ojos, mejillas y boca.

Cada novia era un Edén  
Y un encanto celestial;  
Todas me escribieron mal  
Pero me besaron bien.

Y yo las amé por eso,  
Tal vez cometi un dislate,  
Pero cada disparate  
Lo castigué con un beso.

La ignorancia así se premia  
Y así se alcanza un placer...

¡ Al cabo nunca he de ser  
Un miembro de la Academia!

Pero no hay que pensar ciego  
En tal cosa á tales horas;  
Prendas y cartas traidoras  
No hay remedio ¡ al fuego! al fuego

Ya el alma no diviniza  
Vuestra extinguida pasión,  
Seréis como la ilusión;

¡Nada más humo y ceniza!  
 Fué ayer vuestro santuario  
 Mi pecho, bien lo sabéis,  
 Mas no importa, hoy arderéis  
 ¡En honor del Diccionario!  
 Cariño escrito con, *q*  
 Ni me vences ni me matas;  
 ¡No conozco á las ingratas  
 Que ayer me hablaban de tûl  
 Todo ió debo olvidar,  
 Por nada debo sufrir  
 Y ya me voy á vestir,  
 Pues ya me voy á casar.  
 La mujer que yo he elegido  
 No tiene tacha, á mi ver;  
 He buscado una mujer...  
 Digna de tan buen marido.  
 Es muy chiquitina... así...  
 Con un rostro encantador,  
 Y con un nombre : ¡ Leonor !  
 Y con una alma ¡ay de mí!  
 Me ha pescado en duras redes,  
 Á mí que hui á más de cuatro...  
 Á veces viene al teatro...  
 ¿No la conocen ustedes?  
 He oído cierta expresión  
 Como quien mete un embrollo...  
 Fué... no me engaño... aquel pollo  
 De abajo de aquel balcón.

A ver que cosa le achaca  
 Á mi encantada presea...  
 ¿Qué dicen en la platea?  
 ¡Ah! ¡ por aquella butaca!  
 Pues señor, es buena fiesta,  
 Que me pone en gran temor...  
 ¡Si le habrán hecho el amor  
 Los señores de la orquesta!  
 ¡Qué dicen! ¡qué! ¡voto al cielo!  
 Saben algo... á ver... en fin...  
 ¡Me mira el primer violin!  
 ¡Se me esconde el violoncelo!  
 ¿Quién habla? ¡por vida mía!  
 Padezco tormentos fieros  
 ¿Hay risas en los terceros?  
 ¡Ah no! ¡fué en la galería!  
 Y crece mi pena fiera;  
 Ya no me caso ¡ay de mí!  
 Si ya murmuran aquí...  
 Después ¿qué será por fuera?  
 Ya di palabra y no es vana;  
 Faltar será una locura :  
 ¿Y qué va á decir el cura  
 Cuando me espere mañana?  
 Pues que esperando se quede,  
 Su oficio á esperar le obliga;  
 ¿Y qué va á decir? ¡qué diga  
 Misa cantada si puede!  
 ¿Me caso ó ya no me caso?

A todo estoy decidido,  
 El caso es comprometido;  
 Diga usted... ¿daré ese paso?  
 ¿Usted es casado?... Amén;  
 ¿Y le va á usted bien? Me alegro.  
 ¿Y tiene usted suegra y suegro?  
 Pues señor, está muy bien.  
 La empresa es muy arriesgada  
 Y á vuestra opinión la dejo.  
 Señores dadme un consejo  
 Envuelto en una palmada.  
 Si harto aplaudis, sabré yo  
 Lo que debo hacer aquí;  
 Mil aplausos dirán st...  
 Y otros mil más dirán *no*.  
 Aplaudid hasta de vicio  
 Que así las fuerzas recobro  
 Y por aplaudir no cobro  
 En noche de beneficio.

(*Isión.*)

## ÍNDICE

	Págs.
CARTA AUTÓGRAFA DEL AUTOR. . . . .	VII

### CANTOS DEL HOGAR

Dedicatoria . . . . .	1
Á Juan de Dios Peza, soneto de J. Blengio. . . . .	5
Á Juan de Dios Peza, soneto de J. Rafael Franco. . . . .	6
—	
Mi padre. . . . .	7
Á mis hijas . . . . .	10
Á mi hija Concha. . . . .	13
Fosiles y muñecas . . . . .	16
Mi mejor lauro. . . . .	20
César en casa. . . . .	24
Mi hija Margot. . . . .	27
Bebé. . . . .	30
Reyerta infantil. . . . .	33
La velada . . . . .	37
Venid los tres . . . . .	43
Cambio de nombre . . . . .	45
Mi oasis. . . . .	48
Mi talismán . . . . .	49
Este era un rey. . . . .	51
culto del abuelo . . . . .	55
Patria . . . . .	60
El gran gallego. . . . .	68

A todo estoy decidido,  
 El caso es comprometido;  
 Diga usted... ¿daré ese paso?  
 ¿Usted es casado?... Amén;  
 ¿Y le va á usted bien? Me alegro.  
 ¿Y tiene usted suegra y suegro?  
 Pues señor, está muy bien.  
 La empresa es muy arriesgada  
 Y á vuestra opinión la dejo.  
 Señores dadme un consejo  
 Envuelto en una palmada.  
 Si harto aplaudis, sabré yo  
 Lo que debo hacer aquí;  
 Mil aplausos dirán st...  
 Y otros mil más dirán *no*.  
 Aplaudid hasta de vicio  
 Que así las fuerzas recobro  
 Y por aplaudir no cobro  
 En noche de beneficio.

(*Isión.*)

## ÍNDICE

	Págs.
CARTA AUTÓGRAFA DEL AUTOR. . . . .	VII

### CANTOS DEL HOGAR

Dedicatoria . . . . .	3
Á Juan de Dios Peza, soneto de J. Blengio. . . . .	5
Á Juan de Dios Peza, soneto de J. Rafael Franco. . . . .	6
—	
Mi padre. . . . .	7
Á mis hijas . . . . .	10
Á mi hija Concha. . . . .	13
Fosiles y muñecas . . . . .	16
Mi mejor lauro. . . . .	20
César en casa. . . . .	24
Mi hija Margot. . . . .	27
Bebé. . . . .	30
Reyerta infantil. . . . .	33
La velada . . . . .	37
Venid los tres . . . . .	43
Cambio de nombre . . . . .	45
Mi oasis. . . . .	48
Mi talismán . . . . .	49
Este era un rey. . . . .	51
culto del abuelo . . . . .	55
Patria . . . . .	60
El gran gallego. . . . .	68

	Págs.
Á mi primogénita . . . . .	71
Las bodas . . . . .	72
Juegos del alma . . . . .	75
« En el cielo y en la calle » . . . . .	76
El primer paso . . . . .	83
Con mis hijos . . . . .	85
El cuento de Margot . . . . .	88
Mi colegiala . . . . .	91
Noche Buena . . . . .	94
Cómo es Margot . . . . .	104
¿Madre ó Mamá? . . . . .	105
Teología infantil . . . . .	106
Sum Umbra . . . . .	113
Meditación . . . . .	115
Méjico y España . . . . .	118
Á la Virgen María (En días de tribulación). . . . .	121
Á mi prima Concepción Guerrero de Adams . . . . .	123
Á Carlos Adams . . . . .	124

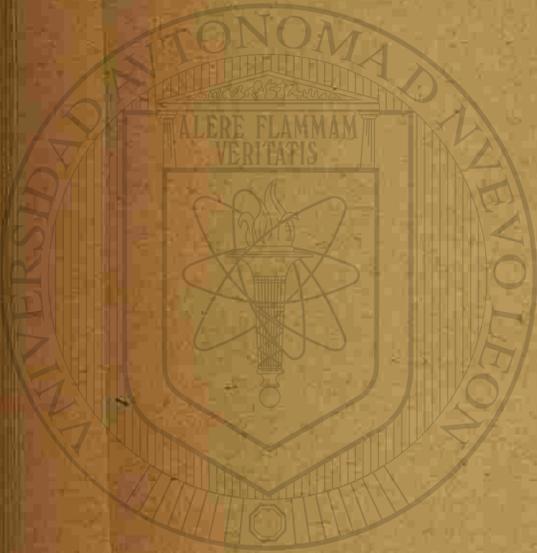
#### ROMANCES, LEYENDAS Y TRADICIONES

El tornito de Regina . . . . .	129
El prisionero de Papazindán . . . . .	172
Primero es la Patria . . . . .	188
Los fueros del ve . . . . .	194
La heroína del dolor . . . . .	202
El canje de prisioneros. — Los dos padres . . . . .	216
El canje de prisioneros. — Belgas y mejicanos . . . . .	230
Maximiliano . . . . .	240

	Págs.
La pierna de Su Alteza . . . . .	250
Ni el nombre ni el oficio . . . . .	257
El Centinela . . . . .	262
Á los alumnos del colegio militar . . . . .	268
La Corte Marcial . . . . .	273
Xochiapulco . . . . .	280
Herotismo mejicano . . . . .	288
Los mártires de Uruápan . . . . .	293

#### MONÓLOGOS

Tirar la llave . . . . .	307
Recuerdos de un veterano . . . . .	319
En vísperas de la boda . . . . .	335



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



